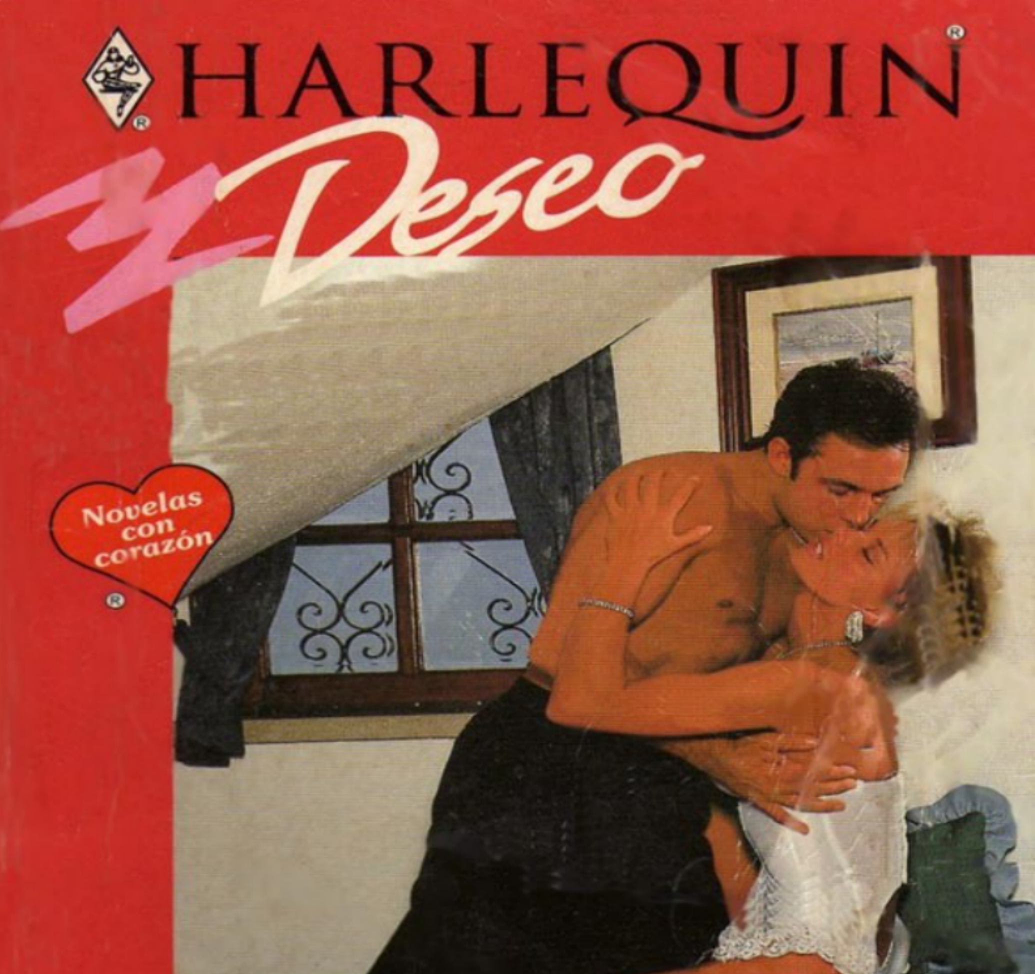
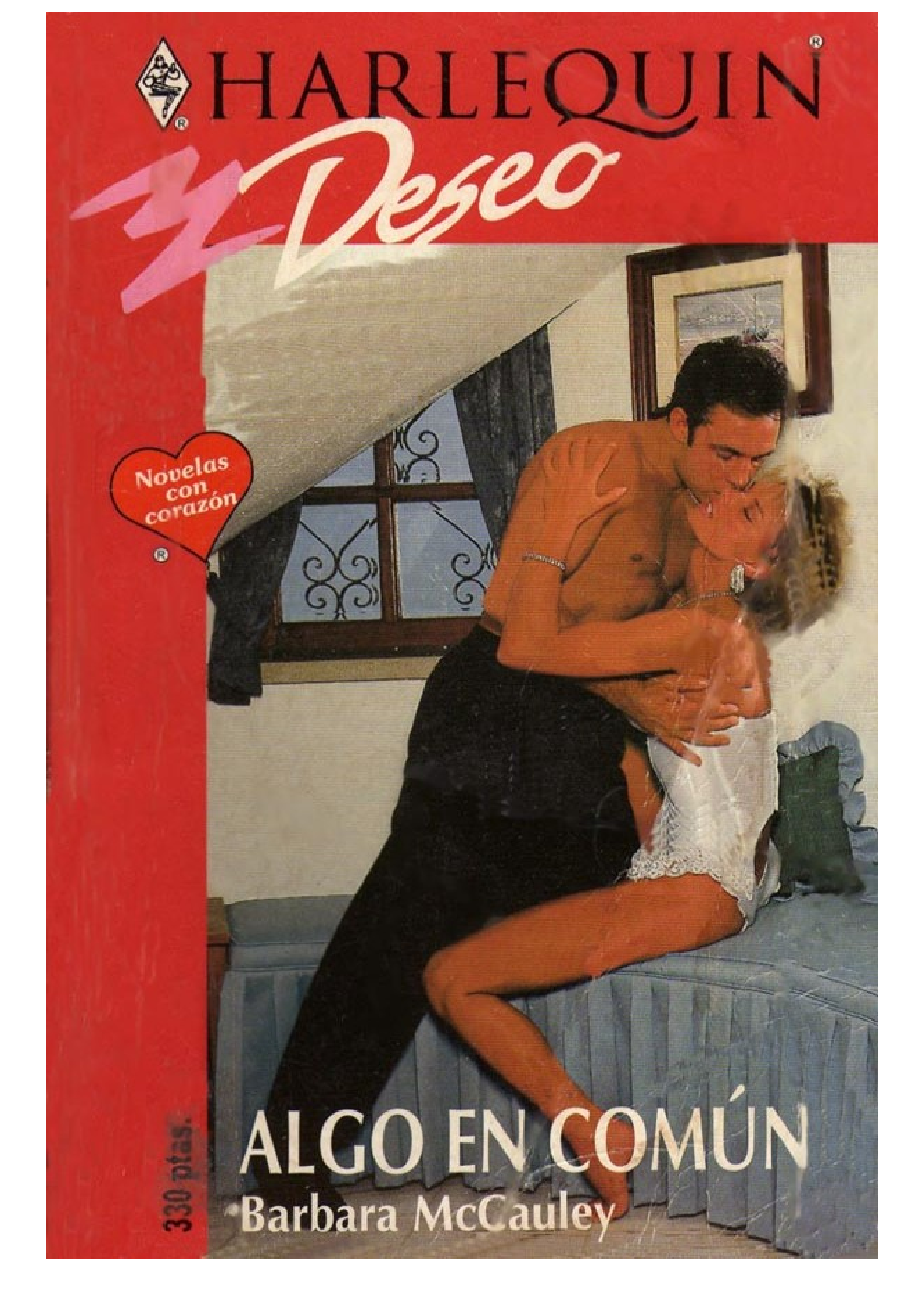

HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
ALGO EN COMÚN
Barbara McCauley
330 ptas.

Algo en común

Bárbara McCauley

1° Stone



Algo en Común (1996)
Título Original: Texas Heat (1995)
Serie: 1° Stone
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 624

Género: **Contemporáneo**
Protagonistas: **Savannah Roberts y Jake Stone**

Argumento:

Nadie iba a llevarse a la sobrina de Savannah Roberts, y menos Jake Stone, que aseguraba ser el hermano de la niña. Savannah tenía la custodia legal y nadie iba a cambiar eso, ni siquiera los sensuales sentimientos que le provocaba ese duro ranchero.

Cuando Jake quería algo, o a alguien, lo perseguía con pasión. Y en ese momento Jake quería llegar a conocer a su hermana… y a su seductora tía. Pero la belleza sureña estaba decidida a resistirse… y parecía que Jake iba a tener que enseñarle lo que significaba una dulce rendición.

Prólogo

E1 despacho del abogado olía a dinero. Butacas de piel, lustrosas maderas oscuras y una lujosa alfombra de color verde oscuro. Una figura de bronce de un caballo y un jinete, cuya silueta se recortaba con el sol de última hora de la tarde, adornaba un pie de mármol y miraba solemnemente por los amplios ventanales que dominaban el centro de la ciudad de Midland. El silencio reinaba en la habitación, excepto por el débil tick-tack del reloj de pie y el gimoteo ahogado de una mujer.

Enfrente de la mesa del abogado había cuatro sillas. Jake Stone estaba sentado en la primera, su hermana, Jessica, a su lado y en el otro extremo Myrna Stone, su madrastra. La cuarta silla estaba vacía.

Norman Woodard, el abogado, se pasó una mano bien cuidada por el cabello plateado, y después miró el reloj.

—Señor Stone, ya han pasado veinte minutos de la hora. No podemos…

—Esperaremos.

—Pero…

Jake miró bruscamente al hombre.

—He dicho que esperaremos.

Woodard apretó los labios, pero no dijo nada.

Jessica le apretó la mano a Jake y él sintió que disminuía la tensión de sus hombros. Su hermana pequeña ya no era tan pequeña. Todavía recordaba claramente el día que sus padres la llevaron a casa desde el hospital, hacía veintiséis años. Él sólo tenía ocho años por aquel entonces, y todo lo que vio asomándose por aquella mantita rosa fueron unos enormes ojos azules y una mata de brillante cabello negro.

El recuerdo de aquel día y la felicidad en los ojos de sus padres le hizo volver a la cruda realidad. Los dos se habían ido. Su madre hacía doce años, y acababan de enterrar a su padre, J. T. Jake apretó la mano de su hermana. Al menos todavía tenía a Jessie. A Jessie ya… Miró la silla vacía.

—Señor Stone —volvió a decir el abogado—, su hermano ha sido notificado con suficiente tiempo del día y la hora de esta reunión. Sugiero que…

Echándose el sombrero hacia atrás, Jake se irguió en la silla, sabiendo que su envergadura había intimidado a más de un hombre.

—He enterrado a mi padre hace dos días, después he conducido durante tres horas para venir a esta reunión. Tengo doscientas cabezas de ganado que alimentar, una valla que reparar y un remolque de paja con una rueda pinchada. Si yo puedo esperar —volvió a recostarse en la silla—, usted también.

—Señor Woodard —dijo Jessica, inclinándose hacia delante, y Jake advirtió el tono fatigado de su voz—. Estos últimos días han sido difíciles, y me temo que todos estamos un poco cansados. Estoy segura de que mi hermano llegará en cualquier momento.

—Tal vez el señor Woodard tenga razón —dijo Myrna, manoseando el pañuelo que tenía en la mano—. Se está haciendo tarde.

Jake se volvió hacia su madrastra. Todavía era una mujer atractiva a sus cincuenta y dos años. Su traje azul no tenía una sola arruga y ni uno de sus cabellos teñidos de rojo estaba fuero de su sitio. Ni siquiera se le había corrido el rimel, a pesar de que se había pasado sollozando los últimos cuarenta y cinco minutos.

—Tal vez el señor Woodard—dijo Jake, entornando los ojos, no sabe que venir desde Sudamérica no es ir a la tienda de la esquina. Y tal vez si no hubieses insistido en celebrar el funeral tan precipitadamente, mi hermano podría haber llegado al entierro de su padre.

Myrna apretó la mandíbula, pero no dijo nada, solo se volvió y

se puso a mirar por la ventana.

Sonó el reloj, indicando la media hora.

Esperaron.

Aparecería. Jake sabía que sí. Cuando había conseguido localizar a su hermano en Venezuela, Jared le había dicho que iría. Y si tenían que acampar lucia de ese viejo despacho hasta que llegase, lo harían.

Cuando volvió a sonar el reloj, indicando menos cuarto, el señor Woodard se puso de pie.

—Si me disculpan —dijo secamente, estirándose el traje hecho a medida—. Iré a ver si pueden traernos algo. Unos sándwiches, quizás, y algo de beber…

—El mío que sea de ternera asada —dijo una profunda voz detrás de la habitación—, y una cerveza fría.

Todas las cabezas se volvieron. Jared Stone estaba en el umbral de la puerta con una mano en el picaporte. Su cazadora vaquera estaba desgastada, pero limpia, y su cabello negro estaba todo alborotado. Una media sonrisa acentuaba las arrugas de la comisura de sus labios, y sus ojos azules brillaban de placer mientras miraba a sus hermanos, a los que no había visto hacía tres años.

Jessica se levantó de un salto de su asiento y corrió hacia él, arrojándose en sus brazos como cuando era una niña. Riéndose, él la levantó en volandas, haciéndola girar en el aire. Jake los observó, sintiendo una extraña opresión en el pecho cuando se acercó a su hermano. Esperó a que bajase a Jessica y le tendió la mano.

Jared miró la mano de Jake y su sonrisa se desvaneció lentamente. Sus miradas se encontraron y permanecieron así un rato hasta que, sin saber quién se movió primero, se dieron un fuerte abrazo.

Jessica los rodeó con sus brazos y los tres se quedaron ahí de pie, compartiendo la felicidad de volver a estar juntos y el dolor de lo que había hecho que así fuese.

—Bienvenido, señor Stone —les interrumpió el señor Woodard —. Nos alegramos de que haya podido reunirse con nosotros.

—Mi vuelo fue cancelado dos veces —explicó Jared, separándose de sus hermanos, y dirigiéndose hacia Myrna—. Lo siento, Myrna. Debe haber sido un duro golpe para ti.

A Myrna le tembló el labio al abrazar a Jared.

—Estaba estupendamente cuando se fue a la ciudad. Llegué a

casa cuatro horas después y me lo encontré en el garaje. Su corazón… —ahogó un sollozo y se secó los ojos con el pañuelo.

—Pues bien —el señor Woodard se aclaró la garganta—. Ya que estamos todos, podríamos empezar.

Asintiendo con la cabeza, Jake volvió a su sitio. Jessica se sentó entre sus dos hermanos, y Myrna siguió en su silla. El señor Woodard, ya sentado, se inclinó hacia delante con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Como probablemente sepan, su padre… —miró a Jake, después a Myrna—…y su marido, vino a verme hace seis para hacer su testamento.

—¿Por qué a usted?—preguntó Jake—. Cactus Flat esta mucho más cerca de Stone Creek que Midland.

—Su padre era muy conocido en Cactus Flat —respondió el abogado—. Y puesto que la naturaleza de sus peticiones eran algo… delicadas, pensó que era mejor buscar un abogado en otra parte.

—Si lo que trata de decir es que en las ciudades pequeñas se habla demasiado, ¿por qué no lo suelta de una vez?

Woodard frunció el ceño ante la expresión.

—A su padre le preocupaba su intimidad, señor Stone.

Myrna se removió incómoda en su asiento. Jessica miro a Jake, luego a Jared. El silencio invadió la habitación.

—¿Por qué no empezamos de una vez? —preguntó Jake, mirando ariscamente al abogado.

Asintiendo, el letrado se subió las gafas y sacó el documento de su carpeta.

—Yo, Jeremías Tobías Stone —empezó—, del condado de Cactus Flat, Texas, declaro que éste es mi testamento y anula todos los testamentos y codicilios anteriores… —siguió en un murmullo—… y nombro a Jake Stone, mi hijo mayor, ejecutor de este testamento.

Con el ceño fruncido, Myrna miró a Jake, no muy contenta de que J. T. hubiese elegido a Jake de testamentario. Al oír su nombre, se volvió hacia Woodard.

—… a mi esposa, Myrna Stone, le dejo la casa y sus muebles, más los diez mil metros cuadrados que la rodean.

Myrna abrió la boca de par en par. Stone Creek tenía un total de cincuenta mil hectáreas.

—Pero… —empezó a protestar, pero el abogado continuó.

—… a mi hijo Jake Stone le dejo las treinta mil hectáreas que constituyen el rancho de Stone Creek, incluyendo el ganado y los bienes de la propiedad.

Jake sintió que se le salía el corazón del pecho. Pensaba que Myrna se quedaría con el rancho que había trabajado para su padre durante los últimos doce años, Jessica le apretó la mano, sabiendo lo importante que el rancho era para él.

—Pero… —Myrna volvió a abrir la boca.

—… a mi hijo Jared Stone, le dejo una parcela de ocho mil hectáreas donde existe un pozo de petróleo cerrado, con todo el equipo de perforación que haya en la propiedad…

Jake miró a su hermano, que estaba sentado rígidamente en la silla, con la mano apretada en el brazo, y mirando hacia delante. El pozo de petróleo de Jared. Hacía tres años, J. T. se lo había quitado. Y a su muerte, se lo devolvía.

Myrna apretó los labios. Sus ojos grises brillaban de indignación, pero no dijo nada.

—… y a mi hija, Jessica Stone, le dejo ocho mil hectáreas con las ruinas de la ciudad abandonada de Makeshift.

Jessica se quedó pasmada, y después, al pasar la mirada de Jared a Jake, una radiante sonrisa iluminó su rostro. Jake sabía que Jessica había pasado la mitad de su niñez en la ciudad abandonada. Había sido como una casa de muñecas gigante. No tenía ni idea de lo que su hermana haría con ella, pero por la mirada de sus ojos azules, no le cabía duda de que ya había pensado algo.

—¿Y los demás bienes de mi marido? —preguntó Myrna con expectación.

Woordard sacudió la cabeza.

—El contable de J. T. me ha enviado los balances financieros de los últimos tres años, señora Stone. Parece que agotó todo su dinero en remodelar su residencia privada. Sólo quedan unos miles que, como estipula su testamento, deberán ser divididos a partes iguales entre usted y sus hijos.

Jake vio que Myrna se ponía pálida ante la inesperada noticia. La mujer se había pasado los últimos diez años remodelando un monumento a sí misma de dos plantas y más de veinte habitaciones, y tenía el descaro de sorprenderse de que no hubiese más dinero.

Jake sintió un sabor amargo en la garganta. Aquello apenas afectaría a Myrna. No sólo tenía dinero de su primer marido, sino de su padre, Garitón Hewitt III, que poseía la mitad de Houston y pretendía comprar la otra mitad también.

—Bien, entonces —dijo Myrna tajantemente, guardando el pañuelo en el bolso con brusquedad—, si eso es todo…

—Me temo que no, señora Stone —dijo el abogado, sintiéndose incómodo, y todos le miraron—. Hay un legado más en el testamento.

—En relación a cinco mil hectáreas, supongo —dijo Jake pensativamente.

Woodard asintió con la cabeza.

—La familia entera de J. T. está en esta habitación —dijo Myrna ariscamente—. ¿A quién más iba a dejar algo mi marido?

El abogado leyó el documento:

—A Emma Victoria Roberts Stone —alzó la vista hacia los chicos —. La hija de nueve años de J. T.

Nadie se movió. Parecía como si no respirasen. Con el rostro rígido, Myrna apretó el bolso con tanta fuerza que lo hizo crujir.

—Señor Woodard, J. T. y yo llevábamos once años casados. Yo lo sabría si él tuviese… es decir, si hubiese tenido una indiscreción de esa naturaleza. Debe haber algún error.

—Me doy cuenta de la impresión que debe causarle, pero su marido tuvo otra hija, señora Stone, mientras estuvo casado con usted.

—¿Una hermana? — susurró Jessica, inclinándose hacia delante —. ¿Tenemos una hermana?

—Sí, señorita Stone.

Sin dar crédito, Jessica miró a sus hermanos, y después al abogado.

—¿Pero… cómo?

—Hablaremos de eso después —dijo Jared, mirando a Jessica y levantando una ceja.

—Lo que quiero decir —dijo Jessica frunciendo el ceño—, es que cómo no lo sabemos. ¿Cómo no nos lo dijo?

Woodard se ajustó las gafas.

—Su padre se había enterado de ello recientemente. Y en este

momento, me temo que la información de la niña es muy limitada. Sabemos que tiene nueve años, y creemos que vive en alguna parte del sur, pero eso es todo. Su padre contrató a un investigador privado para que la encontrase, pero desafortunadamente J. T. ha muerto antes de que el hombre pudiese localizar a la madre o a la niña. Sin embargo… —el abogado miró a Jake—….su padre pide en su testamento que Jake continúe la búsqueda.

Ignorando la incrédula mirada de Myrna, Jake miró al frente. Su padre había tenido una aventura. Y él tenía una hermana.

—Esto es ridículo —dijo Myrna con la voz llena de indignación —. Aunque hubiese una niña, y no creo que la haya, ¿qué más da? J. T. se ha ido. No hay ninguna razón para buscarla.

Jessica le puso la mano a Jake en el brazo.

—Claro que la buscaremos. ¿Verdad, Jake?

Jake miró a su hermana.

—Es una Stone, ¿no?

Jessica lo abrazó, tirándole el sombrero.

—Ni un momento de aburrimiento —dijo Jared, sonriendo y sacudiendo al cabeza.

—Y que lo digas —replicó Jake, abrazando a su hermana—. Bienvenido a casa, hermanito.

Capítulo Uno

Era una cara zona residencial. Hierro forjado blanco, ventanas biseladas, relucientes buzones de bronce. El taxi se detuvo delante de un pequeño edificio de ladrillo, casi sepultado por la hiedra con flores rosas. Tras el cristal, el vigilante levantó la vista de su periódico y miró el taxi con el ceño ligeramente fruncido.

El taxista se volvió hacia el pasajero.

—¿Quiere que espere?

Jake pensó que ésa era una buena pregunta. Tal vez la mujer no le abriese la puerta, a pesar de que sabía que él iba a ir. Habían tardado cinco meses en localizarla y, según el investigador privado, no había sido fácil que aceptase esa entrevista.

—¿Entonces qué? —Se impacientó el taxista—. ¿Quiere que le espere o no?

Jake tomó su pequeña bolsa de lona y sacudió la cabeza.

—Llamaré.

El vigilante observó detenidamente a Jake mientras pagaba al taxista. A Jake no le sorprendió la preocupación del hombre. En esa parte de Atlanta, Georgia, era más habitual ver ejecutivos con caros trajes que un vaquero de más de dos metros de altura, con sombrero y pantalones vaqueros.

Echándose la bolsa al hombro, Jake se acercó al receloso vigilante.

—Buenas tardes —dijo, tocándose el ala del sombrero—. Estoy buscando el número 312, la casa de la señorita Roberts.

El hombre arqueó sus pobladas cejas grises y dejó el periódico a un lado.

—¿Cómo se llama? —le preguntó a Jake, sacando una tablilla con un papel.

—Jake Stone.

El vigilante examinó la lista de las entradas permitidas de ese día.

—Sí, señor Stone. La señorita Roberts lo espera. Por la segunda calle a la izquierda. Es la tercera casa.

El hombre pulsó un botón y la enorme puerta de hierro se abrió. Jake entró y se volvió para ver como se cerraba tras él. Le pareció que acababa de entrar en una prisión. No le gustaría que su hijo viviese allí. Pero como no lo tenía y no pensaba volver a casarse, no hacía falta que le diese muchas vueltas.

Sacudiendo la cabeza, Jake siguió las indicaciones del vigilante. Los árboles de magnolias daban sombra al paseo y los macizos estaban llenos de flores de un rosa intenso. Todo a su alrededor era verde. De un verde luminoso que apenas se veía en Texas.

A Carolyn, su ex-esposa, le habría encantado ese lugar. El simple pensamiento hizo que Jake lo odiase y desease salir de allí cuanto antes.

Pero estaba allí por Jessi. Sabía que su hermana lo despellejaría vivo si no le llevaba noticias. Incluso Jared estaba ansioso. Jake recordó la sonrisa en los ojos de su hermano pequeño al despedirse en el aeropuerto. Hacía mucho tiempo que Jared no sonreía ni se entusiasmaba por nada y Jake haría cualquier cosa por mantener ahí esa sonrisa.

Número 312. Jake se detuvo delante de la puerta y miró los brillantes números de bronce. Se le hizo un nudo en el estómago y, aunque jamás lo habría admitido, le invadió la emoción. Emma Roberts Stone. La hija de J. T. Su hermana.

—¿De verdad es mi hermano? —Preguntó Emma por tercera vez en la última media hora—. ¿De verdad?

Savannah siguió cepillándole el lustroso cabello negro a la niña, sintiendo que se le encogía el estómago, igual que las otras veces que su sobrina le había hecho la pregunta.

—No lo sabemos seguro, cariño. Por eso va a venir, y así podremos hablar de ello.

—Es casi la hora —dijo Emma con excitación, volviendo la cabeza para mirar el reloj.

La cola de caballo que Savannah acababa de hacer, se deshizo completamente.

—Cielo —dijo Savannah con el ceño fruncido, empezando otra vez—, si no te estás quieta, no acabaremos nunca.

La verdad era que eran sus temblorosas manos las que hacían que la cola de caballo no se quedase en su sitio. Él iba a llegar de un momento a otro.

Y ella iba a decir la mayor mentira de su vida.

Savannah dejó el cepillo en el brazo del sofá y le dio la vuelta a su sobrina para que la mirase. Se arrodilló delante de la niña y la miró a los ojos, acariciándole la mejilla.

—Emma, sabes que te quiero más que nada en el mundo, ¿verdad?

Emma asintió con la cabeza, frunciendo el ceño ante el tono de seriedad de su tía.

—Y también sabes que antes de irse tu mamá me pidió que te cuidara. La niña volvió a asentir.

—Por eso quiero que hagas lo que te voy a pedir. Tienes que quedarte en tu habitación y dejarme hablar a mí antes con ese hombre. Tengo que asegurarme de que es tu hermano.

—¿Cómo lo sabrás?

Savannah le retiró el flequillo de la frente.

—Deja que yo me encargue de eso, cariño.

—¿Va a querer que me vaya a vivir con él?

Al oír el miedo en la voz de Emma, Savannah la abrazó.

—¿Crees que iba a dejar que alguien te apartase de mí?

La niña sacudió la cabeza.

—Claro que no —dijo Savannah, estrechándola entre sus brazos —. Tú y yo somos un equipo, no lo olvides.

—Vale —Emma la abrazó también.

Sonriendo con una seguridad que no sentía, Savannah miró a su sobrina.

—Y quédate en tu habitación hasta que te avise.

—Está bien.

Sonó el timbre y las dos dieron un respingo.

Con el estómago encogido, Savannah miró la puerta y después a Emma.

—Vete ya, cielo. Te avisaré cuando puedas salir.

Cuando su sobrina se fue, Savannah respiró hondo y, con el corazón acelerado, se dirigió hacia la puerta, y abrió.

Lo que más le llamó la atención del hombre fue su sombrero negro. Y su envergadura. Dios santo, se elevaba sobre su estatura de uno setenta, y su amplio torso ocupaba todo el umbral de la puerta.

—¿Señorita… Roberts?

Ni siquiera sonrió mientras la miraba con sus intensos ojos azules. Se quitó el sombrero, mostrando su cabello negro y una pequeña cicatriz en la sien.

Sin duda ese hombre utilizaría su tamaño y su aspecto amenazador para intimidarla. Probablemente estaba acostumbrado a que las mujeres, y los hombres, retrocediesen. Resistiéndose a la tentación de hacerlo, Savannah le miró a los ojos sin pestañear.

—Señor Stone.

Le tendió la mano y él se la agarró, cerrando sus largos dedos en lomo a ella. La mano de un trabajador. Grande y encallecida. Savannah sintió la fuerza que emanaba de él. Y su determinación.

—Entre, por favor —dijo ella, retirando la mano.

Él dejó la bolsa en el porche y entró. Sus botas retumbaron en el suelo de mármol de la entrada. Respirando hondo para tranquilizarse, Savannah cerró la puerta y le indicó que se sentase en el sofá del salón.

—¿Por qué no hablamos aquí? —dijo ella, pasando delante de él.

Pensando que se había confundido, Jake se quedó mirando a la mujer. A pesar de que ella le había llamado por su nombre mientras le miraba con sus ojos verdes como un prado en primavera, no podía ser Ángela Roberts.

La vio alejarse. Desde los altos tacones de sus zapatos hasta las puntas de su cabello rubio, exhalaba dinero. Y atractivo sexual. Su suave acento sureño lo había envuelto como cálida seda y su cremosa piel blanca emanaba una delicada fragancia de melocotón. Tenía las piernas largas y esbeltas bajo la falda beis que le llegaba hasta la rodilla, y unos pechos exuberantes y redondos bajo la blusa blanca de seda.

Jake entendió que su padre se hubiese sentido tentado de acostarse con esa mujer.

Ella lo miró por encima del hombro y se dio cuenta de que no se había movido.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

Él la siguió a la otra habitación y cuando ella se sentó en una silla rosa, Jake oyó el roce de las medias al cruzar las piernas. Él se sentó en el sofá de enfrente, y se hundió en los cojines, lo que lo irritó.

Casi se rió al imaginarse ese sofá blanco en su cuarto de estar.

Después de echar un vistazo a la femenina decoración de la habitación, miró a la mujer que tenía enfrente.

A Savannah no le gustó la forma en que Jake Stone la miraba. Había oído que los vaqueros eran tipos callados, pero aparte de su nombre, él no le había dicho ni una palabra.

—¿Señor Stone —le dijo cortantemente—, podríamos prescindir de las formalidades e ir directamente al motivo de su visita? Me temo que no tengo mucho tiempo.

Jake frunció el ceño. ¿Se había gastado casi todos sus ahorros en el billete de avión, había dejado a sus animales y se había pasado todo el día viajando para llegar allí, y ella no tenía mucho tiempo?

—Creo que Investigaciones Samuels ya le ha explicado con todo detalle por qué estoy aquí, señorita Roberts —dijo él secamente—. Pero por si acaso hay alguna confusión por su parte, se lo volveré a explicar. Estoy aquí para conocer a mi hermana.

—¿Y qué le hace pensar que Emma es su hermana? —preguntó Savannah, mirándolo sin pestañear.

Se mostraba tan fría y distante que, de no ser porque apretaba el brazo de la butaca, Jake habría pensado que estaba aburrida.

—Hace nueve años usted tuvo relaciones con mi padre, J. T. Stone. Después desapareció y, según el registro del hospital, tuvo un bebé siete meses después.

Ella levantó la barbilla.

—Eso no prueba que su padre sea el responsable.

Jake arqueó una ceja.

—¿Está diciéndome que se acostaba con dos hombres a la vez?

Savannah sintió que le ardían las mejillas. ¡Maldito hombre!

—Nueve años es mucho tiempo, señor Stone. Lo que sucedió entonces ya no tiene ninguna relevancia.

La blusa de seda blanca contrastaba con el rubor de su rostro, y Jake se sorprendió de su reacción.

—¿Qué sucedió?

El tono de la pregunta hizo comprender a Savannah que él sospechaba algo. Nerviosa, deseó poder responderle, pero Ángela jamás le había comentado nada.

—Fue una de esas… situaciones —dijo ella con cautela—. No había razón para que su padre se hiciese cargo de mí… situación.

Él se quedó callado un momento, como si estuviese estudiando su respuesta.

—¿Lo quería? —preguntó por fin.

—Quiero a Emma —respondió ella demasiado deprisa—. Eso es lo que importa ahora. Ella y yo somos muy felices tal y como están las cosas.

—Las cosas parecen estar muy bien, señorita Roberts —dijo él, mirando a su alrededor—. ¿Comparte el piso?

A Savannah le irritó su tono sarcástico, pero se daba cuenta de que una casa tan cara como aquella sería difícil de mantener para una mujer sola, y menos con su sueldo de maestra, pero para Ángela no había supuesto ningún problema. El alquiler estaba pagado durante cuatro meses más, y después deberían trasladarse a una casa más pequeña.

—No, señor Stone, no lo comparto. No lo necesito.

Él levantó una ceja, y cuando su mirada se posó en el cepillo que estaba sobre la butaca, frunció el ceño.

—¿Y qué me dice de Emma? —le dijo él, mirando pensativamente el cepillo.

Savannah apretó los dientes.

—Va a un prestigioso colegio privado para niñas, da clases de piano los martes y fútbol los sábados. Aparte de alguna discusión ocasional sobre comer espinacas o recoger su ropa, nos llevamos estupendamente.

Jake posó la mirada en su mano izquierda.

—No se ha casado.

—No.

—Y Emma no sabe quién es su padre.

Savannah apretó la mandíbula.

—No era necesario.

—¿Esa es su respuesta o la de Emma?

Savannah sintió como si tuviese una banda oprimiéndole el pecho, y no la dejase respirar.

—Le he preguntado antes qué quería de nosotras, señor Stone.

Se lo vuelvo a preguntar.

—Y yo le vuelvo a responder. Estoy aquí para conocer a Emma.

—Y si acepto, ¿después qué?

—Es mi hermana. La familia Stone nunca le da la espalda a uno de los suyos.

El pánico invadió a Savannah al oír ese comentario. Con los hombros rígidos, se levantó y se encaró con él.

—El por qué cree que tiene el derecho de entrar aquí con exigencias es algo que no entiendo, pero por lo que a mí respecta, esta conversación ha terminado. Creo que será mejor que se vaya, señor Stone.

Él no se movió. La recorrió lentamente con la mirada, empezando por las piernas, deteniéndose en sus pechos hasta llegar finalmente a su rostro. A pesar de lo furiosa que le puso que la examinase tan detenidamente, Savannah también sintió un remolino de calor en el vientre. Con los puños apretados, empezó a dirigirse hacia la puerta.

—¿Cuántos años tiene, señorita Roberts?

Ella se quedó paralizada, y se dio la vuelta lentamente.

—¿Perdón?

Jake se puso de pie.

—He dicho que cuántos años tiene.

Savannah se retiró nerviosamente el pelo de la cara.

—Eso no es asunto suyo.

—Adivino que tiene unos veinticinco o veintiséis.

Ella no dijo nada, sólo lo miraba.

—Y según eso usted tendría unos dieciséis o diecisiete cuando tuvo una aventura con mi padre.

Savannah se sintió contrariada. Se llevaba bastantes años con Ángela. Había intentado parecer mayor, poniéndose ropa tradicional y bastante maquillaje, pero era obvio que había subestimado al señor Stone.

—Parezco más joven de lo que soy —dijo ella sinceramente, pues tenía veintisiete años.

—¿Cómo se llamaba mi padre? —preguntó él, sin quitarle los ojos de encima.

Savannah sintió que se le secaba la garganta.

—No me lo dijo.

Jake la miró fijamente.

—¿Quiere decir que se acostó con mi padre y tuvo un hijo suyo, y ni siquiera sabía su nombre?

Jake vio el miedo en los ojos de la mujer, pero ella lo sustituyó enseguida por una fría indiferencia. Levantando los hombros, se dio la vuelta rápidamente.

—Le acompañaré a la salida, señor Stone.

Él la tomó por el codo con firmeza.

—¿A qué demonios está jugando?

—No sé de que habla —le dijo ella, mirando su mano con frialdad—, pero si no me suelta y se va inmediatamente, gritaré.

Él la apretó aún más.

—Adelante, grite. Así tendré que traer a mi abogado y averiguaremos quién es usted en realidad y por qué está mintiendo.

A la mención de un abogado, ella le clavó su asustada mirada, con un largo suspiro.

—Usted no lo entiende.

—Tiene toda la razón, no lo entiendo. Pero si cree que puede librarse de mí mientras busca la manera de vender las tierras, está muy equivocada.

Ella lo miró verdaderamente perpleja.

—¿Tierras? ¿De qué está…?

Jake oyó un débil llanto en el vestíbulo, y se volvió. Era una niña. Su brillante cabello era tan negro como la noche de Texas, y sus ojos, llenos de lágrimas, eran tan azules como la lavanda.

A Jake se le encogió el corazón. Miró a la niña y supo sin ninguna duda que era Emma. Y también supo sin ninguna duda que era hija de J. T. Era el vivo retrato de Jessica, con el hoyuelo en la barbilla y la nariz respingona. Asombrado, aflojó la mano en el codo de la mujer, pero no la soltó. Ella se volvió y vio a la niña.

—¡Emma! —Savannah se soltó y se dirigió hacia la pequeña—. Te dije que no te movieses de tu habitación.

—Lo siento, tía Savannah, pero he oído que alguien gritaba —dijo Emma con la voz temblorosa.

—Oh, cielo, siento que te hayamos asustado —dijo Savannah con ternura, y tomó a Emma de la mano—. No pretendíamos hablar tan alto —se volvió y miró a Jake con complicidad—. ¿Verdad, señor Stone?

Jake sintió una punzada de culpabilidad. Él era el único que había levantado la voz. Se acercó a la mujer y a la niña, pero se mantuvo a distancia.

—Lo siento, Emma —dijo él en tono tranquilizador—. Tu tía Savannah y yo estábamos hablando de algunas cosas.

Emma se abrazó a la cadera de Savannah.

—¿De mí?

Él asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Eres mi hermano? —preguntó Emma, mirando a Jake con los ojos muy abiertos.

Jake miró a Emma y después a la mujer.

—Sí.

Savannah rodeó a Emma protectoramente con el brazo.

—Usted no…

—Me llamo Jake —dijo él—, y tengo una foto de Jessica, tu hermana mayor. ¿Quieres verla?

La niña abrió los ojos como platos.

—¿También tengo una hermana?

—Y otro hermano llamado Jared —añadió Jake, sacando una foto de su cartera y mostrándosela a Emma.

—¡Es igual que yo! —Gritó Emma—. Mira, tía Savannah. Mi hermana Jessica es igual que yo.

Con los dedos temblorosos, Savannah tomó la fotografía, deseando desesperadamente que la niña no tuviese razón. Se le cayó el alma a los pies cuando vio el retrato. Había un parecido indiscutible entre Emma y esa tal Jessica.

—¿No es fantástico? —Dijo Emma, mirando a su tía—. Creíamos que no temamos familia. ¡Y ahora tenemos un montón!

Savannah vio que Jake fruncía el ceño, mientras la interrogaba con la mirada.

—Sí, Emma, es… fantástico —Savannah le devolvió la fotografía a Jake—. Pero no son familia mía, cielo, sólo tuya.

—Pero si son mi familia también tienen que ser la tuya —protestó Emma.

—Te lo explicaré luego, tesoro —Savannah se arrodilló delante de Emma y le retiró el cabello de su rostro angelical—. Pero ahora tengo que hablar con… Jake un rato a solas. ¿De acuerdo?

Emma vaciló, y Jake se inclinó hacia ella.

—Te prometo que no me iré sin despedirme.

Emma asintió con la cabeza y se dirigió hacia el vestíbulo, cabizbaja. Cuando oyeron que había cerrado su puerta, Savannah se apartó de Jake y se dirigió hacia las puertas correderas de cristal que daban a un pequeño patio. Allí se detuvo, mirando las macetas de las azaleas.

—¿Quiere decirme que es todo esto? —preguntó él, acercándose a ella.

Los hombros de Savannah se tensaron, pero no se volvió.

—Emma es mi sobrina —dijo ella quedamente—. Ángela es… era mi hermana.

¿Era? Jake frunció el ceño ante el impacto de las palabras de Savannah.

—Nuestros padres murieron hace cinco años en un accidente de coche —continuó ella—. No tenemos más familia, así que Emma siempre se quedaba conmigo cuando Ángela tenía que viajar por negocios. A mí me encantaba quedarme con ella, y como soy profesora en el colegio Santa María al que va Emma, también era lo más cómodo.

Savannah acaricio la cortina de encaje.

—Continué —la animó él al verla vacilar.

Ella respiró hondo, y después soltó el aire lentamente.

—Ángela acababa de recibir un premio por el diseño de un museo contemporáneo en Florida. Había estado fuera cuatro días y estaba deseando llegar a casa. Cuando cancelaron su vuelo, alquiló una avioneta privada.

Savannah se volvió, y aunque miró a Jake, él se dio cuenta de que no le veía.

—Su cumpleaños fue la semana pasada. Habría cumplido

cuarenta y tres años.

A Jake se le encogió el corazón. A sus nueve años, Emma no tenía ni padre ni madre.

—¿Qué sabe de lo de mi padre y su hermana?

Savannah sacudió la cabeza.

—Nada. Ángela era dieciséis años mayor que yo, era más una madre que una hermana. Yo sólo tenía dieciocho años cuando volvió de un trabajo en Texas. Esa parte de su vida la mantuvo completamente en privado, y todo lo que supe es que se había enamorado de un hombre casado. Siempre he pensado que él le había dado la espalda al enterarse de que estaba embarazada.

—Mi padre no habría hecho eso —dijo Jake fríamente.

—¿Sabía que su padre tuvo una aventura?

—Desde luego que no.

—¿Entonces cómo sabe lo que hizo o dejó de hacer?

Con una dura expresión en el rostro, él se aproximó más a ella.

—Sé que ningún miembro de la familia Stone volvería la espalda a uno de los suyos.

—Emma no es uno de los suyos —dijo ella furiosamente—. Se llama Emma Victoria Roberts, y es mía. Reí de alegría en la sala de partos cuando nació, la aplaudí cuando metió su primer gol jugando al fútbol y lloré con ella cuando su madre murió. Durante nueve años ha estado muy bien sin usted y continuará estándolo noventa años más.

Se encaró con él como una leona defendiendo a su cachorro, mirándolo con ojos desafiantes y la barbilla levantada. La brisa que entraba por la puerta entreabierta agitaba las puntas de su cabello rubio, y él no pudo evitar fijarse en la gracilidad de sus largos dedos al retirarse distraídamente el cabello de la cara.

Al acercarse más a ella y aspirar la fragancia de magnolias que entraba con la brisa, sintió una punzada de deseo. Entonces recordó que le había mentido.

—¿Por qué fingió ser Ángela? —le preguntó con tirantez.

Suspirando, ella cerró los ojos y luego volvió a abrirlos.

—Emma es todo lo que tengo. Supongo que entenderá que haga cualquier cosa para protegerla.

Jake frunció el ceño.

—¿Creía que tenía que protegerla de su propio hermano?

—Medio hermano.

Él apretó la mandíbula.

—La familia es la familia. Todo lo que quiero, y Jessica y Jared también, es la oportunidad de conocer a Emma, y de que ella nos conozca.

Los ojos verdes de Savannah se ensombrecieron momentáneamente de temor.

—Bueno —dijo ella con frialdad—. Si llaman antes, podríamos arreglar alguna visita.

Echándose el sombrero hacia atrás, él suspiró profundamente.

—Verá, señorita — dijo en un fuerte acento tejano—, es muy amable de su parte, pero no es eso lo que yo había pensado.

—¿Ah, no? —Ella levantó una de sus delicadas cejas—. ¿Y qué es exactamente lo que usted había pensado?

—Lo que había pensado…—la miró fijamente a los ojos y habló en un tono peligrosamente bajo mientras se acercaba más a ella—…es que mi hermanita venga a Texas conmigo.

Capítulo Dos

Era como si su peor pesadilla se hubiese hecho realidad. Savannah sintió que se le detenía el corazón durante un terrorífico segundo. Nadie iba a llevarse a Emma. Nadie.

Levantando la barbilla, se encaró con él, mirándole fijamente a los ojos.

—No le conozco de nada, señor Stone. No le dejaría que se llevase a mi sobrina ni a dar una vuelta a la manzana, menos a Texas. Emma está a mi cargo y no se separará de mí.

Jake se encogió de hombros.

—No hay ningún problema. Hay sitio para las dos.

—Eso es ridículo.

Él se acercó tanto a ella que Savannah pudo sentir el calor de su cuerpo y oler el aroma puramente masculino que emanaba de él.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque… porque no podemos, por eso —respondió ella, incapaz de pensar con claridad ante su proximidad.

Jake levantó una ceja.

—¿No ha terminado ya el colegio?

—Acabamos hace tres días, pero…

—Estupendo. Entonces podrá conseguir a alguien que le cuide la casa durante un par de meses.

—¡Un par de meses! —Savannah lo miró boquiabierta—. Ni pensarlo.

—Está bien —cedió Jake—. Un mes. Sacudiendo la cabeza, Savannah se volvió y se puso a mirar por la puerta acristalada.

—Lo siento, pero es Imposible. —Acudiré a los tribunales si es necesario —dijo él secamente—. Como hermano de Emma, tengo derecho a que venga a visitarme. Usted puede venir con ella o no. Eso es asunto suyo.

El frío se apoderó de Savannah, y se dirigió a él con frialdad.

—Eso es un chantaje, señor Stone. Quiere salirse con la suya a toda costa, ¿verdad?

Él apretó los labios ante tal acusación.

—No pretendo salirme con la mía, señorita Roberts. Sólo deseo que lleguemos a un acuerdo justo.

—¿Justo? —Savannah puso los brazos en jarras—. Hasta hace dos semanas no sabía nada de Stone Creek ni de su familia. Y de pronto, aquí está usted, exigiendo que Emma y yo le hagamos una visita, ¿y tiene el descaro de hablarme de un acuerdo justo? ¿Y si acaba de salir de la cárcel?

—Tendrá que confiar en mí. Savannah casi se rió de lo absurdo de su comentario.

—Señor, en este momento no le confiaría ni mis calcetines, y mucho menos a mi sobrina. Emma es todo lo que tengo, y yo soy todo lo que ella tiene. ¿Qué haría usted en mi lugar?

Él se quedó mirándola un momento, con la expresión fría y dura. Entonces, inesperadamente, se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo.

—Mire, señorita Roberts… Savannah —dijo él en un tono más suave—. Entiendo lo difícil que debe de ser esto para ti. Y tienes razón, yo en tú lugar haría lo mismo —suspiró profundamente—. Pero dime una cosa. ¿Qué planes tienes para Emma si algo te sucediese a ti?

Savannah se estremeció ante la idea.

—No va a sucederme nada.

—Pero si así fuera, ¿dónde iría Emma? Acabas de decirme que no tienes familia. Pero Emma sí. Nos tiene a Jessica, a Jared y a mí. Danos una oportunidad. Al menos ven a conocernos, y así sabrás que siempre estaremos allí si nos necesita.

La realidad de las palabras de Jake envolvieron a Savannah como un viento glacial. Tenía razón. Si algo le sucedía a ella, Emma no estaría con extraños, sino con su familia. Ellos la querrían y la cuidarían.

Intentando no temblar, Savannah se dirigió a Jake.

—¿No le importará a tu esposa?

Jake frunció el ceño.

—Sólo estamos Jared, Jessica y yo.

Savannah tomó aire temblorosamente, y luego lo soltó lentamente.

—Un mes —dijo ella, mirándolo a los ojos—. Pero si en algún momento creo que tú o tu familia podéis hacer daño a Emma, me iré enseguida.

El alivio suavizó la mirada de Jake, y sonrió por primera vez, tendiéndole la mano.

—Enviaré los billetes enseguida.

—Me encargaré yo, gracias.

Vacilantemente, Savannah le dio la mano. Sus calidos y robustos dedos se cerraron sobre los de ella y algo pasó entre ellos. Algo que hizo que Savannah se quedase sin aliento y que la mirada de Jake se hiciese más intensa. Fue algo más suave que un susurro y más ligero que el roce de una pluma.

Ella se soltó bruscamente y se cruzó de brazos, esperando que no estuviese cometiendo el mayor error de su vida.

Savannah no tardo en encontrar a Jake cuando Emma y ella bajaron del avión seis días más tarde. Después de todo, distinguir a un vaquero de más de dos metros de altura entre la multitud de un aeropuerto no era tan difícil.

Lo que sí le resulto difícil fue controlar la velocidad de los latidos de su corazón cuando lo vio.

Estaba apoyado de lado sobre un mostrador, con el rostro en sombra por el ala del sombrero. Su camisa blanca estaba limpia y ajustada, y tenía los pulgares metidos en las trabillas de los pantalones vaqueros. Una hebilla de plata brillaba en su estrecha cintura, y aunque lo intentó, a Savannah le resultó imposible evitar mirar más abajo, la zona masculina en la coyuntura de sus largas piernas. Apartó la vista rápidamente, pero no antes de que el rubor incendiase sus mejillas.

—¡Tía Savannah! —Emma tiró de su mano, señalando con el dedo—. ¡Ahí está Jake!

Él las vio y se enderezó, recogiendo una bolsa de plástico que tenía a los pies.

—¡Jake! —Gritó Emma, saludándole con la mano—. ¡Estamos aquí!

Con paso decidido, Jake se dirigió hacia ellas. Al detenerse, recorrió a Savannah lentamente con su intensa mirada. Ahí estaba de nuevo esa sensación. Tan poderosa que Savannah casi se estremeció. Hubo un momento de tenso silencio antes de que él mirase a Emma y metiese la mano en la bolsa que llevaba.

—He pensado que tal vez te gustaría esto —le dijo a Emma, sacando un animal de peluche.

—¡Un gatito! Gracias, Jake —Emma apretó al animal contra ella —. ¿No le has traído nada a la tía Savannah?

—Esta vez no —dijo él, mirando a Savannah tan intensamente que hizo que su pulso se acelerase—. Tal vez la próxima vez.

—No necesito nada, gracias —replicó Savannah, mirándole a los ojos—. Tú concéntrate en Emma.

Jake sabía que Savannah tenía razón, pero ese vestidito que llevaba tal vez sería fresco para ella, pero para él era tan caliente que casi le resultaba embarazoso. ¿Qué hombre no se imaginaría esas largas y esbeltas piernas alrededor de su cintura?

Jake casi suspiró al imaginárselo. Para él, el sexo había sido algo tan natural como respirar. Pero desde su divorcio, había aprendido a controlar esa necesidad. Y con Savannah Roberts no iba a ser diferente.

El aire de media mañana era agradable, así que viajaron con las ventanillas bajadas. Jake le había pedido la furgoneta a Jessica. El vehículo, aunque no muy nuevo, era cómodo y limpio, dos cosas que no tenía la camioneta de Jake. Emma iba en el asiento de atrás, acribillando a preguntas a Jake sobre su rancho y sobre Jared y Jessica y los animales que tenía. Él le respondía pacientemente hasta que finalmente, la niña se quedó dormida.

Savannah miró hacia atrás y sonrió al ver a su sobrina.

—Lleva levantada desde las cinco.

—Tú también pareces cansada —Jake colocó el espejo retrovisor —. ¿Por qué no duermes un rato? Faltan dos horas para llegar al rancho.

—¿Dos horas?

Savannah miró la tierra que se extendía delante de ellos. Todo lo que veía eran matorrales, cactus con flores amarillas y plantas como erizos con púas blancas. En el horizonte, sobre las colinas, acechaban unos negros nubarrones. No había rastro de gente, ni edificios. Sólo tierra, y más tierra.

—No me dijiste que tu rancho estuviese tan lejos del aeropuerto.

—¿Te preocupa que esté lejos?

—Bueno, no, claro que no, es sólo que, bueno, puede que necesite algunas cosas. Un mes es mucho tiempo.

—Cactus Flat está a cuarenta y cinco minutos del rancho. Puedes comprar allí todo lo que te haga falta, excepto comida rápida —añadió.

—¿Comida rápida no? —Preguntó Savannah, con los ojos muy abiertos, fingiendo incredulidad—. No pensaba que íbamos a estar a un nivel tan primitivo.

Jake frunció el ceño ante su sarcasmo.

—La gente de la ciudad cree que la vida aquí es como dar un paseo por el parque, Savannah. Bonitos caballos y preciosas vaquitas —frunció más el ceño—. La vida del rancho es dura y peligrosa. Muchas horas de trabajo, sin seguro médico, sin baja por enfermedad.

—¿Y por qué lo haces si te sientes así? —le preguntó ella ante su tono de resentimiento.

Él dejó de fruncir el ceño un poco y siguió con la mirada el vuelo de un halcón que había delante de ellos.

—Por mucho que te lo explicase, no lo entenderías. Es lo que hago, eso es todo.

Savannah apretó los labios.

—Podría entender más de lo que te imaginas, Jake. ¿Por qué no esperas a conocerme antes de juzgarme?

Con una media sonrisa, Jake le clavó una mirada de intenso interés masculino, y Savannah sintió un escalofrío.

—Lo haré —dijo él con la voz ronca.

Ella apartó la mirada antes de que él pudiese ver el rubor de sus mejillas. De pronto sintió un calor sofocante, pero no quiso pedirle que pusiese el aire acondicionado. Le demostraría a Jake Stone que era tan dura como un ranchero lejano.

—¿Savannah?

Oyó que alguien la llamaba, pero no podía salir de la bruma que la envolvía.

—¿Hmm? —fue todo lo que acertó a decir.

—Savannah —repitió la voz.

Era una voz agradable. Profunda, con una textura áspera que le produjo un hormigueo en la piel. Parecía la voz de…

¡Jake!

Entonces abrió los ojos, alarmada al darse cuenta de que se

había quedado dormida. Él estaba inclinado sobre ella, tan cerca que pudo sentir el calor de su aliento en la mejilla.

—Despierta, dormilona —susurró él—. Ya hemos llegado.

Avergonzada, se sentó derecha y se apartó de él.

—Lo… lo siento. Debía de estar más cansada de lo que creía.

—Emma también —dijo él en voz baja, señalando el asiento de atrás—. Ha estado dormida todo el tiempo.

Savannah miró a su sobrina, repanchingada en el asiento. Se le había deshecho la cola de caballo y en su lugar había una maraña de brillante cabello negro.

Jake apagó el motor. La repentina quietud despertó a Emma. Abrió los ojos de golpe y miró por la ventanilla del coche.

—¿Ya hemos llegado? ¿Es ésta tu casa?

Savannah miró la casa. Era un robusto edificio de piedra y ladrillo, de una sola planta. No había flores, ni adornos. Era práctica y construida para resistir los elementos. Como el mismo hombre.

Un enorme establo que había a unos cuantos metros llamó la atención de Emma.

—¿Tienes caballos allí dentro? —Preguntó Emma con excitación —. ¿Puedo verlos?

—Luego —dijo Jake, desbrochándole el cinturón de seguridad a la niña—. Ahora hay gente que está esperando conocerte.

Mientras Jake sacaba el equipaje, Savannah se apresuró a cepillar el cabello enmarañado de Emma, y después el suyo. Le temblaba ligeramente la mano al pintarse los labios. Jared y Jessica estaban esperando dentro. ¿La considerarían una extraña? ¿Una intrusa?

Dentro de la casa había globos y serpentinas rosas y blancos por todas partes. Parecían fuera de lugar en una decoración tan masculina con muebles de madera oscura y sillones de piel. Jake, con una bolsa en cada mano, cerró la puerta de una patada.

Un hombre estaba de pie cerca de la puerta, con las manos en los bolsillos de atrás de sus vaqueros desgastados. Era casi tan alto como Jake, con la misma complexión muscular, pero su cabello era un poco más claro, y sus ojos azules, aunque sonrientes, tenían una extraña tristeza.

Una mujer joven que llevaba una camisa blanca sin mangas y

vaqueros negros salió de la cocina, secándose las manos con un trapo. Jessica. Al verla, Savannah se quedó impresionada. Era muy guapa, y se parecía a Emma más que en la fotografía.

Jessica dejó el trapo y se acercó a Emma, agachándose y tendiéndole la mano.

—Hola, Emma.

Con el animal de peluche que le había regalado Jake en la mano, Emma de pronto se volvió tímida y se apretó contra Savannah.

—Tranquila, tesoro —Savannah la empujó suavemente—. Saluda a tu hermana.

Emma dio un paso hacia delante con cautela.

—¿De verdad eres mi hermana?

Jessica asintió con la cabeza.

Vacilantemente, Emma le dio la mano.

—¿Estáis celebrando una fiesta? —preguntó la niña, mirando a su alrededor.

Jessica sonrió.

—Es una fiesta de bienvenida para ti.

—¿Para mí? —Emma abrió los ojos de par en par—. ¡Gracias!

Cuando Jake vio a Emma abrazando a Jessica, se le hizo un nudo en la garganta, y cuando la niña le dio un abrazo a Jared, Jake se aclaró la garganta y dejó las bolsas en el suelo.

—¿Eh, y yo qué? Yo te he traído hasta aquí, ¿no?

Emma corrió hacia Jake y casi se arrojó a sus brazos. Savannah se quedó ahí de pie, sintiéndose completamente fuera de lugar. Parecía tan natural ver a Emma con los brazos alrededor del cuello de Jake, que era como si se conociesen de toda la vida.

Jessica, con lágrimas en los ojos, se acercó a Savannah y le tomó las manos.

—¿Cómo podremos agradecértelo?

—No es necesario —dijo Savannah, sacudiendo la cabeza.

Y cuando vio a Jake sonriendo a Emma, supo que había hecho bien en ir allí. Pero inmediatamente el miedo se apoderó de ella. Sabía que el amor que podía proteger a Emma también podía apartarla de ella.

Jessica, sin soltar a Savannah, tomó a Emma de la mano, y las llevó a la cocina.

—Debéis de estar muertas de hambre. Tengo una pizza en el horno, ensalada de patata, judías y salchichas. Oh, y tarta de chocolate de postre.

—¿Y qué va a comer Jake entonces? —bromeó Jared.

—Sus botas si no se da prisa —dijo Jessica.

—¿Y qué diferencia hay entre mis botas y esos filetes que hizo Jared la semana pasada? —preguntó Jake, arrojando su sombrero a un perchero y siguiéndoles a la cocina.

Las bromas continuaron durante la comida. Emma se reía de las tonterías e incluso Savannah se relajó. La cocina era espaciosa y soleada, pero tampoco en ella había un toque femenino. Ni cortinas, ni cestos con flores secas, ni nada en las paredes. Sencilla y funcional, pero con todos los electrodomésticos modernos.

Savannah se preguntó por qué Jake no se habría casado. Estaba claro que ese hombre no tenía ningún problema para encontrar una esposa.

—¿Quieres un panecillo?

Sobresaltada, Savannah se dio cuenta de que Jake le estaba hablando.

—¿Perdón?

—Un panecillo —Jake le pasó el cesto del pan—. ¿Quieres uno?

Jake no sabía por qué Savannah se había ruborizado, y se preguntó si se sonrojaría tan fácilmente de pasión como lo hacía de turbación.

Emma se rió cuando a Jared se le quedó un trocito de chocolate en la barbilla y su risa fluyó a través de Jake como cálida miel. La niña había llevado algo a su casa que él no se había dado cuenta de que faltaba. Alegría y risas. No llevaba allí ni dos horas y ya se estaba preguntando cómo iba a dejarla marchar. Un mes era muy poco tiempo.

Miró a Savannah, observando como se pasaba la lengua por el labio superior para quitarse un trocito de chocolate. El gesto inocente, pero sensual, le produjo una dolorosa tirantez en las ingles, y empezó a pensar que un mes podía ser demasiado tiempo.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Jake se quedó paralizado al oír la voz, igual que todos los demás. Jake miró ceñudamente a Jessica, y después a Jared, pero ambos sacudieron la cabeza.

Jake contó hasta tres, intentando controlarse, furioso de que les interrumpiesen la fiesta.

Myrna acababa de llegar.

Capítulo Tres

La repentina tensión de la habitación envolvió a Savannah como un puño. Instintivamente rodeó a Emma con el brazo, que estaba comiendo su tarta ajena a lo que sucedía.

La voz se oyó otra vez.

—¿Jake?

Jake frunció el ceño. Jared sacudió la cabeza y le tapó a Jessica la boca, pero ella le quitó la mano.

—Pasa —gritó Jessica, y le pellizcó a Jared en el brazo.

—Ah, estáis aquí —una mujer pelirroja con un vestido de crepé verde apareció por la puerta, quitándose las gafas de sol—. ¿Estáis celebrando una fiesta?

Jake se levantó y se encaró con la mujer.

—Creía que ibas a pasar esta semana con tu padre en Houston, Myrna.

Con un suspiro, la mujer entró en la cocina, metiendo las gafas en su bolso. Sus tacones resonaron en los baldosines del suelo.

—Y he ido, pero él estaba en reuniones de trabajo noche y día, así que decidí volver antes a casa. Yo creo que a sus setenta y tres años ya podía dejar algún asunto y pasar un poco de tiempo con su única hija.

—Normalmente me llamas para que vaya a buscarte al aeropuerto —dijo Jessica.

—Desde aquel pequeño accidente que tuve, mi padre insistió en que contratase a un chófer. Así que cuando William se presentó buscando trabajo, le contraté.

—¿William? —Jake se quedó mirando a su madrastra—. ¿Te refieres a Billy, el que trabajaba para mí?

—Sí, el mismo —dijo Myrna, cerrando el bolso y estirándose la chaqueta.

—Myrna, despedí a ese hombre porque tenía problemas con el alcohol.

—Tonterías. William está tan seco como… —Myrna se detuvo al ver a Savannah—. Oh, tenéis visita.

Se hizo un gran silencio, y Savannah miró a Jake, preguntándose quién era esa mujer y por qué todo el mundo se comportaba de esa manera tan extraña.

—Myrna Stone —dijo Jake finalmente—. Savannah Roberts.

Savannah casi se quedó sin respiración. Aunque había contado con la posibilidad de conocer a la esposa de J. T., no esperaba que fuese el primer día.

—Es un placer —Myrna le tendió la mano, y entonces miró a Emma—. Y esta debe de ser su hi…

Myrna se detuvo de golpe, con la sonrisa congelada en los labios. Miró a Emma, y luego a Jessica, adviniendo su parecido.

Savannah se levantó.

—Emma es mi sobrina, señora Stone. Ángela Roberts, la madre de Emma, era mi hermana.

Durante un buen rato reinó el silencio.

—¿Ella también conocía a mi papá, tía Savannah? —preguntó Emma tomando a Savannah de la mano.

—Sí, cielo —respondió Savannah.

Myrna había palidecido ante la pregunta de Emma y Savannah sintió lástima de ella, e indignación hacia Jake por no haberlas preparado para ese encuentro.

Sin dejar de mirar a Emma, Myrna dijo:

—¿Quiere decir que ésta es… que ella es…?

Jessica se levantó rápidamente.

—¿Emma, por qué no vamos al establo a dar de comer a la nueva ternera de Jake? Si le parece bien a tu tía.

—¿Te parece bien, tía Savannah? ¿Puedo ir? —preguntó Emma ansiosamente.

—Claro que sí, cielo —Savannah se esforzó por sonreír a su sobrina—. Yo iré enseguida.

Emma no paró de hablar mientras se dirigían hacia la puerta. Cuando salieron, Myrna se dirigió a Jake.

—¿Quieres explicarme qué sucede aquí, por favor?

—Emma es la hija de J. T., Myrna. Su madre murió hace ocho meses y Emma vive ahora con Savannah. Las he invitado a pasar unos días.

—¿A pasar unos días? —Myrna parecía verdaderamente perpleja —. ¿Has invitado a la hija ilegítima de mi marido a pasar unos días?

Jake vio a Savannah levantar la barbilla con indignación y tensar los hombros.

—Emma es mi hermana, Myrna…

—Nuestra hermana —añadió Jared bruscamente, levantándose de su asiento.

—Nuestra hermana —repitió Jake, acercándose más a Myrna—. Y te recuerdo que lleva la sangre de la familia Stone en las venas.

Los ojos de Myrna se llenaron de aflicción.

—Jake, deberías entender mi reacción. No es agradable que te restrieguen así la… —vaciló, como si estuviese buscando otra palabra — … indiscreción de J. T. por las narices.

—Emma —dijo Jake entre dientes—. Se llama Emma. Cuando te refieras a ella hazlo por su nombre de pila, y ahora si me haces el favor, te acompañaré a la puerta.

Myrna se llevó la mano a la garganta, y luego miró a Savannah.

—Perdóneme, señorita Roberts. No pretendía ofenderla.

—Comprendo su sorpresa, señora Stone —Savannah le lanzó a Jake una mirada cargada de reproche—. Pero no debe preocuparse. Nos vamos mañana.

Jake se volvió de golpe.

—¿De qué estás hablando?

Savannah recogió unos cuantos platos sucios.

—Hay un vuelo mañana por la tarde. Estoy segura de que podremos ir en él —ignorando la sombría mirada de Jake, Savannah pasó por delante de él y dejó los platos en la pila—. Ahora, si me disculpáis, creo que iré a reunirme con mi sobrina en el establo.

En cuanto llegó al porche, Jake la tomó por el brazo y la hizo girarse.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le preguntó él bruscamente.

—Ir al establo.

—Sabes a qué me refiero. Habíamos llegado a un acuerdo.

—Así es —Savannah se puso las manos en las caderas, inclinándose hacia delante—. Te dije que si tú o alguien de tu familia

hacía daño a Emma, nos iríamos en menos que canta un gallo.

—Creía que Myrna estaba en Houston. No tenía ni idea de que iba a aparecer hoy por aquí.

—No estoy hablando de Myrna. Estoy hablando de ti. No se te había ocurrido pensar cómo se iba a sentir Emma si aparecía tu madrastra. Sólo habías pensado en lo que tú querías.

Él entrecerró los ojos mientras la miraba.

—De acuerdo. He metido la pata.

—Ciertamente, señor —Savannah se acercó más a Jake, levantando el rostro hacia él—. Cuando Ángela murió, juré que nada volvería a hacer daño a Emma. Nada…—le puso un dedo a Jake en el pecho—…ni nadie.

Jake le agarró la mano con frustración.

—Maldita sea, Savannah. Me importa Emma. A todos nos importa. Admito que he cometido un error, pero te prometo que intentaré que no vuelva a suceder —el tono de su voz se suavizó—. Dame una oportunidad.

Savannah lo miró a los ojos, y sintió que algo estaba sucediendo entre ellos. Bajó la vista hacia la mano de Jake, que seguía cubriendo la suya, y de pronto se dio cuenta de lo cerca que estaba de él. Ella tenía los dedos apoyados en su pecho, duro como una roca, y podía sentir los latidos de su corazón.

—Emma es sólo una niña, Jake —dijo Savannah quedamente—. Ángela y yo siempre hemos hecho todo lo posible por protegerla. Ella no entiende lo crueles que pueden ser algunas personas.

Él acarició la suave piel de la palma de la mano de Savannah, y ella no pudo evitar estremecerse.

—Arrastraré con mi caballo a cualquiera que la mire mal, incluido yo mismo —dijo él—. Tú puedes montar el caballo.

—Supongo que Emma se disgustaría si nos fuésemos tan pronto —murmuró ella, sintiendo el calor del cuerpo de Jake a través de su camisa.

—Yo también.

Sin saber cómo ni cuando, él la atrajo hacia sí. Se quedaron ahí de pie en el porche, con sus cuerpos tocándose, mientras él le acariciaba la mano. Recostada en él, Savannah sintió su musculoso cuerpo presionado contra sus muslos y sus pechos. La invadió el deseo, sintiendo la necesidad de estar más cerca, de…

—¡Tía Savannah!

Savannah se apartó de golpe al oír la voz de Emma. Su sobrina corría hacia ellos desde el establo, y Jessica la seguía a pocos pasos.

—¡Tía Savannah! ¡Ven a ver a la vaquita! Mi hermana Jessica dice que puedo darle el biberón.

Savannah no había visto sonreír así a Emma desde la muerte de Ángela.

—Voy enseguida, tesoro —le dijo a su sobrina, saludándola temblorosamente con la mano.

Miró a Jake y asintió con la cabeza lentamente.

—Está bien, señor Stone, le daré otra oportunidad —se volvió y siguió a Emma, preguntándose cómo podía andar con la piernas sintiéndolas de goma.

Jake observó a Savannah alejándose y suspiró aliviado. El primer día y casi lo había echado todo a perder. ¿Pero cómo demonios iba a saber que Myrna se presentaría ese día?

—¿Jake?

Se volvió y vio a Billy detrás de él, con el sombrero en la mano y mirando al suelo. El lujoso sedán blanco de Myrna estaba aparcado a pocos metros.

—Hola, Billy.

—Supongo que seguirás molesto conmigo, y quería decirte que siento los problemas que te he causado.

Jake miró al hombre ceñudamente, y suspiró para sus adentros.

—¿Has ido ya a alguna reunión de Alcohólicos Anónimos?

—A una.

—Cuando resuelvas tu problema, puedes venir a verme.

—Sí, jefe.

Jake dio media vuelta y volvió a entrar en la casa. Billy era problema de Myrna. Y en ese momento, él y su madrastra iban a dejar claro todo lo referente a Savannah y a Emma.

El agua caliente hizo maravillas en los alterados nervios de Savannah. Suspirando, dejó que el agua de la ducha relajase la tensión de sus hombros.

Emma ya estaba durmiendo. Los labios de Savannah se curvaron en una sonrisa al recordar la expresión de entusiasmo de Emma

mientras le daba el biberón a la ternera esa tarde. Era la primera vez que la niña veía una vaca.

Con los ojos cerrados, Savannah echó la cabeza hacia atrás y se mojó el cabello. Sintió que se relajaba y dejó vagar sus pensamientos, evaluando su primer día en Stone Creek y al hombre que la había llevado allí.

Jake Stone. La había mirado con la misma intensidad que un animal salvaje observaba a su presa. Calculadora y descaradamente. Con determinación. Sintió un escalofrío a pesar del agua caliente. Había sentido el calor de su mirada, experimentando algo que jamás había sentido con ningún hombre. Y eso la asustaba.

Y la excitaba.

Savannah cerró el grifo de mala gana y salió de la ducha. Su primer día y ya se había puesto en ridículo. Esa tarde prácticamente se había derretido en los brazos de aquel hombre. Gimió débilmente, recordando cómo se había recostado en él mientras le acariciaba la mano. Aún podía sentir la textura áspera de su pulgar sobre la palma de su mano, y la electricidad que le había transmitido. Se frotó con fuerza con la toalla, como si pudiese eliminar así esa sensación, pero sólo la intensificó.

Maldiciendo por lo bajo, se cepilló a tirones el cabello, se puso el camisón y la bata y, sintiéndose mejor, salió del baño en dirección a su dormitorio, al lado del de Emma. Alineadas en la pared había fotografías familiares en el pasillo, y Savannah se detuvo a mirarlas. Jake de niño a caballo; Jessica con coletas y sin un diente; Jared y otro niño al que no se le veía la cara, montados en bicicletas.

Una antigua foto de boda llamó su atención y se acercó a ella, intentando leer la fecha escrita en una esquina.

—La foto de boda de mis padres.

Savannah se sobresaltó al oír la voz de Jake tan cerca de su oído.

—Parecen… muy felices.

—Lo eran —Jake miró la foto como si hiciese tiempo que no la veía—. Él no volvió a ser el mismo tras la muerte de mi madre.

—Mis padres murieron juntos —dijo ella—. Nunca lo había pensado, pero creo que habría sido duro para el superviviente si sólo hubiera muerto uno.

—Yo le hacía compañía a veces —admitió Jake—. Pero él necesitaba otra clase de compañía.

—¿Myrna? —preguntó Savannah.

Él asintió con la cabeza sin dejar de mirar la foto, pero sin verla.

—Los hombres a veces cometen errores cuando se sienten solos.

Savannah detectó una nota de amargura en la voz de Jake, y algo le dijo que no sólo estaba hablando de su padre. Se disponía a irse a su dormitorio, cuando otra fotografía llamó su atención. Era una enorme mansión blanca de dos plantas. Un hombre estaba delante de la puerta, con sus musculosos brazos cruzados mientras sonreía a la cámara. Savannah se quedó helada. Ella había visto antes esa foto.

Se volvió hacia Jake con los ojos muy abiertos.

—¿De dónde has sacado esta fotografía?

—Esa es la casa que mi padre construyó para Myrna. Se llama Stone Manor —miró a Savannah con el ceño fruncido—. ¿Sucede algo?

Ella volvió a mirar la foto.

—Esta casa…mi hermana la diseñó. Ella tiene, tenía, esta fotografía en la carpeta de los planos.

Los dos se quedaron callados, mirando lo que no sólo era un trozo del pasado, sino la pieza de un rompecabezas.

—Eso explica cómo se conocieron —dijo Jake finalmente con una carcajada de sarcasmo.

Savannah lo miró por encima de su hombro.

—¿Qué?

—Myrna contrató a la empresa constructora y pidió el mejor arquitecto, que obviamente era tu hermana.

Volvieron a quedarse callados, cada uno absorto en sus propios recuerdos.

—Nunca hubo otro hombre desde que volvió de Texas —murmuró Savannah—. A veces la sorprendía perdida en sus pensamientos, y sabía que estaba pensando en él.

—Esta es la única foto que tenemos de mi padre sonriendo después de que muriese mi madre.

Savannah miró al hombre de la fotografía, sabiendo que se la había hecho Ángela.

—Ella lo amaba, sabes.

La pasión en la voz de Savannah sacó a Jake de sus reflexiones,

y de pronto percibió la fragancia a melocotón que emanaba de su húmeda piel y de su cabello recién lavado. El deseo, intenso y profundo, recorrió su cuerpo, enloqueciéndolo. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para dejar las manos en sus costados.

—¿Abandonaría una mujer a un hombre si lo amase verdaderamente? —preguntó él, inclinándose hacia ella—. ¿Y tendría una hija suya sin decírselo?

El calor del cuerpo de Jake la abrasó a través de la fina tela de su bata, y Savannah sintió su aliento en la nuca.

—Tal vez él la mandó a paseo —susurró ella casi sin poder respirar. Jake sacudió la cabeza.

—Los hombres Stone nunca abandonan lo que les pertenece.

A pesar de lo machista y arrogante de su comentario, a Savannah se le aceleró el corazón.

Cerrándose bien la bata, se volvió, intentando no rozar a Jake, pero se quedó aprisionada contra la pared. Levantó la vista hacia él, decidida a no reaccionar a su proximidad. Pero la mirada de Jake, intensa y azul, descendió por su cuello hasta posarse en sus senos, y ella no pudo evitar estremecerse.

—Vives en la Edad de Piedra, Jake Stone —Savannah forzó una fría sonrisa—. Tal vez fue esa actitud egoísta lo que hizo que mi hermana se fuera. No resulta nada atractiva, sabes.

Entonces le tocó a Jake sonreír.

—¿Tienes frío, Savannah? —murmuró—. Estás temblando.

—Estoy indignada. Estás juzgando a una persona y una situación de la que no sabes nada en absoluto.

Jake se quedó mirándola un momento.

—Tal vez tengas razón —admitió él finalmente—. Puede que los dos tengamos que conocer algunas cosas. Después de todo —dijo con la voz ronca—, los dos queremos lo mismo, ¿verdad?

El aroma masculino de Jake asaltó los sentidos de Savannah, y su voz la acarició como la mano experta de un amante.

—¿Y qué es? —preguntó ella, parpadeando lentamente.

Él sonrió y retrocedió.

—Lo mejor para Emma, por supuesto.

Savannah se sintió ridícula, casi a punto de desmayarse porque

él se había acercado a ella. Al menos ya podía respirar.

—Eso es lo único que deseo, Jake. No lo olvides. Ahora, si me disculpas, me gustaría darles las buenas noches a Jessica y a Jared.

Jake levantó una ceja.

—Eso va a ser algo difícil. Se han ido mientras te estabas duchando.

—¿Se han ido? —Preguntó Savannah, mirando hacia el silencioso salón—. ¿A dónde?

—Jessica trabaja en Cactus Flat en el centro de juventud y tiene una casa allí. Jared vive en una caravana en su propiedad —la miró con curiosidad—. ¿Creías que vivían aquí?

A Savannah se le hizo un nudo en el estómago.

—Pues, yo…suponía que…

Jake arrugó la frente.

—¿Te asusta estar sola conmigo?

—No —respondió ella demasiado rápido—. Es que yo, bueno, yo no había…—levantó la vista hacia él. Era ridículo mentir—. Sí.

Jake retrocedió.

—No quiero que tú, ni Emma, tengáis miedo de mí. Las dos estáis a salvo aquí, Savannah. Te lo prometo.

Se quedó mirándola y, tras darle las buenas noches, se dirigió al salón.

Savannah soltó el aire lentamente y lo vio marcharse. Se preguntó que diría si supiese que no era de él de quien tenía miedo, sino de sí misma.

Capítulo Cuatro

Con las manos en las caderas, Jake miró ceñudamente al novillo desde el borde de la ciénaga. Tenía las patas completamente hundidas en el lodo, y ya era el quinto animal que rescataba ese día.

El cielo estaba despejado de momento, pero los últimos tres días no había dejado de llover, convirtiendo la zona en un agujero de barro. Había sido un milagro que Jake los hubiese encontrado antes que los lobos.

Con un fatigado suspiro, volvió a su caballo y descolgó la cuerda de la silla. Había estado entrando y saliendo de los cenagales desde el amanecer y estaba cubierto de barro. Si tenía suerte, liberaría a ese novillo y llegaría a tiempo para comer con Emma y Savannah.

Habían pasado cuatro días desde que Savannah y él habían estado mirando las fotografías del pasillo. Y desde entonces había mantenido las distancias. Le parecía la estrategia más segura, teniendo en cuenta que no podía acercarse a esa mujer sin desear discutir con ella o besarla.

Pero pensaba mucho en ella. Trabajando, y por la noche, sobre todo por la noche, al acostarse. Se preguntaba si estaría dormida al otro lado de la pared. Cómo encajarían sus cuerpos. Si sería tan suave como parecía.

El novillo mugió. Maldiciéndole, Jake le echó la cuerda al cuello, y ató el otro extremo a la silla de montar. Después, irritado, metió los brazos alrededor del animal para apartar un poco el barro.

—Parece divertido.

Sobresaltado, Jake se dio la vuelta al oír la voz de Savannah detrás de él. El novillo eligió ese momento para dar una sacudida, haciéndole perder el equilibrio. Jake cayó sentado, hundiéndose en el lodo.

Furioso, se levantó lentamente y miró a Savannah. Montaba a Rosemary, la yegua de Jessica.

—¿Qué demonios haces aquí? Ella contuvo una carcajada mientras lo miraba con los ojos muy abiertos. Estaba cubierto de barro hasta la cintura. Por el contrario, la blusa de algodón de Savannah estaba de un blanco reluciente, y sus vaqueros tenían el azul de recién comprados. Incluso el sombrero que llevaba parecía que lo acababa de sacar de la caja.

—Lo siento —dijo ella—. Creía que me habías oído llegar.

—Pues has creído mal —gruñó él, agarrando la cuerda.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó ella indecisa, acercando al caballo al borde de la ciénaga.

—Ya has hecho bastante —replicó él, quitándose un pegote de barro de los pantalones.

Mordiéndose el labio, Savannah miró arrepentidamente a Jake.

—Lo siento muchísimo.

—Olvídalo —dijo Jake sacando las botas del fango—. ¿Dónde está Emma?

—Jessica se la ha llevado a la ciudad a comer. Volverán a la hora de la cena.

El se volvió e hizo una seña al caballo para que retrocediese, tirando de la cuerda.

—¿Por qué no te has ido con ellas?

—He pensado que les gustaría pasar un rato juntas, y además, hace un día demasiado bueno para meterse en un coche. Solía montar mucho cuando estaba en la universidad y lo he echado de menos. Jessica me ha dicho que no te importaría que montase a Rosemary.

Jake volvió a meter los brazos en el barro, agarrando las patas delanteras del novillo.

—Esta zona no es muy apropiada para dar un paseo a caballo.

—Jessica me señaló esta dirección y me pidió que te dijese que ha llamado el señor Williams.

Jake maldijo para sus adentros. Williams era el director del Banco Central de Midland, que soportaba la hipoteca del rancho. Jake llevaba dos meses dándole largas, pero tendría que hacer frente a la situación.

Miró a Savannah y se quitó otro pegote de barro. Ella llevaba el cabello recogido bajo el sombrero, y algunos rizos dorados se enroscaban por su esbelto cuello. Al verlo, sintió una tirantez en la garganta.

—Stone Creek no es un centro ecuestre, Savannah —dijo él ariscamente—. Podías haberte perdido. ¿Qué habrías hecho si te hubieses topado con una serpiente de cascabel o una manada de lobos?

Ella apretó los labios, irguiéndose en la silla.

—Jessica me explicó muy bien el camino. Y dudo que una serpiente o un lobo fuesen más irascibles que tú.

El novillo volvió a mugir, mientras Jake tiraba de la cuerda.

—Oh, discúlpame —dijo él entre dientes—. He perdido mis buenos modales en el lodo.

—Ya te he dicho que lo siento —Savannah levantó la barbilla—. Sólo es un poco de barro, por Dios santo. No entiendo que estés armando ese escándalo por…

El novillo se soltó inesperadamente, arrojando a Jake otra vez en el barro. El animal asustado corrió en dirección al caballo de Savannah. La yegua se encabritó. Savannah gritó y salió volando.

Aterrizó de espaldas al lado de Jake.

Horrorizada, miró al cielo azul mientras sentía cómo el barro le cubría los brazos y las piernas. Jake se inclinó sobre ella, mirándola maliciosamente, y le tendió una mano cubierta de barro.

—¿Necesitas ayuda?

Echando chispas, Savannah rechazó su mano y forcejeó para salir del barro. Jake se rió mientras salía del barrizal.

Savannah había conseguido sentarse cuando un par de fuertes brazos la agarraron repentinamente. Con la boca abierta de asombro, no pudo hacer otra cosa que rodearle el cuello con sus brazos mientras él la levantaba.

—¿Cómo voy a limpiar esto? —Gruñó Savannah, mirando su ropa nueva—. ¿Cómo voy a limpiarme yo?

—Sólo es un poco de barro, por Dios santo —la imitó Jake.

Savannah frunció el ceño.

—Bájame.

—Caramba —Jake chasqueó la lengua—. Veo que tú también has perdido tus buenos modales. Tal vez quieras volver a buscarlos.

La sujetó sobre el barrizal. Savannah chilló y se agarró con fuerza a su cuello.

—Está bien, está bien. Lo siento.

Horrorizada de que pudiese dejarla caer, Savannah se acurrucó en el pecho de Jake. Entonces sintió que se estaba riendo y lo miró furiosamente.

—¿Qué es tan divertido?

—La cara…—dijo él entre carcajadas—…que has puesto cuando has aterrizado en el lodo…

—Me imagino que será algo parecido a la cara que has puesto tú cuando te has caído —dijo ella, retirándose el cabello de la cara—. Como si te hubieses sentado encima de un erizo.

Los dos se rieron al pie del barrizal. Los caballos los observaban, y el novillo correteaba por el prado.

Jake ni siquiera se acordaba de la última vez que se había reído con una mujer. Tampoco recordaba la última vez que había tenido a una mujer en sus brazos. Miró los ojos verdes de Savannah, y sintió que lo invadía el deseo. Su risa se desvaneció y, cuando posó la mirada en sus labios, sintió que la respiración de Savannah se agitaba.

—Jake —dijo ella con la voz queda—, ya puedes bajarme.

—Claro.

La deslizó por su cuerpo con agonizante lentitud. Los ojos de Savannah se nublaron cuando sus senos se apretaron contra su pecho. Instintivamente Jake le cubrió las nalgas con las manos para depositarla en el suelo. La necesidad de su cuerpo se intensificó y se le aceleró el corazón.

Savannah se sentía como flotando en un sueño, consciente de la solidez del pecho de Jake mientras sus senos se endurecían sobre él. Sintió la fuerte musculatura de sus brazos y levantó la vista hacia él. Jake inclinó la cabeza, y como por si solos, los labios de Savannah se abrieron y sus ojos se cerraron.

Al sentir los labios calientes y suaves de Jake en su boca, sintió que la recorría un torbellino de placer. Gimió débilmente, apretándose contra él mientras se consumía de necesidad.

Jake la besó más profundamente, presionando descaradamente su excitación en la coyuntura de sus muslos. Al sentir que Savannah se estremecía de placer en sus brazos, el deseo vibró a través de su cuerpo, gritándole que la poseyera para aliviar su necesidad.

A pesar de que siguió besándola con más intensidad, Jake se maldijo a sí mismo. Si fuese cualquier otra mujer, no lo habría pensado dos veces. Pero era la tía de Emma. Y aparte de la satisfacción física, no había lugar en su vida para una mujer como Savannah.

Con frustración, apartó sus labios de ella y la depositó en el

suelo, alejándose de ella.

Con los ojos llenos de confusión, Savannah lo miró, pestañeando varias veces. Tenía las mejillas encendidas de pasión.

Se oyó el chillido de un halcón sobre ellos. El olor a tierra mojada impregnaba el aire caliente.

—Has perdido el sombrero —dijo ella quedamente.

Él asintió lentamente con la cabeza.

—Tú también.

Se miraron a los ojos un rato sin decir nada, entonces se apartaron el uno del otro, conscientes de que habían perdido mucho más que sus sombreros.

—Jake, no eres razonable.

De espaldas a su madrastra, Jake miraba por la ventana del salón, imaginándose a Savannah en la ducha, con la piel reluciente mientras se frotaba con la toalla…

—¿Jake, me estás escuchando?

Suspirando para sus adentros, Jake se volvió hacia Myrna, sentada con las piernas cruzadas en la butaca de piel que había sido la favorita de J. T.

—No tengo nada que escuchar —dijo él secamente—. No tengo intención de vender este rancho. Ni a ti ni a nadie.

Myrna tamborileó sus uñas rojas impacientemente sobre el brazo de la butaca.

—¿Por qué te aferras a una aventura que no es rentable? Te arriesgas a perderlo todo.

—Hace diez años, Stone Creek era el rancho más rentable del condado —dijo él sin miramientos—. Que extraño que haya cambiado tanto desde que J. T. se casó contigo.

Myrna levantó la barbilla con indignación.

—Hasta J. T. habría sabido cuando tirar la toalla, Jake.

—No habría toalla que tirar si él no hubiera tenido que hipotecar este rancho para construir esa monstruosidad de casa en la que vives.

Myrna lo miró con desdén.

—Tu padre amaba Stone Manor tanto como yo.

Jake casi se rió ante su absurdo comentario. J. T. odiaba Stone Manor y pasaba la mayor parte del tiempo con Jake en el rancho.

Jake suspiró, cansado de esa conversación.

—¿Qué harías con este rancho, Myrna? Convertirlo en un centro comercial?

—Todo lo que tengo es la casa —se lamentó Myrna—. No tengo tierras. Mi padre está dispuesto a ofrecerte una buena cantidad de dinero por este rancho, más de lo que vale. Pensábamos en construir establos y contratar un par de adiestradores de caballos purasangre. Sería divertido.

¿Divertido? Jake contó lentamente hasta diez.

—No, Myrna —le dijo con tirantez—. No lo vendo.

Exasperada, dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué me dices de la tierra de la niña, entonces? No la necesitas, y estoy segura de que el dinero les vendrá bien a ella y a su tía—. Jake sintió que se le agarrotaba el estómago de ira.

—No está en venta.

—Eso no lo decides tú, Jake. Puede que seas el ejecutor, pero la tía de la niña tiene algo que decir en este asunto.

—Se llama Emma —gruñó Jake—. Emma Victoria Roberts Stone. Y la tierra no está en venta.

—¿Qué tierra?

Jake se volvió bruscamente al oír la voz de Savannah detrás de él. Estaba en el umbral de la puerta, con un vestido de algodón sin mangas y con el cabello húmedo recogido en una trenza. Tenía las mejillas encendidas de la ducha, y Jake sintió una punzada de deseo al recordar ese mismo rubor después de haberla besado.

—Savannah —dijo Myrna, sonriendo radiantemente—. Precisamente estábamos hablando de ti.

Savannah miró a Jake y, por la tensa expresión de su rostro, comprendió que ella no debería haber oído esa conversación.

—Hola, señora Stone.

Las pulseras de oro sonaron en la muñeca de Myrna cuando dio unas palmaditas en el sofá que había al lado de su butaca.

—Ven a sentarte, querida. Y por favor, llámame Myrna.

Savannah advirtió un músculo que vibraba en la mandíbula de

Jake mientras entraba indecisamente en la habitación. También advirtió lo bien que se le ajustaban los vaqueros limpios y el contraste de su piel bronceada con la camisa blanca remangada que llevaba. Estaba cruzado de brazos, observándola mientras se sentaba en el sofá, y por un instante vio el deseo en sus ojos. Se le aceleró el pulso.

—Quiero disculparme por mi comportamiento del otro día, querida—dijo Myrna—. Me pilló desprevenida, entiendes.

—Comprendo que nuestra estancia aquí le resulte incómoda.

—En absoluto —Myrna agitó la muñeca—. Me da la oportunidad de conoceros mejor. A J. T. le habría gustado.

Savannah miró a Jake al oírle murmurar algo por lo bajo.

Myrna continuó.

—¿Por qué no venís tú y tu sobrina a mi casa a comer la semana que viene? Haré que mi cocinero prepare algo especial.

Jake se adelantó y dijo:

—No creo que eso sea una buena…

—Nos encantaría —le cortó Savannah, quien probablemente habría rechazado la invitación si él no hubiese intervenido.

—Estupendo —sonriendo, Myrna se levantó y tomó su bolso de diseño—. William puede pasar a recogeros temprano y así tendremos tiempo de charlar un rato.

—Estoy segura de que será muy agradable —dijo Savannah con una débil sonrisa, arrepentida de haber aceptado tan impulsivamente.

Al pasar junto a Jake, Myrna le dijo:

—Mi padre me enseñó a no dejar que mis sentimientos interfiriesen en un buen negocio, Jake. Piensa en lo que hemos hablado.

El asintió con la cabeza fríamente, pero no dijo nada. Una vez que se fue la mujer, se volvió hacia Savannah, mirándola con frustración.

—¿Por qué demonios has aceptado a ir a comer a su casa?

Savannah levantó la barbilla y lo miró.

—Digamos que es mi día de cometer errores.

Su mordaz comentario golpeó a Jake como una bofetada, y la miró ceñudamente.

—Myrna utiliza a la gente para conseguir lo que quiere. Y eso os

incluye a ti y a Emma.

—¿Qué puede querer esa mujer de mí o de Emma? No sabe nada de nosotras.

La expresión de Jake se endureció, pero no dijo nada, sólo le dio la espalda y se puso a mirar por la ventana.

—Hay algo, ¿verdad? —Le preguntó ella, aspirando la fragancia a almizcle de su loción para después del afeitado—. Jake, creo que ya es hora de que me lo digas.

Jake se volvió hacia ella.

—Quiere una tierra.

Savannah arrugó la frente.

—¿Qué tierra? Yo no tengo...—se detuvo de pronto, recordando algo que le había dicho él al principio—. El día que nos conocimos me acusaste de querer unas tierras. Creía que te referías a tu rancho, pero no era así, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza.

—Cuando murió mi padre, dividió Stone Creek en su testamento. Myrna se quedó con Stone Manor, pero sin tierras. El rancho me tocó a mí, un pozo de petróleo a Jared, y un pueblo abandonado a Jessica. ¿Pozo de petróleo? ¿Pueblo abandonado? Savannah lo miró con los ojos como platos.

—Hay otro terreno —continuó él—. Linda con el rancho y se extiende hasta la casa de Myrna. Mi padre se lo dejó a Emma.

—¿A Emma? Pero...—Savannah titubeó—. ¿Por qué?

—Emma es su hija, pero él nunca pudo ser su padre. Esas tierras era todo lo que podía darle.

Ella sacudió la cabeza, desconcertada.

—Pero si no la había visto nunca. ¿Cómo estaba tan seguro de que Emma era suya?

—Lo sabía —dijo Jake con certeza—. Si no, nunca le habría dejado las tierras.

Savannah no podía creer que Emma poseyese una parte de Stone Creek.

—¿De cuánta tierra estamos hablando exactamente?

—De cinco mil hectáreas.

—¡Cinco mil hectáreas!

Savannah ni siquiera podía imaginarse tanta tierra. Entonces se dio cuenta. Él lo había sabido todo el tiempo, y no había dicho nada.

—¿Y cuándo pensabas decirme esto?

Jake vio la desconfianza en los ojos de Savannah. Maldita Myrna. Su madrastra sabía perfectamente lo que hacía al ir allí.

—Había planeado llevaros a ti y a Emma allí el domingo.

—¿Y qué más habías planeado? —preguntó ella con tirantez.

—No sé de qué estás hablando.

Cruzando los brazos, Savannah recorrió la distancia que los separaba.

—¿Quién es el ejecutor del testamento?

Jake apretó la mandíbula.

—Yo.

—Entonces tienes control sobre la propiedad.

—¿Se puede saber a dónde quieres llegar? —dijo él con irritación.

—Cinco mil hectáreas es mucha tierra y un buen pedazo de Stone Creek. Debe de haberte preocupado enormemente pensar que podrías encontrarte un letrero de Se Vende en la propiedad algún día. Jake hizo todo lo posible por controlarse.

—Se me notificaría la posible venta de las tierras.

—Pero mientras tanto, no sabrías las intenciones del propietario. Estoy seguro de que dormirías mejor si tuvieses cerca a ese propietario, sin perderlo de vista.

Él casi se rió. No había podido dormir en condiciones desde que ellas habían llegado. Entornó los ojos como advertencia y avanzó hacia ella.

—Savannah, haz el favor de… —¿Eso es lo que habías planeado para Emma, Jake? —Continuó ella, haciendo caso omiso de su advertencia—. ¿Y yo? ¿Era parte de tu plan también? ¿Pensabas que quedaría prendada del encanto Stone tan fácilmente como mi hermana?

Algo explotó dentro de Jake. La tomó por los hombros y ella lo miró con desafío.

—Pareces haber olvidado tu actuación el día que nos conocimos, Savannah, cuando me hiciste creer que eras Ángela. Parece que tú

también tenías un plan.

—Habría hecho cualquier cosa por proteger a Emma —dijo Savannah, intentando soltarse—. Y seguiré haciéndolo.

—Y yo también —replicó él entre dientes—. Mi tatarabuelo compró Stone Creek con un reloj de oro y dos toros premiados. No vendería ni un metro de esta tierra, y menos cinco mil hectáreas. Puede que tú no lo entiendas, pero esta tierra es nuestro legado, lo que nos identifica, y eso incluye a Emma también. Y en cuanto a ti y a mí, Savannah —bajó su voz casi a un susurro mientras la atraía hacia sí—. Puedo asegurarte que no estaba pensando en Stone Creek ni en Emma cuando te he besado esta tarde. En lo único que pensaba era en tenerte en mi cama, desnuda, con esas piernas condenadamente sexys rodeándome.

La imagen verbal de los dos haciendo el amor excitó a Savannah, igual que su proximidad. Levantó la vista hacia él y vio sus ojos azules ardiendo con una mezcla de furia y deseo, mientras le apretaba los brazos.

Ella abrió los labios, esperando impacientemente mientras él acortaba la distancia entre ellos…

Una bocina sonó repetidamente, mientras un coche se acercaba. Maldiciendo por lo bajo, Jake soltó a Savannah y se dio la vuelta. Se pasó la mano por el pelo y se dirigió a la ventana. Savannah, respiró profundamente y se abrazó temblorosamente a sí misma.

Se oyó la puerta de un vehículo cerrándose y después la risa de Emma.

—A que no me atrapas —canturreó—. A que no me atrapas.

Emma entró corriendo en la casa, seguida de cerca por Jessica, que levantó a la niña en volandas. Emma se soltó y salió corriendo otra vez por la cocina. Jessica pasó por delante de Savannah y de Jake.

—Hola, chicos. Hasta luego.

Jake miró a sus dos hermanas con los labios apretados. Finalmente se volvió hacia Savannah.

—Mañana es sábado y tengo que ir a la ciudad a por suministros. El domingo os llevaré a ti y a Emma a ver la tierra después de dar de comer a los animales.

Tomó su sombrero de la percha y se lo puso. Y salió de la casa dando un portazo.

Savannah se quedó mirando la puerta cerrada durante un rato, preguntándose qué demonios le estaba sucediendo.

Capítulo Cinco

Emma y Savannah acompañaron a Jake a la ciudad el sábado. Emma no paró de hablar en todo el camino de Betsy, la ternera a la que había estado dando el biberón. Con gran excitación les contó que Jessica iba a intentar que el animal participase en el Rodeo de Cactus Flat. Savannah agradecía la incesante conversación de su sobrina. No sólo llenaba el silencio, sino que disminuía la tensión.

Jake y ella no habían vuelto a hablar de la propiedad de Emma desde la visita de Myrna, tres días atrás. De hecho, casi no se habían visto. Jake se iba antes de la salida del sol y volvía a casa después del anochecer. Comía lo que Savannah le dejaba, y luego iba a arropar a Emma y a leerle un cuento. La noche anterior él también se había quedado dormido junto a la cama de Emma, y la imagen de los dos dormidos le había producido una tirantez en el pecho.

—Tía Savannah —Emma le tiró de la manga—. ¿Podemos comprarle una campana a Betsy?

Savannah vio que Jake sonreía ligeramente.

—Tal vez Jake pueda decirnos dónde podemos comprar una.

—Tengo que pasar por el almacén de piensos cuando lleguemos a la ciudad —Jake sonrió a Emma—. ¿Qué tal si vienes conmigo para que elijas una?

El rostro de Emma se iluminó y Savannah tuvo que contener la emoción que la invadió.

Cactus Flat era una ciudad que parecía sacada del antiguo Oeste, con sus aceras de madera y su almacén central, un motel y una cafetería. Delante del banco, dos vaqueros saludaron a Jake con la mano al pasar, y en la puerta del salón de belleza, una atractiva pelirroja sonrió mientras les seguía con la mirada por la calle principal. Savannah se preguntó quién sería esa mujer.

Jake aparcó delante de un pequeño café que se llamaba El Oso Hambriento, y el olor de las hamburguesas a la plancha hizo rugir su estómago al bajar de la camioneta. Jake sugirió que comiesen antes de comprar, y Savannah asintió rápidamente.

Las banquetas del mostrador estaban ocupadas y todos los sombreros se volvieron al mismo tiempo cuando Jake entró en el café. La guapa camarera que estaba sirviendo café detrás del mostrador, levantó la vista y sus enormes ojos castaños se abrieron de par en par

al ver a Jake.

Cuando se sentaron en la mesa de la esquina, la camarera se apresuró a servirles café.

—Hola Jake, cuánto tiempo sin verte.

Savannah detectó una nota de descontento en el tono de la mujer. Jake asintió con la cabeza mientras les servía el café, pero no respondió a su comentario.

—Loretta, éstas son Savannah Roberts y mi hermana Emma.

Loretta frunció el ceño, confundida, mientras miraba a la niña. Emma, fascinada con el enorme oso disecado que había en la otra esquina del café, estaba ajena a la presentación.

—¿Tu… hermana? Pero…

—¡Jake! —Dijo una bronca voz—. ¿Jake Fitzgerald Stone! ¡Ven aquí para que pueda darte una patada en el trasero!

Atónita, Savannah miró a un hombre mayor casi tan alto como Jake, saliendo de detrás del mostrador. Tenía el cabello y el bigote plateado, pero conservaba una buena musculatura. Savannah contuvo la respiración mientras el hombre se aproximaba furiosamente, apretando los puños a los costados.

—¿Cómo te va, Digger? —preguntó Jake, llevándose la taza a los labios tranquilamente.

—No me vengas con eso, perro sarnoso. No pagaste tu última partida de póker —el anciano le agitó un papel a Jake en las narices —. Dos dólares, caballero. Paga.

Jake sacó el dinero de su bolsillo.

—Digger, eres tan mezquino como ese oso de ahí y estás lleno de serrín como él.

Digger tomó los billetes de la mano de Jake y se los metió en el bolsillo.

—Ya que tu padre no pudo enseñarte un poco de respeto, me parece que tendré que hacerlo yo. Vamos fuera para que estas dos damas no tengan que verte haciendo el ridículo.

Savannah ahogó un grito cuando Jake se puso de pie y se acercó al hombre. Suspiró aliviada al ver que se abrazaban, y pensó que los hombres eran unos estúpidos.

—Digger, ésta es Savannah Roberts —dijo Jake cuando el anciano lo soltó—. Savannah, éste es Francis Elijan Montgomery.

—Vuelve a llamarme así, chaval, y te mando a tu casa de una patada.

De nuevo empezó el intercambió de insultos, hasta que de pronto, el hombre se percató de la presencia de Emma, que los observaba con los ojos como platos.

Jake miró a Emma, y después a los ojos azul pálido del anciano.

—Esta es Emma.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro arrugado de Digger, y se arrodilló delante de la niña.

—Tu padre era un buen amigo mío —dijo Digger con ternura.

—¿Ah, sí? —Emma sonrió.

Digger asintió con la cabeza.

—Puede que algún día hablemos tú y yo de él. Sé que le encantaría que te contase algunas cosas que él deseaba que supieses.

Al hombre se le humedecieron los ojos, y Savannah sintió que los suyos le ardían al ver a Emma asentir con entusiasmo.

Digger le puso la mano a Emma en el hombro, se levantó y miró solemnemente a Jake.

—Cuídala, Jake. Es lo que habría deseado J. T.

—Eso pienso hacer —dijo Jake, asintiendo con la cabeza.

Savannah miró a Jake, perpleja. La única que cuidaba a Emma era ella.

Savannah notó que también la camarera estaba mirando a Jake, y se preguntó si habrían salido juntos. ¿La habría besado como la había besado a ella?

Digger rechazó el dinero de Jake cuando fue a pagar la comida y, después de un nuevo intercambio de insultos, Jake les llevó al almacén de piensos.

Savannah y Emma fueron a comprar un cencerro a Betsy mientras Jake compraba existencias. Emma insistió en ir probando todos los cencerros, uno por uno, y Savannah hacía una mueca cada vez que su sobrina los hacía sonar varias veces.

—Yo me llevaría ése —dijo una profunda voz.

Savannah se volvió de golpe. Un hombre moreno estaba al fondo del pasillo, con los pulgares metidos por la cinturilla de los vaqueros. Sonrió a Emma, y después saludó con la cabeza a Savannah.

—Yo tenía una maestra en quinto que solía llamarnos a clase con una campana como ésa.

—Yo voy a empezar quinto —dijo Emma, dándole la mano a Savannah—. Y mi tía Savannah es maestra.

—¿En serio? —El hombre dirigió su mirada a Savannah—. ¿Y ésta es tu tía Savannah?

Savannah se sintió incómoda ante la intensa mirada del hombre. Era guapo, pero parecía más un ejecutivo que un ranchero. Se acercó a ellas, con la mano extendida.

—Sam McCants. Soy el dueño del Círculo B, al oeste de aquí.

—Savannah Roberts —al darle la mano, él se la retuvo más de lo que a ella le hubiese gustado—. Y ésta es Emma.

—¿Qué pasa, Sam? —preguntó Jake, acercándose a ellos.

Cuando vio la mano de Sam en la de Savannah, ella vio que Jake apretaba la mandíbula. Sam la soltó, pero los dos hombres no se dieron la mano.

—¿Dónde te metes, Jake?

—Por ahí—dijo Jake, impasible.

Sam miró a Savannah y a Emma.

—¿Estas dos señoritas vienen contigo?

—Así es.

—Siempre consigues las más guapas.

Sam le guiñó un ojo a Emma y sonrió a Savannah. Jake se puso rígido.

—Estamos de visita —explicó Savannah, viendo que Jake no decía nada.

—Jake es mi hermano —declaró Emma orgullosamente.

—¿Tú hermano? —dijo Sam, levantando las cejas.

—Así es —respondió Jake sin más explicaciones. Savannah se preguntó por qué Jake estaba siendo tan brusco.

—He tenido que sacar a tus vacas de mis tierras dos veces la semana pasada —le dijo Jake a Sam tirantemente.

Sam sacudió la cabeza.

—He arreglado esa valla cuatro veces este mes —suspiró con exasperación—. Mandaré a alguien para que la arregle.

—A ver si es verdad.

Sam se volvió hacia Savannah.

—Doy una barbacoa la semana que viene. Estoy seguro de a Jake le gustaría llevaros. Tú puedes conocer gente, y habrá más niños con los que podrá jugar Emma.

—¿Habrá juegos? —preguntó Emma ilusionada.

—Y baile también —Sam miró a Savannah—. Insisto en el primer baile.

—Gracias —dijo Savannah, devolviéndole la sonrisa—, pero me temo que no se me da muy bien bailar.

—Pues yo te enseñaré —se ofreció Sam.

Savannah sintió que Jake se ponía tenso a su lado cuando Sam le volvió a agarrar la mano.

—Hasta la semana que viene, entonces —dijo él, y se tocó el sombrero, añadiendo—: Si no antes.

—Vámonos —dijo Jake, tomando a Savannah del brazo y arrastrándola fuera del almacén.

Exasperada, Savannah se cruzó de brazos junto a la camioneta.

—¿Quieres decirme qué te pasa?

—No sé de qué me hablas.

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Has sido un antipático con tu amigo y no nos has dado ninguna explicación, ni a mí ni a Emma.

—No tengo por qué dar explicaciones de mi familia a nadie —replicó Jake lacónicamente.

Savannah bajó la voz para que Emma no les oyese.

—¿Te avergüenzas de Emma?

—Oh, por… —Jake cargó un saco en la parte de atrás de la camioneta, y se plantó delante de ella con las manos en las caderas—. ¿Por qué demonios iba a avergonzarme de Emma?

—Esta es una ciudad pequeña, Jake. Quizás te moleste que todo el mundo se entere de que tu padre tuvo una aventura.

El puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué iba a traer a Emma aquí entonces?

—No se la has presentado a Sam como tu hermana, y parece

obvio que no quieres llevarnos a la barbacoa.

—¿No has pensado que tal vez no quiera compartir el poco tiempo que tengo para estar con Emma? —Dijo él en un tono de acero —. Y en cuanto a Sam, le conozco de toda la vida, y sé exactamente por qué te ha invitado a la barbacoa. No tiene nada que ver con que Emma conozca a otros niños, sino con cómo te quedan esos vaqueros ajustados que llevas.

Sintiendo que le ardían las mejillas, Savannah empezó a darse la vuelta para irse cuando él le tomó por la muñeca.

—Oh, no —Jake apoyó la espalda en la cabina de la camioneta para que Emma no pudiese verlos—. Vas a escuchar lo que tengo que decir, te guste o no.

Ella apretó los labios y le miró a los ojos.

—Tal vez seas demasiado ingenua para verlo, Savannah, pero Sam ha dejado bien claro que está interesado en un tipo de baile diferente del que tú pensabas —le apretó la muñeca mientras la atraía hacia sí—. Pero recuerda esto, mientras estés aquí, Emma no es la única persona a la que no estoy dispuesto a compartir.

La soltó y se dirigió furiosamente al almacén. Savannah lo vio marcharse, con el corazón golpeándole en el pecho.

La tierra de Emma estaba al pie de las montañas que Savannah había visto desde el rancho. Jake aparcó la camioneta debajo de unos álamos, y rodeó el vehículo para abrirles la puerta a Savannah y a Emma. Emma corrió hacia un arroyo, cuyas orillas estaban salpicadas de flores amarillas y blancas. A pesar del sol, una suave brisa hacía que no hiciese demasiado calor.

—Es precioso —murmuró Savannah, observando cómo su sobrina tiraba piedras a las aguas poco profundas del arroyo.

—Esta parte sí —Jake se quitó la cazadora vaquera y la echó en la parte de atrás de la camioneta—. Pero la mayor parte de estas tierras son llanas y pedregosas. Sólo las puedo utilizar para pastos.

—Así que perderías pastos si se vendiese —dijo Savannah sin rodeos.

—No trates de leer siempre entre líneas, Savannah. Te estás volviendo paranoica.

—Está bien —dijo ella—. Hagamos una tregua esta tarde. Yo traeré los bocadillos y el té helado y tú extiende la manta.

La tensión entre ellos disminuyó de momento. Jake extendió una

gruesa manta india bajo la sombra de un álamo mientras Savannah sacaba la cesta que había preparado. Una nube de polvo acompañada de un ruido sordo llamó la atención de Savannah, y señaló en esa dirección.

—¿Qué es eso?

Jake se hizo sombra con la mano y miró la nube de polvo.

—Caballos salvajes —explicó—. Están aquí desde que mi abuelo llevaba estas tierras. Los dejamos estar.

Entonces Savannah los vio. Eran unos veinte, de varios colores, y se le aceleró el corazón al ver que se acercaban. De pronto, torcieron y se fueron en otra dirección.

—Son preciosos —exclamó ella.

Jake asintió con la cabeza, pero la estaba mirando a ella, y Savannah se ruborizó. Emma llegó corriendo, señalando excitadamente a los caballos.

Savannah sacó los bocadillos y comieron en silencio durante unos minutos, escuchando la brisa que mecía las ramas de los álamos. Una lagartija salió de detrás de una roca y cuando se dirigía a la manta, Jake le lanzó una piedra para detenerla. Emma se rió, señalando al reptil que se alejaba.

Savannah sintió un escalofrío al ver a su sobrina tan encajada allí. Podía ver el vínculo que se estaba formando entre Emma y su nueva familia, y eso la aterraba. La paz que acababa de sentir hacía un momento, se desvaneció.

Cuando se volvió, Savannah se dio cuenta de que Emma observaba a Jake mientras se comía un bocadillo. Cuando Jake dio un trago de té helado, Emma se inclinó hacia él.

—Jake —dijo la niña, retirándose el pelo de la cara—. ¿Cómo es que no tienes esposa?

Jake se atragantó con la bebida, que se le derramó por la camisa.

—¿Eh, por qué? —insistió Emma, ajena a la falta de delicadeza de su pregunta.

Savannah sabía que debía intervenir, pero lo cierto era que ella también lo quería saber.

Limpiándose la camisa, Jake respondió, irritado:

—Tuve una.

Savannah levantó la vista sorprendida.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Emma. Savannah se sintió obligada a interrumpir a su sobrina.

—Tesoro, no debes…

—No pasa nada —la cortó Jake, agitando la mano, y volviendo su atención a Emma—. Creo que le gustaba más el dinero que yo.

Emma frunció el ceño mientras pensaba en lo que había dicho Jake.

—Yo tuve una amiga, Alexandra, que venía a jugar conmigo a las muñecas. Pero un día el perro del vecino la mordió y ya no quiso volver a jugar conmigo. La tía Savannah me dijo que no era una buena amiga.

—No, Emma, no lo era —dijo Jake, mirando a Savannah con una intensa mirada.

—¿No tenías hijos? —preguntó Emma, dejando el bocadillo a un lado y quitándose las migas de las manos.

El rostro de Jake se ensombreció y Savannah se dio cuenta de que tenía que intervenir.

—Emma, mira…—señaló hacia el arroyo—…creo que veo un conejo.

Emma se levantó inmediatamente y corrió hacia allí.

—Guardarme alguna galleta —dijo por encima de su hombro.

Savannah dio un sorbo de té en el incómodo silencio que siguió a la partida de Emma.

—Lo siento —dijo ella por fin—. Lo de tu esposa. Él se encogió de hombros.

—Fue hace mucho tiempo.

—Pero no has vuelto a casarte.

Él sacudió la cabeza.

—Con una vez basta, gracias. He dejado el matrimonio y los niños para Jessica y Jared.

Savannah sabía que estaba arriesgando la tregua que habían hecho, pero tenía que preguntárselo.

—¿Cómo encaja Emma en tu vida, Jake? ¿Sustituyendo a los niños que nunca tendrás?

La mirada de Jake se endureció.

—Emma es mi hermana, y aunque tuviese diez hijos jamás le daría la espalda. Y ya que estás interesada en hablar de nuestra vida personal —añadió él secamente—, ¿por qué no te has casado tú?

Molesta consigo misma por haber sacado el tema, Savannah empezó a meter las cosas en la cesta.

—Pienso hacerlo —respondió fríamente—. Pronto.

Él se acercó más a ella sobre la manta, y Savannah sintió la energía que irradiaba de su cuerpo. Se puso tensa cuando su aliento le acarició la nuca.

—¿Tienes a alguien en Atlanta? —dijo él con la voz grave.

Savannah se dio cuenta de que Jake le estaba mirando la boca, y su corazón empezó a latir con fuerza.

—De momento no, pero estoy segura de que ocurrirá algo.

Por alguna razón aliviado de que nadie la estuviese esperando, Jake aspiró su fragancia a melocotón, sintiendo que el deseo recorría sus venas.

Al oír la risa de Emma, Jake levantó la vista y vio a la niña recogiendo flores.

—¿Eso es lo que haces en Atlanta? —le preguntó a Savannah de pronto—. ¿Esperar a que ocurra algo?

Savannah levantó una ceja y lo miró de soslayo.

—Supongo que tú tienes una forma mejor.

—Sí, es cierto. Evitar la situación completamente.

—¿En serio piensas pasar el resto de tu vida aquí solo? —Savannah dirigió la mano hacia las montañas—. ¿No querrías compartir todo esto con alguien?

—Yo no he dicho nada de estar solo. Estoy más que dispuesto a compartir lo que tengo con una mujer —Savannah sintió la intensa mirada de Jake sobre ella, que le produjo un remolino de calor bajo su vientre—. Especialmente mi cama.

El tono sensual de la voz de Jake fue como una corriente eléctrica recorriendo su piel y Savannah se dio cuenta de que había dejado de respirar cuando él se echó hacia atrás y dijo tranquilamente:

—El matrimonio no es parte del trato.

Savannah se quedó helada, sintiendo una mezcla de dolor e

indignación. Y otro sentimiento que le costaba admitir. Desilusión.

Agarrando con fuerza la cesta, se puso de pie y lo miró:

—Supongo que J. T. le ofreció un trato similar a Ángela.

Jake frunció el ceño.

—No sabemos nada de lo que mi padre le ofreció a tu hermana.

—Tal vez no. Pero lo que sí sé es lo que puedo ofrecerle a su hija, además de cariño. Un hogar estable, una buena educación y algún día una figura paterna a quien pueda admirar.

—Emma tiene dos hermanos mayores —dijo Jake, preso de ira —. No necesita más figura paterna que la nuestra.

Ella se rió amargamente.

—Te llamaré para que la regañes por teléfono cada vez que se porte mal, o mejor todavía, quizás puedas grabar en vídeo sermones semanales y me los envías por correo. Los veremos los viernes por la noche, comiendo palomitas.

El se levantó tensamente, y se acercó a ella con las manos en las caderas.

—Ya pensaremos algo.

Savannah se cruzó de brazos.

—No hables en plural, Jake. He traído aquí a Emma para que os conozcáis, no para que tú me digas lo que tengo que hacer con mi vida. Me las he arreglado muy bien hasta ahora, y cuando nos vayamos seguiré igual.

—Maldita sea, Savannah, por una vez no puedes….

Jake se detuvo, levantando la vista y frunciendo el ceño.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Savannah, siguiendo su mirada.

Entonces ella también lo vio. A lo lejos, en la dirección del rancho.

Una espesa nube de humo negro.

Capítulo Seis

Jake contempló la nube de humo negro que se hacía cada vez más grande conforme se aproximaban al rancho.

Si el fuego era en los establos, los animales quedarían atrapados. Los caballos… la ternera de Emma… Miró a la niña que iba a su lado con los ojos como platos. Savannah, pálida y con la vista fija hacia delante, rodeaba a su sobrina con el brazo. Nadie había dicho una palabra desde que habían saltado a la camioneta.

Jake sentía como si una faja de acero le aprisionase el pecho. Pisó a fondo el acelerador, con los nudillos blancos al agarrar el volante.

No era el establo. Lo vio cuando estaban a un kilómetro de distancia. Y según fueron acercándose vio que tampoco era la casa. Suspiró aliviado. ¿Qué demonios era? Cuando llegaron, tuvo su respuesta.

—Es el cobertizo —dijo él, señalando un pequeño edificio envuelto en llamas, a unos cien metros de la casa—. Ahí guardo neumáticos. Por eso hay tanto humo.

Jake detuvo la camioneta de un frenazo delante de la casa y saltó fuera. El fuego crepitaba y chisporroteaba, consumiendo el cobertizo.

—Saca los animales del establo —gritó a Savannah por encima del hombro mientras corría hacia la casa—. Si cambia el viento, las llamas podrían alcanzar el techo.

Jake tomó una manguera que había a un lado de la casa, la abrió y salió un chorro a gran presión.

Con el corazón acelerado, Savannah ordenó a Emma que no se moviese de la camioneta y corrió a sacar a los caballos y a la ternera al corral. En cuestión de minutos volvió con su sobrina y desde la cabina observaron cómo Jake apagaba el fuego.

Cuando no salía más que un ligero humo blanco del edificio abrasado, Jake hizo señas a Savannah para que cerrase la manguera. Apretando los puños a sus costados, Jake se aproximó al cobertizo ennegrecido y humeante y se quedó mirándolo. Preso de frustración, dio una patada a la puerta, que se derrumbó junto a parte del tejado.

Savannah se acercó a él con los brazos cruzados.

—¿Tenías algo de valor ahí?

Él sacudió la cabeza lentamente.

—Neumáticos de repuesto para las máquinas, algunas herramientas y piezas de motor. Nada insustituible.

Si tuviese el dinero. Que no lo tenía. Ni siquiera había podido mantener la póliza de seguros.

—¿Cómo empezó? —preguntó Savannah.

Jake frunció más el ceño.

—Buena pregunta. Hacía días que no entraba aquí —respondió Jake, y añadió sin mucha convicción—: Supongo que habrá sido un cortocircuito.

—Tengo que volver con Emma. Quiere asegurarse de que Betsy está bien.

Él asintió con la cabeza.

—Yo me quedaré aquí un rato arreglando esto, y después acabaré las tareas que dejé a medias esta mañana. Dile a Emma que siento que hayamos tenido que interrumpir la excursión.

Al ver a Jake con los hombros caídos, enfrentándose sólo a todo el trabajo del rancho, sintió deseos de abrazarlo.

—¿Qué puedo hacer yo? —le preguntó Savannah.

Él sacudió la cabeza.

—Tengo todo controlado. Tú ocúpate de Emma.

Savannah iba a marcharse, pero de pronto se volvió.

—Maldita sea, Jake —le dijo, y rápidamente suavizó la voz, poniéndole la mano en el brazo—. Por favor. Déjame ayudarte.

Él miró la mano de Savannah, y cuando sus miradas se volvieron a encontrar, ella vio alivio en sus ojos.

—Hay que limpiar los establos y a los caballos les vendría bien un poco de agua fresca.

Savannah sonrió lentamente, contenta de que le dejase ayudarle. Estaba empezando a entender por qué él amaba tanto el rancho y la tierra. Cuando tienes que luchar así para conservar algo, se hace más valioso y te importa más.

Dando media vuelta, Savannah se dirigió a la camioneta. No tenía ni idea de cómo se limpiaba un establo, pero se le ocurriría algo.

Sentado en la oscuridad de su despacho, con la única luz de la lámpara de la mesa, Jake repasaba una y otra vez las columnas de números que tenía delante. Las había sumado varias veces, esperando que cambiase el resultado

Con un profundo suspiro, se recostó en la silla y se frotó el puente de la nariz con los dedos. Eran las dos de la mañana y no había encontrado ninguna solución. Debía dos meses de la hipoteca y tres meses del crédito del tractor, había agotado sus ahorros y el poco dinero que le había dejado su padre estaba acabándose.

Poniendo la pierna encima de la mesa, respiró hondo. Podía declararse en quiebra, pero qué demonios, tenía que conservar Stone Creek. Si conseguía aguantar hasta la primavera, ese año el ganado le proporcionaría suficiente dinero para pagar todas sus deudas y para financiar todas las reparaciones que necesitaba el rancho. Y si le quedaba algo, podría llevar a Savannah y a Emma a San Antonio para el Festival de Primavera. A Emma le encantaría la feria y a Savannah…

¿Qué demonios estaba pensando? Jake se frotó el rostro con la mano para aclarar sus pensamientos. Savannah y Emma no estarían allí para la primavera, sólo estarían allí dos semanas y media.

El pensamiento le dejó una sensación de vacío en el pecho. Estaba disfrutando con la presencia de Emma. Tal vez demasiado. Y no pudo evitar que la imagen de Savannah invadiera sus sentidos. Sonrió al recordar lo exhausta que la había visto esa tarde cuando había entrado en los establos. Estaba echando heno con una horca en uno de los compartimentos de los caballos, y le caían tirabuzones dorados por el rostro sofocado. Al verla, había sentido el ardiente deseo de echarla sobre el heno fresco que ella acababa de esparcir y cubrir su cuerpo con el suyo.

Todavía ardía de deseo.

—¿Jake?

El susurro de la voz de Savannah casi le hace caer de espaldas. Giró la cabeza bruscamente y la vio ahí, una figura curvilínea en el umbral de la puerta.

—¿Qué?

Ante el tono seco de Jake, Savannah vaciló en la puerta, agarrándose el nudo del cinturón de la bata.

—¿Sucede algo? —preguntó él con preocupación, pero sin moverse de la silla.

—He ido a beber un vaso de agua y he visto la luz. Perdona, no quería molestarte.

Él no dijo nada, y el silencio les envolvió. La tensión aumentó tanto que Savannah casi no podía ni respirar y el pulso empezó a latirle con fuerza.

Empezó a darse la vuelta para irse.

—Ven aquí, Savannah.

Fue una orden cargada de sensualidad. De deseo. Y Savannah sintió la reacción de su cuerpo a un nivel que no podía controlar. Sin lógica, ni razón. Sólo simple necesidad.

Se acercó a él.

—Dame la mano —le dijo él roncamente.

Con los dedos temblorosos, Savannah hizo lo que le pedía.

Jake bajó la pierna de la mesa, inclinándose hacia delante cuando le tomó la mano. La textura áspera de sus dedos, hizo que a Savannah se le acelerase aún más el pulso. Él le puso la palma de la mano a la luz y examinó una ampolla que tenía entre el pulgar y el índice.

—¿Te has puesto algo aquí?

—No es nada —susurró ella.

—Uno nunca sabe —dijo Jake con la voz ronca—. Una vez que algo se te mete bajo la piel, no sabes lo que puede ocurrir.

Le acarició la palma con el pulgar y Savannah sintió que se le endurecían los pechos y que una espiral de calor descendía por su vientre hasta instalarse entre sus muslos. Cuando el presionó los labios en su palma, ella cerró los ojos.

—Savannah —murmuró Jake, y su cálido aliento la llenó de deseo—. ¿Sabes lo que me haces? ¿Sabes cuánto te deseo?

Savannah quería gritar, decirle que sí, que tanto como ella a él. Pero no pudo hablar, y cuando él le acarició la cara interna de la muñeca con la lengua, dejó escapar un gemido. La necesidad aumentó entre ellos y él le rodeó la cintura con el brazo, atrayéndola hacia sí.

Savannah deslizó la mano por la abertura de la camisa de Jake, y él sintió que le ardía la piel cuando ella le tocó el pecho.

—He deseado sentir tus manos sobre mi piel desde el momento en que te vi.

Savannah sintió como si fueran dos animales salvajes, solos en la oscuridad. Mirándolo a los ojos, se desabrochó el cinturón de la bata. Él le cubrió las nalgas con las manos y ocultó el rostro en su estómago. Murmurando su nombre, Savannah enganchó los dedos en su cabello.

Nunca se había entregado tan enteramente, tan ciegamente, al deseo físico. La consumía la necesidad, tan dulce e intensa que pensaba que iba a sollozar.

Jake deslizó las manos bajo su bata y le levantó el corto camisón, exponiéndola. Savannah se arqueó hacia él, ahogando un sollozo cuando él deslizó las manos por su piel desnuda y le cubrió los pechos con las manos. Volvió a gemir cuando él tomó uno de sus pezones endurecidos en la boca, y lo succionó.

Se agarró con fuerza a él, clavándole las uñas en los hombros.

—Jake… Jake… —susurró una y otra vez.

—¿Qué, Savannah? —murmuró él—. Dime lo que quieres.

—Yo… —Savannah se mordió el labio cuando él le acarició los pezones circularmente con los pulgares—. Yo quiero…

Esas dos palabras la hicieron vacilar. ¿Qué quería? ¿Una noche con un hombre que había admitido que sólo le interesaba el lado físico del amor? Recordó el dolor por el que había pasado Ángela. Savannah no estaba dispuesta a cometer el mismo error.

Se apartó de Jake, cerrándose la bata.

—No debería haber entrado aquí, Jake. Lo que quiero es algo muy diferente de lo que quieres tú. Lo siento.

Él se quedó ahí sentado en la penumbra, sin moverse. Cuando habló lo hizo en un tono apesadumbrado.

—Yo también lo siento.

Savannah sabía que si se quedaba ahí un segundo más, volvería a arrojarse en sus brazos. Sin mirar atrás, se dio la vuelta y casi salió corriendo de la habitación.

La barbacoa del Círculo B por el cuatro de julio era el acontecimiento del año en Cactus Flat. Manteles rojos y blancos cubrían largas mesas de buffet con montones de comida festiva tradicional: mazorcas de maíz, hamburguesas, salchichas, costillas y ensalada de patata. El olor de la barbacoa impregnaba el aire y una banda de música country tocaba conocidas canciones.

En otra época Stone Creek había sido un rancho tan próspero como el Círculo B, pero tras la muerte de la madre de Jake, J. T. había

perdido todo el interés. Si Jake pudiese conservar el rancho, haría que funcionase a pleno rendimiento, como su padre había soñado.

El sonido de risas y voces hizo volver a Jake al presente. Hacía mucho tiempo que no iba a una fiesta. El cuello de su camisa negra de vestir le apretaba y los vaqueros estaban muy tiesos. Pero iba a hacer todo lo posible para que Emma pasase un buen día. Respiró hondo y, sujetando a Savannah por el codo, las condujo por el arco de banderines y globos a la entrada de los jardines de Sam McCants. Miró a Savannah, que llevaba una blusa blanca de volantes y una falda vaquera corta que dejaba ver sus largas piernas. Unas piernas a las que mirarían todos los hombres que hubiese allí.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —le preguntó, irritado, apretándole el codo.

—Me la ha prestado tu hermana. Yo no tenía nada apropiado para una fiesta —se miró lo que llevaba—. ¿No te gusta?

¿Que si le gustaba? Le marcaba todas las curvas. Le gustaba tanto que sólo podía pensar en quitársela.

—Unos vaqueros hubiesen estado bien —le dijo, pensando en tener unas palabras con Jessica, y le advirtió—: Prepárate para el ataque.

Jake saludó con la cabeza a un grupo de personas. Repentinamente Savannah se vio rodeada de hombres con sombrero, vaqueros y camisas lejanas.

—Eh, Jake —dijo un hombre, poniéndole a Jake una cerveza en la mano.

Otro hombre le dio una palmada en la espalda, y sonrió a Savannah.

—Ahora entendemos por qué has estado escondiéndote, Jake.

—Creo que Jessica te está buscando, Jake —dijo un tercer hombre—. ¿Por qué no le enseño yo esto a tu amiguita mientras tú vas a ver que quiere?

—¿Por qué no le preguntamos a Mary qué le parece? —replicó Jake, dando un trago de su botella.

A la mención de su esposa, el hombre miró tímidamente detrás de él. Savannah se ruborizó ante tanta atención. Con la mano de Jake extendida posesivamente en su espalda, le resultaba difícil concentrarse en las presentaciones. A pesar de ello sonreía y saludaba con la cabeza, intentando ignorar la reacción de su cuerpo ante ese simple contacto.

Emma enseguida estuvo rodeada de niños también, y cuando salió corriendo a jugar, Savannah se relajó. Había estado preocupada por como trataría esa gente a su sobrina. Pero ninguna persona la había mirado mal, sino que la habían aceptado totalmente.

—¡Savannah!

Jessica la saludó con la mano desde el otro lado de la piscina, y corrió hacia ellos. Jake le dijo algo a su hermana por lo bajo y Jessica se rió.

—Ven, Savannah —Jessica tomó a Savannah de la mano—. Alejémonos de mi hermano, que es un gruñón.

Jake miró ceñudamente a su hermana, pero no dijo nada cuando se llevó a Savannah. A partir de ese momento, Savannah se vio inmersa en un remolino. Jessica le presentó a casi todas las personas que había allí. Bebieron cerveza, comieron costillas a la parrilla y jugaron varias veces al bingo, donde Savannah ganó una cesta de flores secas.

El baile empezó cuando el cielo se tornó de un color gris anaranjado. Cuando empezaron a formarse las parejas, Savannah miró a Jake y le vio separarse de un grupo de hombres. Sintió que se le aceleraba el corazón al verlo dirigirse hacia ella, emanando masculinidad en sus movimientos.

—¿Savannah?

Savannah dio un respingo ante esa repentina voz tan cerca de su oído.

—Señor McCants. Me ha sobresaltado.

—Sam —él sonrió y le quitó el vaso de cerveza que tenía en la mano—. Iremos a por otra después del baile que me prometiste.

Indecisa, Savannah miró a Jake y le vio con el ceño fruncido. Seguía dirigiéndose hacia ella, pero se detuvo cuando una mujer le salió al paso y le tocó el brazo. Era la pelirroja que había visto en la ciudad aquel día.

Sam ya le había rodeado la cintura con el brazo y la llevaba hacia donde bailaban los demás. Impotente, forzó una sonrisa y empezó a bailar.

—Te mueves muy bien —le dijo Sam, mirándola.

—Gracias.

Savannah se preguntó desesperada dónde estaría Jake. La mano de Sam le apretaba la cintura, aproximando sus cuerpos sutilmente.

Sam McCants era un hombre atractivo y encantador, pero por alguna razón no le decía nada.

Comprendió que esa razón era Jake, y lo buscó entre la multitud, pero no lo vio por ningún lado.

—Tal vez te apetezca venir un día de esta semana para que te enseñe el rancho —le dijo Sam.

—Bueno, yo…

—Me toca, Sam —interrumpió una voz grave.

Agradecida, Savannah se volvió. Aunque no era Jake. Era Jared. De mala gana, Sam la soltó, saludándola con el sombrero mientras le daba las gracias.

—Me has salvado —susurró Savannah cuando empezó a bailar con Jared.

Una media sonrisa elevó la comisura de los labios de Jared.

—En realidad a quien estaba salvando era a Sam. Creo que Jake fue a buscar un arma cuando has empezado a bailar con él.

—¿Qué problema hay entre esos dos? —preguntó Savannah, recordando la hostilidad de Jake hacia Sam.

Jared se encogió de hombros.

—No podría decirlo. Son cosas que un hombre se guarda para sí mismo.

Algo le dijo a Savannah que Jared también guardaba cosas para sí. Cosas que hacían que su mirada y su sonrisa fuesen tristes.

—No mires —le dijo él, sonriéndole—. Jake está mirándome diabólicamente.

Savannah intentó volverse, pero Jared la sujetó.

—¿Qué te parece si le exasperamos un poco? —Bromeó él, susurrándole a Savannah en el oído como si fuesen amantes—. ¿Te imaginas lo divertido que puede ser sacarlo de sus casillas?

—¿Qué te hace pensar que a Jake le importa con quién baile yo? —le preguntó ella.

Jared se rió.

—Mujer, podéis engañaros a vosotros, pero no engañáis a nadie.

Savannah sintió que se le incendiaban las mejillas, y apoyó la frente en el pecho de Jared.

—No nos engañamos, Jared. Es que no funcionaría.

—No lo hagas más complicado de lo que es —dijo Jared, y la atrajo hacia sí, con ojos sonrientes—. Está mirando. Mírame como si estuvieses locamente enamorada. Eso hará que le hierva la sangre.

Riéndose de su malicia, Savannah le siguió el juego. Al menos se estaba divirtiendo.

Jake, sin embargo, no se estaba divirtiendo en absoluto. Apoyado en una columna, con una botella en la mano, intentaba decidir a quién iba a matar primero. Si a Sam o a Jared. ¿Por qué Savannah miraba a su hermano como si quisiese que la besase? Empezó a acercarse a ellos, maldiciendo por lo bajo, pero se detuvo de pronto.

¿Qué iba a hacer? ¿Adoptar el papel de marido ofendido? Él no era su marido. Ni siquiera era su amante. No tenía ningún derecho sobre Savannah. Iba a ponerse en ridículo, y ella probablemente no volvería a hablarle. Apretando la mandíbula, Jake hizo lo único que podía hacer.

Se dirigió al bar.

Capítulo Siete

—Simón dice que te toques la nariz —dijo Savannah, tocándose la nariz con el dedo.

Todos los niños reunidos bajo el árbol a poca distancia de la fiesta la imitaron.

—Simón dice que muevas las orejas sin utilizar las manos.

Los niños retorcieron sus caritas, intentando frenéticamente mover las orejas. Emma, sentada en el suelo junto a su nueva amiga, Amy, entrecerró los ojos y arrugó la nariz.

Savannah, de pie delante de ellos, se echó a reír, agradecida de haber escapado de la pista de baile. La estaban matando los pies después de una hora bailando con casi todos los hombres que había en la fiesta.

Con todos menos con Jake.

Ni siquiera lo había visto desde su baile con Jared. Y pensándolo bien, tampoco había visto a la pelirroja.

Empezó a sonar una dulce melodía lenta, y Savannah miró hacia la zona de baile, junto a la piscina. La luna llena se reflejaba en el agua, y las parejas se abrazaban a la luz parpadeante de las antorchas.

Al mirar a las parejas Savannah sintió un vehemente deseo de estar en los brazos de Jake, moviéndose juntos al compás de la música.

Los gritos y risas de los niños que de pronto salieron corriendo hacia el puesto de los helados la sacó de sus pensamientos. Con un suspiro, Savannah se recostó en el tronco del árbol mientras escuchaba la balada tejana, ansiando ver a Jake entre la multitud.

—¿Qué haces tan sola?

Sobresaltada, Savannah se volvió. Era Sam.

—Estaba escuchando la música —dijo ella, con una sonrisa forzada—. Me temo que mis admiradores me han cambiado por helados.

—No todos tus admiradores —dijo Sam, apoyándose en el árbol, muy cerca de ella.

Savannah retrocedió.

—Tienes una casa preciosa —comentó Savannah, ignorando sus insinuaciones.

—Todavía no has aceptado mi invitación de venir una tarde al rancho. Después podríamos cenar.

—Pues… ¿por qué no te llamo?

Él se retiró un poco y se quedó mirándola.

—Tal vez he malinterpretado tu relación con Jake —le dijo Sam con prudencia—. Si me estoy entrometiendo en…

Savannah sintió que se le ruborizaban las mejillas.

—No te estás entrometiendo en nada. Yo estoy aquí como tía y tutora de Emma, nada más.

—Entiendo —Sam levantó una ceja y sonrió—. Entonces como tía y tutora de Emma te encargarás también de sus asuntos económicos.

—¿Qué asuntos?

—La tierra que J. T. le dejó a Emma —dijo Sam—. Tal vez podríamos llegar a un acuerdo que nos satisfaga a los dos.

—No está en venta.

Savannah se sobresaltó al oír la voz de Jake. Estaba a pocos metros de ellos, con los pulgares metidos en las trabillas delanteras de los vaqueros, mirándoles fijamente.

—Todo tiene un precio, Jake —Sam sonrió y se recostó en el árbol—. Di cuánto. A Emma le vendría mejor un dinero para la universidad que una tierra de pastos.

—Me conmueve que te preocupes por la educación de mi hermana —dijo Jake irónicamente—. Pero me las arreglaré para pagarle la universidad cuando llegue el momento.

Savannah iba a protestar, pero los dos hombres estaban demasiado ocupados en medir sus niveles de testosterona como para prestarle atención. Sam se separó del árbol.

—Maldita sea, Jake, si no fueses tan cabezota, podríamos ver…

—Lo único que veo…—Jake dio un paso hacia Sam—…es que estás metiendo las narices donde no te importa.

Savannah miró a los dos hombres sin dar crédito. Se acercó a Jake y le puso una mano en el brazo.

—¿Jake —le dijo con la voz tensa—, podemos hablar de esto

más tarde, por favor? Él miró su mano.

—Os espero en la camioneta —dijo, y volvió a mirar a Sam—. Algunas cosas no tienen precio, Sam. Con el cuerpo rígido, Jake dio media vuelta y se fue. Aclarándose la garganta, Savannah se volvió hacia Sam con una sonrisa forzada.

—Yo… lo siento. La tierra de Emma parece ser un tema que le afecta mucho a Jake. Sam sacudió la cabeza.

—No es la tierra de Emma, Savannah —Sam volvió a recostarse en el árbol y la miró con curiosidad—. Nunca le había visto tan susceptible, ni siquiera con Carolyn, su ex.

—¿La conocías? Él asintió sombríamente.

—Sí.

—¿Estuvieron casados mucho tiempo? —preguntó Savannah con curiosidad.

Sara se encogió de hombros.

—Un par de años. Ella tenía una noción muy romántica de lo que era la vida en un rancho y él quería tener hijos. Los dos salieron perdiendo.

Aunque tentada de seguir preguntando, Savannah comprendió que no tenía derecho. Si Jake quería que supiese algo, se lo contaría él mismo.

Le tendió la mano a Sam.

—Gracias por invitarnos a la fiesta, Sam. Lo hemos pasado muy bien.

Sam le envolvió la mano con sus dedos y sonrió.

—No hay de que. Y si a Jake no se le bajan los humos, llámame. Estaría bien que me arreglase la nariz.

Sam se fue silbando, y Savannah se quedó mirándolo pensativamente. Algo le decía que había algo más entre Sam y Jake de lo que ellos dejaban ver.

—¡Tía Savannah!

Se volvió bruscamente al oír a Emma. Su sobrina se acercaba corriendo junto a su amiga, Amy.

—¡Tía Savannah! ¡Tía Savannah! —Emma se abalanzó sobre ella, echándole los brazos a la cintura.

—Amy me ha pedido que vaya a su cumpleaños mañana y

Jessica dice que puedo pasar la noche con ella y que me llevará a la fiesta mañana. ¿Por favor, por favor, puedo ir?

—No sé, tesoro. No sé si deberíamos pedirle a Jessica…

—No hay ningún problema —dijo Jessica, acercándose—. Me encantaría que Emma se quedase conmigo. Mañana por la mañana podemos ir a comprar el regalo y puedo acercarla al rancho después de la fiesta.

—Por favor, por favor —dijeron las dos niñas al unísono.

Savannah suspiró y asintió con la cabeza. Emma y Amy gritaron y se abrazaron, después Emma le dio a Savannah un beso de despedida y salieron corriendo.

—Estará bien —le aseguró Jessica a Savannah con un abrazo, y siguió a las niñas.

Savannah sintió un nudo en la garganta mientras las veía alejarse. No era porque estuviese preocupada por Emma. Era por ella misma.

Jake y ella iban a estar solos.

Jake salió de la carretera con la camioneta y se dirigió al rancho. Sentada a su lado, Savannah iba con los brazos cruzados rígidamente, mirando por la ventana en silencio. Él apretaba el volante con fuerza y pisaba el acelerador a fondo. ¿Cómo se las arreglaban las mujeres para cambiar la situación de manera que los hombres siempre pareciesen los malos?

Detuvo la camioneta delante de la casa y fue a abrirle a Savannah la puerta, pero ella ya había bajado y pasó por delante de él, cojeando.

—¿Qué te ocurre? —Jake la siguió.

Ella dio otro paso con una mueca de dolor.

—Me duelen los pies.

Jake tenía una ocurrente respuesta en la punta de la lengua, pero se quedó sin habla cuando Savannah se inclinó hacia delante para quitarse una de las botas, ofreciéndole la vista de su redondeado trasero.

Se quedó ahí, apretando los dientes, observando la desnudez de sus largas piernas, expuestas casi hasta las nalgas, mientras ella se quitaba la otra bota.

Con las botas en la mano, Savannah se enderezó y movió los

dedos de los pies, cerrando los ojos y suspirando a través de sus labios entreabiertos. Maldiciendo por lo bajo, Jake la adelantó y fue a abrirle la puerta, mientras ella subía lentamente los escalones y entraba en la casa.

Dentro, la luz de la luna bañaba el salón de plata. Savannah dejó las botas a un lado del sofá y se hundió en los cojines con un gemido.

—Deberías haberme advertido que a los de Texas les gusta bailar tanto. No me habría puesto botas nuevas —dijo ella, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Él se sentó a su lado.

Savannah sintió que se hundía el sofá a su lado por el peso de Jake. Abrió los ojos cautelosamente y lo miró. Al encontrarse con su intensa mirada, su enfado se disipó y el corazón empezó a latirle con fuerza.

Jake estaba tan cerca que podía aspirar la fragancia a sándalo de su loción para después del afeitado, mezclada con el embriagador aroma de su propia masculinidad. La combinación era excitante y la serpenteante sensación de su vientre se extendió por todo su cuerpo.

Cuando él le tomó una pierna y se la puso encima del muslo, ella intentó retirarla.

Él se lo impidió.

—Jake, yo no…

—Simón dice que te relajes, Savannah.

Savannah se estremeció cuando él pronunció su nombre. Y también se dio cuenta de que la había estado observando mientras jugaba con los niños. Se quedó sin aliento cuando él deslizó la mano por su pantorrilla, y pensó que aquello no era una buena idea, pero cuando descendió por su pie, produciéndole un delicioso hormigueo, echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Has bailado mucho esta noche —murmuró él.

—¿Y qué has hecho tú?

—Estar por ahí.

—¿Por dónde?

Jake estaba sorprendido de la suavidad de los pies de Savannah. Sabía que debería detenerse, pero no podía. Era humanamente imposible. Deseaba poseer a esa mujer, en todos los sentidos. Deseaba su cuerpo, su corazón e incluso su alma. La estrechó entre sus brazos,

presionándola contra el respaldo del sofá con su cuerpo. Ella abrió los ojos de golpe ante el repentino movimiento.

—Te diré donde estaba, Savannah. Estaba en el bar, decidido a olvidarte. Pensaba que podía ahogar este deseo que me destroza cada vez que te miro, pero enseguida me di cuenta de que nada iba a amortiguar ese dolor.

La miró, sintiéndola temblar bajo su cuerpo y añadió:

—Nada excepto esto.

Capturó su boca entre sus labios, y sintió la protesta cuando ella intentó incorporarse. Pero entonces Savannah le abrió los labios y le rodeó el cuello con los brazos.

La rendición de Savannah lo excitó enormemente, invocando una sensación de poder que Jake jamás había experimentado. El roce aterciopelado de su lengua en su boca era tan embriagador como cualquier vino y cuando Savannah gimió, Jake casi pierde el control.

Apartó su boca de los labios de Savannah y dibujó una estela de pequeños besos en su cuello.

—Savannah —le dijo roncamente—, tienes que decirme ahora si quieres que me detenga. Dentro de tres segundos, ya no podré.

Savannah se quedó tiesa, con el corazón palpitándole en la cabeza. Inmediatamente su mente empezó a discutir con su cuerpo, pero la sensación de la boca de Jake en su cuello alejó todo pensamiento racional de su mente. Había llegado el momento de confiar en su corazón.

Savannah deslizó las manos sensualmente por el pecho de Jake hasta la hebilla de su cinturón.

—No te detengas, Jake —le susurró.

El alivio invadió a Jake, seguido de un deseo tan fuerte que lo asustó. Al ver la vacilación en su mirada, Savannah lo atrajo hacia sí como si lo necesitase para respirar.

—Hazme el amor, Jake —susurró ella en su boca—. Por favor.

La súplica de Savannah fue la perdición de Jake. Fuera de control, la besó una y otra vez, haciéndole el amor con la boca mientras deslizaba las manos bajo su blusa y le desabrochaba el sujetador, llenándose las manos con sus firmes pechos y acariciándole los endurecidos pezones con los pulgares. Ella gimió en su boca.

—Savannah —murmuró él con la voz ronca—, me vuelves loco.

Con destreza le desabotonó la blusa y se la abrió. Una increíble sensación invadió a Savannah cuando él capturó uno de sus pezones con su boca. Al sentir su lengua caliente y húmeda gritó, arqueándose hacia él, y clavándole las uñas en los hombros.

Después Jake prodigó la misma atención al otro pecho, hasta que Savannah pensó que iba a derretirse de puro ardor.

Jadeando, Jake se apartó de ella y se levantó, tomándole la mano.

—En el dormitorio…—dijo con la voz entrecortada—…tengo protección.

Se dirigieron al dormitorio lentamente, abrazados y sin dejar de besarse. Jake le quitó la blusa y el sujetador por el camino mientras ella le desabotonaba la camisa. Cuando Savannah deslizó las manos por su pecho desnudo, Jake gimió, deteniéndose en el pasillo para recostarla contra la pared mientras le quitaba la falda. Jake le cubrió las nalgas con las manos y la alzó contra él, presionando su excitación entre los muslos de Savannah.

Sus miradas se encontraron en la penumbra, y cuando ella empezó a desabrocharle el botón de los pantalones, los ojos de Jake ardieron de pasión. El ruido de la cremallera y sus respiraciones jadeantes llenaron el cálido aire de la noche.

Cuando Savannah deslizó sus dedos por dentro del pantalón, Jake la detuvo.

—No llegaremos nunca al dormitorio si haces eso —le dijo con la voz quebrada.

La tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Allí la depositó en el suelo.

—Ahora, Savannah —le dijo roncamente.

Con el corazón palpitándole de necesidad, ella deslizó los dedos por el duro pecho de Jake, y le bajó los pantalones y los calzoncillos. Su virilidad era poderosa y excitante, pero de pronto ella se sintió insegura.

Sintiendo su vacilación, Jake le acarició las muñecas y la guió hacia él, susurrando su nombre para animarla. Enseguida ella sintió el poder de su propia sexualidad, y al oírlo gemir se excitó más de lo que había experimentado nunca.

Jake se apartó de ella y fue a la mesilla. Cuando volvió la rodeó con sus brazos y cayeron en la cama, donde hábilmente, le quitó las braguitas.

La penetró furiosamente.

Savannah ahogó un grito cuando una oleada de intenso placer estalló en su interior. Cerrando los ojos, levantó instintivamente las caderas, y un sonido, más animal que humano, salió de la garganta de Jake.

—Abre los ojos —dijo él ásperamente—. Mírame, Savannah.

Ella hizo lo que le pedía, sintiendo que se abrasaba por dentro. Él se movía despacio, mirándola y sujetándole las caderas cuando ella intentaba que fuese más deprisa.

—Jake —jadeó—, por favor… no puedo…

—Si que puedes —susurró él—. Quiero ver cómo te vuelves loca. Sólo por mí.

Jake empezó a moverse más rápido. Savannah se mordió el labio pero no pudo contener un sollozo. La sangre le palpitaba en las sienes y el corazón le martilleaba en el pecho. Pero no dejó de mirarlo.

Le llamó muchas cosas. Una mezcla de palabras cariñosas e insultos. Él sonreía, colmándola una y otra vez con exquisita parsimonia.

Hasta que la hizo volverse loca.

Y para satisfacción de Savannah, se lo llevó con ella.

Savannah había perdido la noción del tiempo. Sólo era ligeramente consciente de la habitación bañada por la luz de la luna, y la presión de un cuerpo duro y musculoso encima de ella.

Jake se movió y la colocó a su lado, sin romper la íntima conexión de sus cuerpos.

Savannah sonrió, sorprendida de no sentir el más mínimo arrepentimiento por lo que acababa de hacer.

—Recuérdame que le dé las gracias a Jessica por quedarse con Emma esta noche —dijo Jake entre jadeos.

—Y a Amy —dijo Savannah, sonriendo y deslizando los dedos por su musculoso brazo.

Él le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Hmm. Y a la madre de Amy.

—Y al padre de Amy —dijo ella, acariciándole el muslo.

Él capturó su boca y la besó apasionadamente.

Jake deseaba decirle a Savannah lo que sentía, pero ni siquiera

lo entendía él mismo. La estrechó entre sus brazos, maravillado de la sedosa sensación de su cabello en su hombro y el suave roce de sus senos contra su pecho.

—Pensaba que te habías ido con una pelirroja esta tarde —dijo ella, acariciándole el brazo.

—¿Con una pelirroja? —Jake frunció el ceño—. Oh, te refieres a Marie.

Ella lo miró, pero él no dijo nada más. Entonces le pellizcó el brazo y él se echó a reír, abrazándola.

—Marie está loca por Jared. Cada vez que me ve me pregunta por él, pero lo que quiere saber es si tiene alguna oportunidad.

Savannah sonrió aliviada en el pecho de Jake.

—¿Y la tiene?

Jake respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Jared está demasiado ocupado en culparse a sí mismo por la muerte de Jonathan.

Savannah levantó la cabeza y miró a Jake.

—¿Jonathan?

Él se sentó en la cama, apoyándose en el cabecero.

—Jonathan era nuestro hermano, el gemelo de Jared. Murió hace tres años en un accidente en una plataforma petrolífera. Jared se culpa de ello.

Savannah recordó la foto del pasillo en la que Jared aparecía con otro niño.

—Lo siento —susurró ella, y se echó en los brazos de Jake.

—Sí —dijo él suavemente, acariciándole el cabello a Savannah —. Le echamos de menos.

Savannah escuchó cómo el corazón de Jake volvía a la normalidad. Ella había perdido una hermana, él un hermano. Los dos comprendían el dolor de esa pérdida. Cuando presionó sus labios en el pecho de Jake, él la tomó por los hombros.

—Hay algo que todavía no has hecho esta noche, Savannah — murmuró él en su sien.

Ella se incorporó y lo miró.

—¿Y qué es?

—Bailar conmigo.

Savannah arqueó una ceja.

—¿Y exactamente qué clase de baile tienes en la cabeza?

—Algo lento —dijo él con los ojos sonrientes.

Savannah levantó la boca hacia él.

—Pensaba que nunca me lo ibas a pedir.

Capítulo Ocho

Jake ya se había ido cuando Savannah se despertó a la mañana siguiente. Amanecía en el horizonte, y se sintió culpable de estar durmiendo mientras él trabajaba.

Pero también se sentía maravillosamente.

Arqueó la espalda y se sentó en la cama. Las sábanas estaban hechas un lío, y la manta estaba tirada en el suelo.

La cama de Jake.

Cerrando los ojos, Savannah se recostó en el cabecero de caoba y suspiró. Le ardieron las mejillas al recordar su desacostumbrada falta de inhibición. Habían dormido, pero a ratos. Bastaba un roce de sus labios, o el más ligero toque de una mano, para que estuviesen uno en los brazos del otro, con una urgencia que les había sorprendido a ambos.

Pero lo que más le sorprendía a Savannah era que no se arrepentía. No iba a estropear la noche más increíble de su vida, deseando que no hubiese sucedido. Había sucedido.

Y se había enamorado.

Frunció el ceño. Enamorarse de Jake iba a hacer su vida extremadamente complicada.

Jake esparció el último montón de heno, y cerró el grifo que llenaba de agua los abrevaderos. Rosemary le dio con el hocico en el bolsillo.

—Savannah te ha estado malcriando estos días, ¿verdad? —le dijo a la yegua, sacando una zanahoria que el animal empezó a masticar ruidosamente—. Será mejor que no te acostumbres.

Sus propias palabras de advertencia resonaron en sus oídos. Después de esa noche, le iba a resultar muy fácil acostumbrarse a un montón de cosas. Como a sentir una piel cálida y suave contra la suya. El roce de un sedoso cabello en su pecho. Alguien susurrándole en el oído al amanecer…

Y no cualquiera. Sino Savannah.

Lo había cautivado. Más de lo que él quería admitir. Y no había nada que pudiese hacer para evitarlo. De hecho, estaba deseando terminar, con la esperanza de volver junto a ella antes de que se despertase. Estaba cansado, pero no tanto.

Savannah dormía placenteramente cuando él se había levantado esa mañana. Había sentido un imperioso deseo de estrecharla entre sus brazos, sólo eso. Abrazarla y decirle…

¿Decirle qué?

—Buenos días.

Jake se giró bruscamente al oír la dulce voz de Savannah. Llevaba vaqueros y una camisa azul remangada hasta el codo. El cabello suelto le caía por los hombros. Cuando sus miradas se encontraron, ella se ruborizó.

Jake se dio cuenta de que estaba cohibida, y se acercó a ella, abrazándola y besándola.

Ella respondió a su beso deslizando las manos por su cuello y apretándose contra él.

—No me canso de ti —murmuró él, llevándola hasta un montón de heno fresco.

Ella se rió dulcemente.

—Pues no será porque no lo intentas.

Abrazados, se dejaron caer sobre el heno, y volvieron a besarse. Él hizo que ella se echase de espaldas y empezó a desabrocharle el pantalón. Los ojos de Savannah brillaron de pasión e hizo lo mismo con él.

Entonces, Betsy mugió, pidiendo su comida. Jake suspiró y apoyó la frente en la de Savannah.

—Esa vaca va a terminar en filetes antes de que acabe el día.

Savannah se levantó de mala gana y se sacudió el heno de los pantalones.

—Que no te oiga Emma. Ha inscrito a Betsy en el Rodeo de la semana que viene.

Savannah tomó uno de los biberones preparados y se acercó a la ternera. Betsy se enganchó a la tetina vorazmente. Al verla, dándole el biberón al animal, Jake sintió una extraña sensación en el pecho. En los dos años que su ex—esposa había estado allí, jamás se había acercado a los animales, porque detestaba el olor a establo.

—Savannah.

Se acercó a ella.

—¿Hmm? —dijo Savannah, acariciando a Betsy entre las orejas.

A Jake empezaron a sudarle las manos y se le aceleró el corazón.

—Quiero que te quedes.

—¿Que me quede? —Savannah se quedó helada, pero no lo miró.

—Aquí —dijo él—. Conmigo. Y con Emma.

—No estoy segura de lo que quieres decir —Savannah seguía mirando a Betsy.

—Quiero que Emma y tú os vengáis a vivir aquí, a Stone Creek.

Savannah dejó el biberón casi vacío y se levantó lentamente, alzando la mirada hacia él con recelo.

—¿Por qué?

—Estamos bien juntos, Savannah. Lo de esta noche lo demuestra. Y en cuanto a Emma, sería bueno para ella tener una familia.

Savannah se quedó mirándolo un momento.

—Eso es verdad, Jake —dijo ella con mortífera calma—. Una familia sería algo bueno para Emma. Una verdadera familia. Si lo que estás buscando es una compañera de cama, sin ataduras, pon un anuncio en el periódico.

—Savannah, escucha…

Ella le cortó, agitando la mano en el aire.

—¿Has pensado en Emma y en el ejemplo que le daríamos si viviésemos aquí bajo esas condiciones?

—Hay mucha gente que vive así. Es una realidad de la vida.

—Pues no es una realidad de mi vida, Jake. Ni tampoco va a ser la de Emma. Puede que mi hermana se enamorase del hombre que no debía y se quedase embarazada, pero y no pienso cometer el mismo error.

Jake sintió como si le hubiese dado un puñetazo en el estómago.

—¿Estás diciendo que tener un hijo mío sería un error?

Savannah cerró los ojos y respiró hondo.

—No has oído ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad? —le dijo ella con la voz queda.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio el dolor en los ojos de Jake. Él no lo entendía.

—La respuesta es no, Jake. No viviré contigo, así no.

Con los hombros muy tiesos y la cabeza alta, Savannah pasó por su lado y salió del establo.

Él apretó los puños, controlando el impulso de ir tras ella. Que se fuese. Si ella no quería quedarse y darle una oportunidad, entonces él había malinterpretado lo de la noche anterior. No era la primera vez que se equivocaba con una mujer.

Pero por todos los demonios que sería la última.

Stone Manor era una opulenta mansión de veintitrés habitaciones, construida en medio de las cincuenta mil hectáreas que constituían Stone Creek. Al entrar, Emma contempló con la boca abierta una fuente de mármol rodeada de columnas de alabastro, y luego miró su imagen en el lustroso suelo de mármol blanco. Las paredes estaban cubiertas de seda verde y gruesas molduras de oro.

Savannah empezó a entender la hostilidad de Jake hacia esa mujer. Él trabajaba catorce horas al día sin ayuda para que el rancho siguiese funcionando, mientras Myrna había gastado miles de dólares en murales de querubines regordetes.

Savannah había intentado eludir esa comida con la madrastra de Jake, pero después de cancelarla dos veces utilizando excusas poco convincentes, había tenido que acceder. Myrna acababa de enseñarles la mansión al completo, describiendo las veintitrés habitaciones con todo detalle, y había dejado a Savannah y a Emma sentadas en el salón mientras ella iba a ver cómo iba la comida.

—¿Cuándo nos vamos a casa, tía Savannah? —preguntó Emma, balanceando los pies y jugueteando con los botones de su chaqueta azul.

—Pronto, cariño. Después de comer.

—Tengo que dar el biberón a Betsy.

La voz de Emma fue casi un lamento, y Savannah no la culpó.

Myrna apareció por la puerta con una bandeja de plata. Se inclinó frente a Emma y le puso la bandeja delante.

—Prueba un poco de paté de ternera, querida. Está exquisito.

—¿Qué es paté de ternera? —preguntó Emma, mirando a Savannah.

—Pues…

—Es hígado de ternera —le aclaró Myrna, dejando la bandeja—.

Es muy tierno si el animal es joven.

—¿Hígado de ternera? —Emma miró horrorizada a Myrna—. ¿Cómo Betsy?

Myrna frunció el ceño.

—¿Betsy?

Savannah reaccionó rápidamente.

—¿Emma, por favor, tráeme el bolso? Lo he dejado en la mesita de la entrada.

Agradecida de tener una excusa para escapar de allí, Emma se levanto de un salto.

—¿Puedo jugar con los peces de la fuente?

—Sólo mirarlos.

Savannah suspiró aliviada cuando Emma salió de la habitación.

Myrna se quedó mirando la puerta con el ceño fruncido.

—Me temo que no estoy acostumbrada a los niños.

—Tal vez no deberíamos haber venido —dijo Savannah, empezando a levantarse.

—No, no —Myrna agitó la mano para que se sentase—. No os vayáis, por favor. Necesito hablar contigo de la tierra de Emma.

—¿Qué ocurre con ella?

—Estoy interesada en comprarla, y me gustaría saber cuáles son tus intenciones.

—No tengo ninguna.

—Como sabes, Jake es el ejecutor del testamento —Myrna mordió una galleta salada—. Se opondrá a que la vendas.

—Como tutora de Emma, creo que yo tendré la decisión final de lo que se haga con esa tierra —dijo Savannah con firmeza.

—¿Pero y si no fueses su tutora? —Preguntó Myrna—. Los Stone pueden ser muy persuasivos. Un tribunal podría conceder la custodia a un hermano antes que a una tía.

—No ha habido indicios de que fuesen a hacer eso —dijo Savannah vacilantemente.

—Tampoco hubo indicios cuando Jake le puso a su esposa una demanda de divorcio —dijo Myrna, levantando las cejas—. Arrojó a su mujer como a un saco de basura sólo porque ella quería algunas cosas.

No te avisará, Savannah. Es un hombre frío, ten cuidado con él. Hará lo que sea para conseguir lo que quiere.

—Qué interesante —dijo Savannah tranquilamente, evitando que Myrna supiese lo que la había afectado—. Jake dijo lo mismo de usted.

Savannah estaba acurrucada en el sofá del salón cuando Jake entró esa noche por la puerta de atrás. Eran más de las nueve. Oyó que abría la puerta del frigorífico, y después el ruido de un bote de soda al abrirse.

El corazón empezó a latirle con fuerza al levantarse del sofá. Tenía que hablar con él. No podían seguir evitándose. Ya habían pasado tres días desde la noche en que hicieron el amor y casi no se habían dirigido la palabra.

Respirando hondo para serenarse, se dirigió descalza a la cocina, cerrándose bien la bata al llegar a la puerta. Lo vio rebuscando en la nevera. La luz estaba apagada, pero la bombilla del frigorífico iluminaba su musculosa figura.

Savannah sintió lástima por él, considerando que había pasado todo el día fuera, y pensó en posponer la conversación. Pero no podía esperar.

—Hay un plato de pollo en la bandeja de arriba —dijo ella quedamente.

El la miró por encima de su hombro.

—Gracias.

Jake tomó el plato, y cerró el frigorífico. La habitación se quedó a oscuras, excepto por el débil resplandor de la luz del horno. Él se quedó ahí de pie, mirándola. Esperando.

Savannah se cruzó de brazos, intentando contener el dolor que la traspasaba.

—Has tenido un día muy largo —dijo ella, sintiéndose violenta.

Él se acercó a la mesa, y se sentó.

—La valla de Sam ha vuelto a caerse, y se ha estropeado la bomba del agua, así que he tenido que llenar los abrevaderos a mano.

Savannah cruzó la habitación, preguntándose por qué ninguno encendía la luz.

—Emma y yo hemos comido con Myrna.

Él resopló y dio un mordisco a una pata de pollo.

—Prefiero mi día al tuyo sin ninguna duda.

Al menos conservaba el sentido del humor, aunque fuese sarcasmo.

—Jake, tengo que hablar contigo.

Él tensó los hombros y dio un largo trago de su lata de soda. Se limpió la boca con el dorso de la mano y la miró.

—Habla pues.

Savannah suspiró y se sentó enfrente de él.

—Es sobre Emma.

Jake empezó a levantarse de su asiento.

—Si esa mujer le ha dicho algo a Emma…

—No —Savannah sacudió la cabeza—. No se trata de eso.

Él volvió a acomodarse en su silla, sin dejar de mirarla con su sombría mirada.

—Ha sido un día muy largo y estoy cansado, Savannah, dilo ya.

Savannah respiró hondo y le preguntó:

—¿Tienes intención de obtener la custodia de Emma?

—¿Qué? —preguntó Jake sin dar crédito.

—Tengo que saberlo, Jake. ¿Intentarías apartar a Emma de mí?

Jake se recostó en la silla y la miró.

—¿Qué juez le daría la custodia de una niña de nueve años a un hombre soltero que vive tan apartado?

—Esa situación podría cambiar en cualquier momento.

—Lo que es bastante improbable —dijo él secamente, y añadió —: Pero supongo que uno nunca sabe lo que va a pasar mañana, ¿verdad? Podría haber una o dos mujeres a las que no les importaría vivir aquí.

Savannah hizo una mueca de dolor ante sus hirientes palabras. Empezó a levantarse, decidida a distanciarse de Jake lo más posible, pero él le agarró la muñeca.

—Lo siento —dijo él, suspirando—. Siéntate. Ella se sentó muy tiesa, pero no dijo nada, sólo lo miró con la barbilla levantada.

—Dime qué es lo que ha dicho Myrna exactamente —le pidió Jake, y cuando ella miró hacia otro lado, añadió—: Por favor.

Savannah miró la mano de Jake en su muñeca, y la áspera textura de su palma la hizo estremecerse.

—Que tendrías control sobre la tierra de Emma si ella estuviese bajo tu custodia.

—Supongo que te dijo eso después de intentar comprarla.

Savannah asintió con la cabeza.

—Bien —Jake la acercó más a él—. ¿Qué más dijo?

—Dijo que debería tener cuidado contigo, que le presentaste a tu exmujer una demanda de divorcio sin advertirla, y que me harías lo mismo con la custodia de Emma.

Jake le apretó la muñeca. La estaba mirando, pero Savannah sintió que no la veía, que él estaba en otra parte, con otra persona.

—Jake —dijo ella cuando la presión de su mano se hizo insoportable. Él parpadeó, y la soltó inmediatamente. Levantándose de la mesa, la miró.

—Siento que todavía no confíes en mí —dijo con voz queda, y salió de la habitación.

A Savannah se le destrozó el corazón cuando lo vio marcharse.

Capítulo Nueve

El Rodeo de Cactus Flat era una tradición de la ciudad desde hacía más de sesenta años. No sólo rompía la larga monotonía del caluroso verano, sino que también premiaba a los concursantes con una pequeña cantidad de dinero.

Y eso era lo que Jake necesitaba urgentemente.

Intentó no pensar en ello mientras observaba el desfile de los más jóvenes para el concurso de terneras. Había por los menos doce participantes, y Emma desfilaba orgullosamente por el ruedo, tirando de Betsy.

Cuando pasó por delante de él, sonriendo radiantemente, Jake también intentó no pensar en la bomba de agua que se había estropeado, ni en las dos ruedas del tractor que se le habían pinchado el día anterior.

Casi juraría que alguien lo estaba saboteando intencionadamente.

¿Tal vez, Myrna? No, ni siquiera ella caería tan bajo. También estaba Sam. Pero a pesar de lo que había ocurrido entre ellos, Jake no creía que él fuese responsable de sus problemas del rancho.

Sacudió la cabeza y se frotó la cara. Estaba volviéndose paranoico. Era mala suerte, nada más.

Se echó el sombrero hacia atrás cuando vio que se aproximaba Savannah, sonriendo, algo que no había hecho en varios días. Sus ojos verdes brillaban de excitación, y tenía las mejillas sonrojadas de alegría. Jake sintió un anhelo tan intenso que casi no podía respirar. Cuando ella llegó a su lado y aspiró la delicada fragancia a melocotón, tuvo que controlarse para no abrazarla y besarla hasta perder el sentido.

—¿Bueno, qué piensas? —dijo ella, sonriendo—. ¿Tenemos alguna posibilidad?

—Siempre hay una posibilidad.

Savannah se pegó más a Jake, haciendo sitio a un espectador. El simple contacto de sus camisas hizo que a Jake le palpitase el corazón con fuerza.

—Emma se llevará una gran desilusión si no ganan —dijo Savannah, ajena a la inquietud de Jake—. ¿Crees que podrías decirle

algo para animarla si fuese necesario?

—Claro.

Los jueces, dos señores mayores con idénticos trajes grises, se colocaron delante de los niños y pidieron la atención de todos. La multitud se quedó en silencio y todos los niños, con los ojos muy abiertos, permanecieron muy quietos. Savannah le apretó el brazo a Jake.

Nombraron a los ganadores del segundo y el tercer premio. Ninguno era Betsy.

—Y la banda azul del primer premio es para…

El juez se detuvo dramáticamente. Jake contuvo la respiración. Savannah le apretó más el brazo y él le cubrió la mano instintivamente con la suya.

—Emma Roberts y Betsy del Rancho Stone Creek.

Con un chillido de alegría, Savannah rodeó a Jake con sus brazos. Él se rió y la abrazó, luego silbó para felicitar a Emma, que sonreía mientras abrazaba a Betsy. Jessica y Jared la vitorearon desde el otro lado del ruedo.

—Esa es mi hermana pequeña —le dijo Jake al hombre que estaba a su lado.

El hombre asintió con la cabeza elogiosamente, y cuando Jake miró a Savannah y vio la sonrisa que había en su rostro, la estrechó con fuerza entre sus brazos. Ella levantó la mirada hacia él, y sus ojos verdes se nublaron de pasión cuando él bajó la vista hasta su boca. Savannah separó los labios mientras él se inclinaba…

—¡Jake! ¡Tía Savannah! —Les llamó Emma—. ¡Venid a ver la banda de Betsy!

Suspirando silenciosamente, Jake se apartó y, sacudiendo la cabeza, tomó a Savannah de la mano y atravesaron el ruedo.

La multitud estaba empezando a dispersarse cuando un vaquero fornido se acercó a Jake.

—¿Es usted Jake Stone? —preguntó el hombre.

Jake asintió con la cabeza.

—Cari Potter —se dieron la mano—. ¿Tiene un minuto?

—Claro —Jake le soltó la mano a Savannah—. Vuelvo enseguida.

Savannah vio marcharse a Jake, con el corazón acelerado de haber estado en sus brazos.

Jessica y Jared llevaron a Betsy a los establos mientras Emma corría a enseñarle a Amy la banda azul. Sonriendo, Savannah encontró un lugar tranquilo en las tribunas desiertas y se sentó a esperar ansiosamente a Jake.

—He visto que la chiquilla ha ganado el primer premio.

Savannah se sobresaltó al oír la voz grave detrás de ella. Era Digger.

—Ya se ha ido corriendo a enseñarles la banda a sus amigos —dijo Savannah, sonriéndole.

El banco de madera se arqueó bajo el peso del gigantesco hombre cuando se sentó a su lado.

—Su padre estaría orgulloso de ella —dijo él quedamente—. Y la señorita Angie también.

¿Angie? ¿Se referiría a Ángela? Sorprendida, Savannah miró al hombre.

—¿Conoció a mi hermana, señor Montgomery?

—Yo no soy muy amigo de las formalidades, Savannah. Digger está bien —se echó el sombrero hacia atrás, y se puso las manos en las rodillas—. Sí, señora. Conocí a tu hermana. Solía comer en mi bar cuando estuvo viviendo aquí en la ciudad. J. T. y ella solían sentarse en la mesa de la esquina a ver los planos de la casa de Myrna.

—¿Digger, cómo…? —Savannah se detuvo y miró hacia otro lado.

No era fácil preguntarle a un extraño por la aventura amorosa de su hermana con un hombre casado. Cuando volvió a mirarlo, Digger estaba observándola con ternura en sus ojos grises.

—No puedes evitar mojarte cuando estás en una tormenta —le dijo Digger con delicadeza—. Algunos lo intentan, pero se mojan de todas formas.

Savannah entendió perfectamente la analogía. Había luchado contra la atracción que sentía por Jake desde el primer día. Sin embargo, se había enamorado de él. Desesperada y enteramente. Igual que le había sucedido a Ángela.

Savannah miró las manos de Digger. Eran las manos de un hombre trabajador y honesto. Un buen hombre. De los que no juzgaban a sus amigos. Instintivamente le gustaba.

Levantó la vista hacia él. Había algo que quería preguntarle. Tenía que saber la respuesta.

—¿Estaba J. T…, quiero decir…si él…?

—Él la amaba — dijo Digger con firmeza—. Casi se volvió loco cuando ella desapareció. Si hubiese sabido que llevaba un hijo suyo, nada le habría impedido encontrarla.

—¿Quiere decir que él no lo sabía?

Digger sacudió la cabeza.

—Fue un hombre amargado desde el día que tu hermana se fue. Al cabo de nueve años decidió que tenía que saber la verdad y fue cuando descubrió lo de la niña.

El alivio invadió a Savannah.

—Fue la primera chispa de vida que vi en él desde que ella lo dejó —Digger le cubrió la mano a Savannah—. Ninguno planeó lo que sucedió, Savannah. Él amaba a tu hermana más que a la vida misma, del mismo modo que amaba a la madre de Jake. Fue un hombre afortunado de tener eso dos veces en su vida. Algunos ni siquiera lo encuentran una vez.

Savannah pensó con dolor en el pecho que ella lo había encontrado. Y no era capaz de hacer más por ello de lo que había hecho su hermana.

—¡Tía Savannah!

Savannah dio un respingo al oír los sollozos de Emma. Corría hacia ella con el rostro bañado en lágrimas. Frunciendo el ceño, Digger se puso de pie cuando Savannah corrió hacia su sobrina.

—¿Qué ocurre, Emma?

—El hermano de Amy… Betsy…se ha ido…

Emma lloraba tanto que Savannah no podía entenderla.

Jake llegó corriendo, con el rostro preocupado, y se arrodilló delante de Emma.

—¿Qué ha pasado?

—Jake —Emma le echó los brazos al cuello—. Keith, el hermano de Amy, me ha dicho que las vacas que ganan la banda azul se venden para que las maten y se las coman. Yo le he dicho que es un mentiroso, pero no encuentro a Betsy. ¿A que no es verdad?

Savannah vio la expresión de impotencia en el rostro de Jake y

sintió horror. Era cierto. Oh, Dios. A eso había ido Jake, a vender a Betsy. Era un ranchero, ése era su trabajo y ella sabía cuánto necesitaba el dinero.

—Emma —le dijo Savannah con dulzura—. Ven aquí, tesoro. Tenemos que hablar.

—¡No quiero hablar! —Emma se apartó de Jake—. ¡Quiero a Betsy!

Salió corriendo hacia los establos y Savannah vio el dolor en los ojos de Jake mientras la veía alejarse.

—Ya he hecho el trato y se han llevado a la ternera —dijo él con impotencia—. No había caído en la cuenta de que….

—Hablaré con ella, Jake.

—Me va a odiar —dijo él.

—No, se le pasará.

Maldiciendo por lo bajo, Jake se marchó rígidamente.

Savannah lo vio alejarse. No tenía ni idea de lo que le iba a decir a Emma. Con un suspiro, dio media vuelta y fue en busca de su sobrina.

La luna no era más que una tira de plata en el cielo estrellado. Savannah no dejaba de asombrarse de lo hermoso que era aquel lugar. Desde la ventana abierta de la habitación de Emma, miraba la oscuridad. Aquello era más tranquilo, menos complicado, que la ciudad.

Menos complicado, si no contaba con haberse enamorado de Jake y con que Emma había perdido a Betsy.

Emma no había querido hablar con Jake durante todo el camino hasta el rancho y luego se había encerrado en su habitación. Cuando él había llamado a su puerta, Emma le había dicho que se largase y eso era lo que Jake había hecho. Irse a toda velocidad en la camioneta. Ya eran casi las once y todavía no había regresado.

Con un suspiro Savannah se dirigió a la cama de Emma. Su sobrina había llorado hasta quedarse dormida y su respiración todavía era algo entrecortada.

Llamaron a la puerta y Savannah se sobresaltó.

—¿Emma? —Susurró alguien—. ¿Estás despierta? Era Jake. Savannah se sintió aliviada de que hubiese vuelto sano y salvo. Se acercó hacia él, con un dedo en los labios.

—Está dormida.

—Despiértala.

—Acaba de…

Al oír un cencerro, Savannah se detuvo. Se dio cuenta de que Jake llevaba una cuerda en la mano. Entonces abrió la puerta de par en par.

¡Betsy!

Savannah se tapó la mano con la boca para no gritar.

—¿Pero… cómo? ¿Dónde…?

—¡Betsy!

El grito de alegría de Emma rompió el silencio. Atravesó la habitación a toda velocidad y rodeó a la ternera con sus brazos, abrazándola hasta que el pobre animal gruñó de agobio.

Savannah miró a Jake con los ojos llenos de lágrimas.

—Emma —dijo Jake, acercándose a ella—, tengo que llevar a Betsy al establo.

Emma dejó a la ternera y se arrojó a los brazos de Jake.

—La has salvado —dijo la niña con la voz entrecortada—. Gracias.

El se arrodilló, abrazándola, y luego se aclaró la garganta y se puso de pie.

—A dormir. Mañana tendrás que levantarte temprano para darle de comer.

Emma asintió con la cabeza alegremente y se metió en la cama, acurrucándose bajo las mantas con una risita. Jake miró a Savannah durante un segundo y se llevó a la ternera.

—Jake es el mejor hermano del mundo —dijo Emma con orgullo.

Savannah sonrió y le retiró el pelo de la cara.

—Sí, lo es.

—¿Tía Savannah, podemos quedarnos a vivir aquí con Jake?

Savannah sintió como si el corazón le hubiese saltado a la garganta, y sacudió la cabeza.

—No, cariño, no podemos.

—¿Por qué no?

—Por muchas razones. Una, que tenemos nuestra propia casa. Otra, que tú tienes que ir al colegio, y yo tengo que trabajar.

—Podrías conseguir un trabajo en el colegio de Amy. Dice que es chulísimo. Tienen muchos animales y los cuidan entre todos, y no tienen que llevar un estúpido uniforme.

—Hablaremos de eso mañana —Savannah arropó bien a Emma —. Ahora, quiero ver esos ojos cerrados.

Savannah se dirigió al establo en la oscuridad. Allí, sólo estaba encendida una luz y oyó el ligero ruido del heno cuando Jake arrojó un montón en el pesebre de Betsy.

—Se la volviste a comprar a ese hombre, ¿verdad? —le preguntó Savannah.

Jake se limpió las manos en los pantalones y cerró la puerta.

—No exactamente. Rompí el cheque.

Savannah se apoyó en la puerta, mientras Jake echaba el cerrojo. Se veía exhausto.

—Necesitabas ese dinero para la bomba del agua, Jake.

El miró al animal.

—¿Crees que iba a dejar que Emma se fuese de aquí pensando que soy un asesino?

—Ella tiene que entender alguna vez lo que haces aquí—sin pensarlo, Savannah le tocó el brazo—. Jake, déjame prestarte el dinero para la bomba. Tengo algo ahorrado para…

—No.

—Trabajas demasiado para encima tener que transportar el agua a mano. Estás cavando tu propia tumba. Déjame…

—He dicho que no —dijo él con dureza.

Ella bajó la mano y suspiró.

—¿Qué vas a hacer entonces?

Él se encogió de hombros.

—Me las arreglaré.

—Espero que sí —dijo ella con suavidad.

Él la miró a los ojos y cuando se acercó más a ella, Savannah sintió que se le aceleraba el corazón.

—Me las arreglaría mejor si te quedases aquí, Savannah —dijo él con la voz ronca y seductora.

Savannah cerró los ojos y sintió el calor de su cuerpo cuando Jake se inclinó más hacia ella. Su aroma masculino la hizo perder el control. Jake le tomó la barbilla y se la acarició suavemente con el pulgar.

—Jake…

Descendió con el pulgar por su cuello, prometiéndole un placer que sólo él podía darle.

—Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti —susurró Jake —. Quédate conmigo esta noche —le acarició los labios con los suyos —. Todas las noches.

Savannah se inclinó hacia él, abriendo los labios jadeantemente mientras él deslizaba las manos por sus hombros.

Entonces Savannah comprendió que lo amaba demasiado para tenerlo sólo una noche y, haciendo un gran esfuerzo, le puso las manos en el pecho, y lo apartó con suavidad.

—No puedo, Jake —dijo ella, girando la cabeza hacia un lado.

Él respiró hondo fatigadamente y retrocedió. No había rencor entre ellos esa vez, sólo un deseo tan intenso que los consumía.

—Tengo que hacer unas cosas aquí —dijo él, dándose la vuelta —. Vete tú primero, yo cerraré la casa cuando vaya.

Abrazándose a sí misma, Savannah asintió con la cabeza. A cada paso que dio hasta la casa no dejó de maldecirse por desear más de lo que Jake podía darle.

Capítulo Diez

Un rayo atravesó el horizonte de Texas. Oscuras nubes invadieron un cielo de un azul intenso apenas hacía unos minutos. Con el ceño fruncido, Jake contempló el espectacular despliegue. En Texas uno nunca podía estar seguro del tiempo.

Igual que con una mujer. Al menos, una mujer en particular, que plagaba sus pensamientos y atormentaba sus sueños.

Savannah.

Incluso su nombre dibujaba eróticas imágenes en su mente: la sedosa sensación de su cabello sobre su piel ardiente, su seductora sonrisa cuando lo besaba, sus largos dedos deslizándose por su cuerpo…

Jake se revolvió en la silla de montar, maldiciendo sus pensamientos. Savannah se iba dentro de tres días, llevándose a Emma a Atlanta. Mejor así.

Estalló un trueno y el caballo de Jake, Saucy, movió la cabeza nerviosamente. Ninguna criatura querría estar a la intemperie en una tormenta en Texas. Estaba dando la vuelta a su caballo para dirigirse al rancho, cuando oyó el agitado mugido de unas vacas. Provenía de una quebrada que había cerca de allí. Espoleó a su caballo hacia el sonido.

Una docena de vacas estaban atrapadas en el lecho seco del río. Si no las sacaba de allí, morirían.

Con un suspiro, Jake hizo bajar a su caballo por la empinada quebrada.

—Calma, Saucy —animó a su caballo que se resistía a bajar—. Despacio, pequeño.

A medio camino, volvió a producirse un relámpago, esa vez más cerca. Saucy se encabritó, dio un traspié y arrojó a Jake por encima de su cabeza. Jake aterrizó en el suelo con un gruñido y antes de que pudiese levantarse, su caballo ya había subido por el terraplén.

Se levantó maldiciendo y recuperó su sombrero que había caído en unos matorrales. Un trueno sacudió la tierra, y la primera gota le dio en la mejilla; la segunda en la nariz.

Entonces, el cielo se abrió, y empezó a diluviar.

—¡Jiá! —gritó Jake, corriendo hacia las vacas.

Asustadas, empezaron a subir por la ladera. Los rayos y los truenos ya eran simultáneos, y la lluvia golpeaba la tierra seca. Jake tenía poca visibilidad, pero agitaba los brazos tras los aterrados animales, haciéndoles subir.

Cuando la última vaca había salido de allí, Jake estaba calado hasta los huesos y furioso. El agua le llegaba por el tobillo y el barro cubría sus botas, mientras la corriente iba creciendo. Tenía que salir de allí enseguida.

Inició el ascenso por la cuesta, hundiéndose en el barro y resbalando. La tercera vez que resbaló se fue abajo y su sombrero se fue flotando en la rápida corriente. El agua ya le llegaba a las rodillas, y llovía tanto que no veía nada.

Intentó subir de nuevo, pero la corriente lo arrastró hacia abajo y perdió el control completamente, sintiendo que el barro y las piedras le golpeaban la cara mientras la corriente lo zarandeaba como a una rama.

Sacando la cabeza para respirar, intentó agarrarse a una roca desesperadamente. La ladera estaba delante de él, pero cuando intentó subirla, las manos resbalaron en el barro. Un brillante relámpago iluminó el agua con todo detalle, y Jake vio una raíz saliente cerca de allí. Luchando contra la corriente consiguió agarrarse, aliviado, y salió de las embravecidas aguas.

Ya casi había llegado a la cima cuando oyó un gran estruendo sobre su cabeza y miró hacia arriba. La lluvia le golpeó el rostro y la tierra empezó a vibrar. Un montón de barro y rocas se desprendieron y le cayeron encima.

Savannah estaba delante de la ventana del salón, mordiéndose las uñas mientras contemplaba la tormenta en toda su furia. Parecía que caían piedras sobre el tejado en lugar de lluvia. Jamás había visto una tormenta tan violenta y peligrosa.

Al menos Emma estaba segura en la ciudad con Jessica y Jared. Jessica había llamado diciendo que llevaría a Emma a la mañana siguiente.

¿Pero dónde estaba Jake? Él nunca se habría quedado a la intemperie con una tormenta como ésa.

Algo iba mal. Lo sabía. Podía sentirlo en lo más profundo de su ser. Y estaba muy asustada.

No podía quedarse ahí sin hacer nada. Un relámpago iluminó el cielo y un trueno retumbó en el tejado. ¿Pero cómo iba a encontrarlo con esa tormenta?

Respiró hondo. Tenía que encontrarlo sin perder tiempo. Decidida, corrió a ponerse un impermeable, tomó las llaves y fue hasta la camioneta. En menos de veinte segundos estaba completamente empapada.

Los limpiaparabrisas hacían poco para mantener despejado el cristal. Apretando con fuerza el volante, condujo por el barro mientras exploraba la zona intentando descubrir algún rastro de Jake o de su caballo. Condujo durante dos kilómetro, dando tumbos con la camioneta por el terreno accidentado.

Nada. Siguió adelante, mordiéndose el labio y preguntándose si no se habría cruzado con él, pero su instinto le decía que necesitaba ayuda.

El corazón se le puso en la garganta cuando vio algo que se movía a pocos metros de allí. ¿Era Jake? Se aproximó.

No, eran unas vacas.

Siguió conduciendo, y de pronto dio un frenazo, deslizándose por el barro.

El caballo de Jake.

Casi no lo vio porque estaba detrás de las vacas, pero ahí estaba. Sin Jake. Eso significaba que él estaba cerca de allí. Tocó la bocina varias veces, y se bajó de la camioneta.

El ruido de una corriente de agua la condujo hasta el borde de la quebrada. Cuando un relámpago iluminó el cielo, reflejándose en las embravecidas aguas, vio a Jake. A unos metros de ella, abajo, distinguió la figura embarrada de un hombre con medio cuerpo en el agua, abrazado a la raíz de un árbol.

—¡Jake!

Mientras descendía por la pendiente embarrada, sintió una oleada de alivio por haberlo encontrado, pero al mismo tiempo, el terror de que estuviese herido se apoderó de ella.

—¡Jake!

Él no se movió. Cuando llegó a su lado, le agarró por los hombros y tiró de él. Jake levantó la cabeza lentamente, parpadeando y mirándola con los ojos aturdidos. Savannah vio que tenía un corte en la sien del que salía sangre, y el corazón le golpeó en el pecho.

—¿Qué demonios haces aquí? —murmuró él con la voz ronca.

—Salvándote el trasero —le gritó ella sobre el rugido del agua —. Ahora tientes que reponerte y ayudarme.

Él asintió lentamente, pero cuando trató de moverse sólo consiguió hundirse un poco más. El agua levantó su cuerpo, casi succionándolo. Savannah gritó su nombre, agarrándose también a la raíz y tirándole de la chaqueta. Pero entre el barro y el agua, ella sola no podía sacarlo de allí.

—¡Voy a buscar una cuerda! —le gritó—. ¡Aguanta, Jake Stone, o de lo contrario, te ahorcaré con ella!

Savannah corrió hacia el caballo de Jake, resbalándose y hundiéndose en el barro. Saucy giró la cabeza cuando Savannah tomó las riendas y ató la cuerda a la silla, pero la siguió dócilmente hacia el barranco.

Jake estaba donde lo había dejado, boca abajo. Cuando llegó a su lado con la cuerda en la mano, le levantó la cabeza y lo llamó hasta que abrió los ojos. Con el corazón en la garganta, Savannah le quitó el barro de la cara. Deseaba abrazarlo desesperadamente, pero antes tenía que sacarlo de allí.

Deslizándole la cuerda por debajo de los brazos, hizo el mejor nudo que pudo con las manos mojadas y temblorosas, y se puso de pie, haciéndole una seña a Saucy para que retrocediese. Pero el caballo no se movió.

El ruido de un chasquido hizo que Savannah se volviese hacia Jake. La raíz se había partido y Jake se había deslizado hacia abajo, y la barbilla apenas le asomaba por la superficie del agua.

—¡Jakel —gritó Savannah.

Él levantó la cabeza y, a pesar de la intensa lluvia, Savannah vio la determinación en sus ojos. Jake sacó la mano que tenía libre del agua e hizo señas al caballo.

Sorprendentemente el animal respondió y empezó a retroceder, sacando a Jake de la violenta corriente. Savannah se puso a su lado, arrastrándolo hacia arriba hasta que los dos cayeron exhaustos en lo alto de la quebrada.

Jadeando, se quedaron ahí tumbados un momento, abrazados mientras la lluvia les golpeaba. Jake sacudió la cabeza, y cuando miró a Savannah, ya no tenía los ojos vidriosos.

—He perdido el sombrero, maldita sea —dijo él, llevándose la mano a la cabeza.

Ella se rió y lloró al mismo tiempo.

—Sí, eso es lo primero que he pensado al verte. Anda, salgamos de aquí.

Se pusieron de pie y Savannah rodeó la cintura de Jake con el brazo. Una vez que le ayudó a subir a la camioneta, corrió a atar a Saucy al parachoques de atrás, y condujo lentamente hacia el rancho.

—Te sangra la cabeza —le dijo Savannah.

Jake se tocó la sien y soltó una maldición mientras apartaba los dedos ensangrentados.

—Supongo que no tengo la cabeza tan dura como cree la gente.

Ella ignoró su comentario y se concentró en la conducción. Parecieron horas, pero en realidad sólo tardaron unos minutos en llegar a la casa. Tras llevar a Saucy al establo, Jake y Savannah entraron lentamente por la puerta de atrás.

Dentro del pequeño cuarto de lavar la ropa, se quitaron las botas, y luego las camisas cubiertas de barro. Cuando Jake empezó a desabrocharse los pantalones, Savannah apartó la vista, ruborizada.

—No es momento para pudores, Savannah —le dijo él fatigadamente—. No pienso quedarme aquí todo el día hasta que nos sequemos. Los dos necesitamos una ducha caliente.

Ella lo miró con perspicacia y él sonrió mientras se bajaba la cremallera.

Dejaron la ropa en un sucio montón en el suelo. Savannah, en ropa interior, se dirigió al cuarto de baño y Jake, en calzoncillos, la siguió.

En la puerta del cuarto de baño, ella se detuvo, abrazándose a sí misma.

—Tú primero.

Él frunció el ceño.

—Estás temblando, pasa tú primero.

Ella sacudió la cabeza.

—Casi te mueres, Jake. Ve tú.

Apretando la mandíbula, Jake la tomó del brazo y la metió en el baño.

—Esto es ridículo, Savannah, ya nos hemos visto desnudos.

—Jake…

Ella soltó un gritito cuando él la tomó en brazos y la metió en la ducha. Se metió con ella y abrió el grifo. El agua caliente fue tan agradable que Savannah se relajó un poco.

Se sentía un poco ridícula duchándose con la ropa interior. Jake no tenía tantos reparos, y se quitó los calzoncillos, jabonándose el cuerpo entero, sin mirarla. A Savannah se le secó la boca al contemplarlo y tuvo que apartar la mirada.

Después de secarse, Jake se enrolló una toalla en las caderas y Savannah en el torso. Él iba a salir, pero ella le tomó del brazo.

—Siéntate aquí —le dijo, bajando la tapa del inodoro—. Quiero echar un vistazo a ese corte que tienes encima del ojo.

—No es más que un rasguño, por Dios. Yo puedo…

—Siéntate.

Con un hondo suspiro, Jake cedió a la firme petición de Savannah.

La observó mientras sacaba algodón, desinfectante y vendas del armario de las medicinas. Su piel brillaba del agua caliente y tenía las mejillas sonrojadas.

Cuando se inclinó sobre él para limpiarle la herida con un algodón, Jake apretó los dientes.

—¿Te duele el rasguño? —le preguntó ella con dulce sarcasmo.

Él la miró furioso, y cuando le aplicó el desinfectante, apartó el rostro y soltó un improperio.

Ella lo miró con el ceño fruncido y le sujetó la barbilla.

—No puedo hacer esto si no te estás quieto, Jake. Concéntrate en otra cosa.

Eso no era difícil para Jake, aunque dudó de que ella se refiriese a lo que él hizo. Mientras sentía la mano suave y cálida de Savannah en su barbilla, contempló su piel blanca por encima de la toalla, imaginándose que desataba el nudo con los dientes y tomaba un firme pezón en su boca.

Cuando ella se inclinó más hacia él, tuvo que apretar los puños.

—Casi ha dejado de sangrar —murmuró Savannah, examinando la herida. Su cabello era una masa de húmedos rizos en torno a su blanco rostro y la fragancia de melocotón invadió los sentidos de Jake.

—No deberías haber salido ahí, Savannah —le dijo él ásperamente.

—Sería más apropiado que me dieses las gracias. Si no hubiese sido por mí, ahora estarías flotando en la corriente,

—Una tormenta así es peligrosa, Savannah. ¿Y si te llega a ocurrir algo? ¿No pensaste en Emma?

Ella se quedó helada, y soltó el aire lentamente mientras terminaba el vendaje con manos temblorosas.

—No pensé en nada —dijo ella con tirantez—. Te aseguro que no volverá a suceder.

Iba a marcharse cuando él le agarró la muñeca.

—Savannah, yo…

—Lo dejaremos así un par de días —le interrumpió Savannah—. No creo que se infecte, pero probablemente te quede una cicatriz.

—Savannah, no. No pretendía…

—También es posible que te duela un poco la cabeza, así que….

—Savannah, basta.

La sentó en su regazo. Ella no se resistió, sino que apoyó la cabeza en su hombro, temblando.

—Lo siento —susurró él en su cuello—. Me espanta pensar que pueda sucederte algo.

—No pensé en Emma —dijo ella tan bajo que casi no la oyó—. Sólo pensé en ti.

—Gracias —dijo Jake, retirándole el cabello húmedo de la cara.

Ella sonrió débilmente.

—De nada.

Él la abrazó más fuerte y ella se apretó contra él.

—Casi te mueres, Jake —Savannah se incorporó y le miró a los ojos—. ¿Cómo puedes vivir así? ¿Enfrentándote al peligro todos los días?

Él se rió.

—Es curioso, eso mismo me pregunté yo cuando el vigilante me abrió la verja de tu casa.

Ella sonrió y le acarició la mejilla con los dedos.

—No dejes que vuelva a ocurrir. Emma necesita a sus dos hermanos mayores.

Jake se dio cuenta de que sólo quedaban tres días para que Savannah y Emma se marchasen, y no quería desperdiciar ni un minuto de ese tiempo.

Savannah suspiró al sentir la mano de Jake subiendo suavemente por su espalda. No quería pensar más lo que estaba bien y lo que estaba mal. Amaba a Jake, y no podía negarlo. Se inclinó sobre él, con una repentina necesidad de sentirlo más cerca. Cuando él le acarició la frente con los labios, sintió que se derretía. Nadie la había hecho sentir así antes que Jake. Y nadie lo haría.

Con el corazón latiéndole tan furiosamente como la lluvia sobre el tejado, levantó la cara hacia él, y Jake la besó con más fuerza que diez tormentas juntas.

Ella gimió en su boca, y él la estrechó entre sus brazos, saboreándola, como ella a él, una y otra vez, con una urgencia que los dejó jadeando.

Él le quitó la toalla a Savannah, deslizó las manos por su espalda y ella se arqueó hacia atrás, mordiéndose el labio cuando él le desabrochó el sujetador por delante y tomó el pezón en su boca. Ella se agarró a sus musculosos hombros, con pasión. Jake volvió a besarla y se puso de pie con ella en los brazos, sentándola en el lavabo.

—Tócame, Savannah —dijo él con la voz entrecortada—. Necesito sentir tus manos en mi cuerpo.

Jake cerró los ojos cuando ella extendió las manos sobre su pecho. Savannah sintió el fuerte palpitar de su corazón y depositó un beso sobre su piel. Su sabor masculino la excitó aún más. Él se estremeció cuando movió sus manos sobre él, explorando su cuerpo. Savannah sintió un poder que desconocía, una fuerza que jamás se había imaginado que poseía.

Él le agarró las nalgas y la apretó contra su excitación. Mirándola a los ojos, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. La depositó en el suelo y lentamente le quitó las braguitas, y luego él se quitó la toalla.

Un relámpago iluminó la habitación con una luz plateada. Retumbó un trueno. Él fue a la mesilla y luego la echó suavemente sobre la cama y se deslizó dentro de ella, susurrando su nombre.

Se movía tan despacio, que Savannah gimió de angustia. Lo necesitaba desesperadamente. Movió las manos sobre él, tratando de urgirle, rogándole que fuese más deprisa, pero él la ignoró, tomándose su tiempo. Era enloquecedor. Y exquisito.

Por fin, el propio deseo de Jake se hizo tan incontrolable como el de ella. La agarró por las caderas y la penetró salvajemente. Ella le correspondió, y él la colmó, no sólo con su cuerpo, sino con su alma.

Y cuando la espiral de tensión explotó dentro de ella, gritó su

nombre, arqueando su cuerpo hacia él. Jake la estrechó con fuerza, gimiendo profundamente mientras su cuerpo rígido se estremecía con el poder de su liberación.

Ella se abrazó con fuerza, no sólo a Jake, sino al momento.

Jake oyó que amainaba la tormenta. Debía de haberse quedado dormido. Savannah estaba dormida en sus brazos, con la cabeza en su hombro y el cuerpo acoplado al suyo.

Savannah se estiró y le echó una larga pierna por encima. Él movimiento dejó a Jake sin respiración, maravillado de lo bien que se sentía teniéndola así en sus brazos, como si estuviese hecha para él.

—¿Estás despierta? —preguntó él en voz baja.

—Hmm.

Savannah le dio un beso en el pecho y le acarició, abrasándole la piel. Con el corazón acelerado, Jake sintió sus labios descendiendo por su estómago.

—Savannah…

Le apretó los hombros, aspirando el aire entre los dientes cuando ella deslizó la lengua sobre él, saboreándole, y prendiendo fuego a su sangre. El mundo se desvaneció y sólo existía una sensación cada vez mayor.

Su necesidad de ella lo estaba volviendo loco. Con una aguda exclamación, la levantó y la colocó debajo de él. Savannah le rodeó la cintura con las piernas y Jake se introdujo en ella profundamente mientras ella repetía su nombre una y otra vez.

El gemido de Savannah le hizo perder el control. Los truenos y los relámpagos eran juegos de niños comparado con la explosión que hizo estallar sus sentidos. Savannah se aferró a él mientras gritaba, y fueron uno cuando la oleada de placer vibró desde el cuerpo de Jake al de Savannah.

Cuando el mundo se enderezó, la habitación estaba envuelta en la oscuridad.

—¿Estás bien? —le preguntó Jake cuando pudo volver a hablar.

Ella suspiró en su cuello y él gimió, abrazándola.

—Nunca pensé que disfrutaría tanto con la lluvia —dijo ella jadeantemente.

El sonrió.

—Ha veces llueve sin parar durante días.

—¿En serio? —Savannah le acarició el muslo—. ¿Cuánto crees que durará esta vez?

Él se rió y se puso de lado, deslizando una mano por la cadera de Savannah.

—Toda la noche, por lo menos.

—¿Y qué haces cuando llueve así?

Él le acarició un lado del pecho con el pulgar.

—Pensar en hacer lo que estoy haciendo ahora.

—Hablo en serio. ¿Qué haces cuando tienes tiempo libre? Ni siquiera tienes televisión.

Él se rió amargamente.

—Tenía una. Mi exmujer le arrojó la foto de nuestra boda el día que se fue. Nunca la reemplacé.

Ella le acarició el brazo.

—Myrna dice que le pusiste una demanda de divorcio.

Él se tensó ligeramente al oír el nombre de Myrna.

—Esa mujer sólo tiene pájaros en la cabeza.

—Tu padre se casó con ella.

—Ya te dije que los hombres cometen, errores cuando se sienten solos.

—¿Por eso te casaste tú? —Le preguntó ella con cautela—. ¿Porque te sentías solo?

Él se separó de ella, sentándose en la cama. Encendió la lamparita de noche y un suave resplandor iluminó la habitación. Savannah vio que sus músculos se tensaban cuando se pasó la mano por el cabello alborotado.

—Cuando tenía veintinueve años, Myrna dio una fiesta de cumpleaños para mi padre, y por supuesto invitó a sus amigos, no a los de J. T. Carolyn, mi ex, había ido a la fiesta con su padre, un acaudalado financiero de Houston. Era bella y divertida y yo quería enamorarme, formar un hogar y tener hijos. Y creí que eso era lo que ella quería también.

Jake se quedó mirando las manecillas del reloj de bronce que había en la mesilla, y continuó:

—Nunca entendí porque se casó conmigo. Supongo que yo era una novedad para ella, muy diferente de los abogados y ejecutivos con

los que ella solía salir.

Savannah había salido con ese tipo de hombres. La mayoría aburridos y preocupados por su modelo de coche, o por sus trajes hechos a medida.

—Todo fue bien el primer año —continuó Jake—. Pero no soportó el aislamiento. Empezó a quejarse de que no pasaba tiempo con ella, que no podía dejar mi trabajo y volar a una fiesta en Florida o Nueva York. Y empezó a viajar ella sola —suspiró profundamente—. Discutíamos. Los viajes fueron cada vez más largos y más frecuentes. Un día que volví a casa temprano me encontré una nota en la que decía que se había ido a Midland y que volvería tarde. A las diez recibí una llamada. Era Sam. Carolyn estaba en su casa. Estaba enferma y no había podido conducir hasta el rancho.

—¿Enferma?

El rostro de Jake había perdido toda expresión cuando miró a Savannah.

—Había ido a Midland a abortar.

A Savannah le dio un vuelco el corazón al ver la mirada hundida de Jake.

—Lo siento —susurró ella.

—Yo le había dado un ultimátum, respecto a los viajes y en cuanto a tener hijos, y sabía que ella estaba enfadada y que era infeliz, pero jamás pensé que se vengaría así de mí.

Savannah se acercó a él y le cubrió la mano. Jake tenía los nudillos blancos de apretar la sábana.

—Fue una tonta —le dijo ella con ternura.

—La habría matado de no ser por Sam. Volqué mi furia en él, incluso lo acusé de haberse acostado con ella.

Savannah entendió lo que había entre Jake y Sam. Era obvio que Sam había perdonado a Jake. Pero Jake no podía perdonarse a sí mismo.

—La familia siempre había sido algo sagrado —continuó Jake, apretando los labios—. Carolyn destruyó eso. Comprendí que mi única familia serían mi padre y mis hermanos. Cuando Jonathan murió seis meses después, me di cuenta de lo inconsistente que es la vida y no iba a malgastarla cometiendo más errores.

El dolor atravesó a Savannah. Jake jamás le daría su corazón. Jamás se arriesgaría a amarla como .ella le amaba a él.

Decidió que si sólo tenían esos días para estar juntos, lo aceptaría así. No quería que se despidiesen como enemigos. Por el bien de Emma, ella y Jake tendrían que ser amigos.

Conteniendo un suspiro, se volvió hacia él y posó su boca en sus labios, haciendo que se tumbase otra vez en la cama. Si se daba prisa tal vez podría deslizarse en su interior antes de que levantase un muro entre los dos. Él tomó su cabeza entre las manos, y la apartó, mirándola fríamente.

Pero ella le aguantó la mirada y los ojos azules de Jake se nublaron de deseo. Con un profundo gemido, la atrajo hacia así y la besó una y otra vez.

Ella recibió su lengua con pasión, sabiendo que desde ese día, siempre que lloviese, recordaría ese momento y lo mucho que amaba al hombre que tenía en sus brazos.

Capítulo Once

Jake se detuvo en el umbral de la puerta, pasando inadvertido, y vio a Savannah metiendo las últimas cosas en la maleta. Su vuelo no salía hasta al cabo de cuatro horas, pero contando las dos horas en coche que había a Midland, Emma y ella tendrían que irse pronto.

Todavía le dolía que Savannah hubiese rechazado cortésmente su ofrecimiento de llevarlas al aeropuerto. Ella se lo había pedido a Jared y a Jessica, alegando que Jake estaba muy ocupado. Pero los dos sabían la verdadera razón: era demasiado doloroso decirse adiós.

Se le hizo un nudo en el estómago al verla doblar la blusa rosa que llevaba el día del Rodeo. Aún recordaba como lo había abrazado cuando Emma ganó la banda azul.

—Savannah

Ella se volvió, sobresaltada, y sus ojos verdes lo miraron reservadamente.

—Ya estoy terminando —dijo ella, y tomó una bolsa de cosméticos de encima de la cama—. Emma ha ido al establo a ver a Betsy antes de irnos. Tal vez quieras despedirte de ella allí, donde podéis estar solos.

Él se metió las manos en los bolsillos.

—No hemos hablado de las visitas —cuando Savannah lo miró, añadió—: De Emma.

—Jessica se ha ofrecido a quedarse con Emma en futuros viajes —dijo ella mientras seguía con su equipaje.

—No entiendo.

Jake la observó mientras cerraba su maleta.

—Podemos organizar las visitas según el calendario escolar de Emma y sus vacaciones —Savannah se enderezó y lo miró directamente a los ojos—. Yo no vendré con ella, Jake.

Jake sintió que el cuchillo que tenía clavado se retorcía en sus entrañas, e hizo un gran esfuerzo por controlar una furia irracional que hizo presa de él.

—Te llevaré las maletas.

Ella sacudió la cabeza.

—Puedo arreglármelas. Me despediré ahora, Jake.

Sin dar crédito, Jake vio que ella le tendía la mano.

La agarró y tiró de ella, capturando su boca abierta por la sorpresa. Cuando ella le puso las manos en el pecho, él esperaba que lo apartase. Sin embargo, Savannah le rodeó el cuello con los brazos, poniéndose de puntillas mientras se inclinaba hacia él.

La besó más profundamente, apretando su boca en sus labios, y volcando todos sus sentimientos en ese beso. Pasión, necesidad, y deseo. Todo lo que lo abrasaba por dentro. La sintió temblar en sus brazos, pero cuando quiso abrazarla, ella se apartó y lo miró con los ojos brillantes de lágrimas.

—Adiós, Jake —susurró con la voz ronca, y se volvió.

Él dio un paso hacia ella, pero entonces apretó la mandíbula y se detuvo. No pensaba rogarla. Salió de la habitación, y cuando salió de la casa camino del establo, dio un portazo que hizo temblar la casa.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Savannah se sentó en el borde de la cama y cerró los ojos, esperando a que la habitación dejase de dar vueltas. Cuando pudo volver a respirar, se llevó una mano temblorosa a los labios. Todavía ardían del beso de Jake.

Respiró hondo y se puso de pie. Tenía que ser así. A pesar del dolor, Savannah sabía que, por el bien de Emma, ese viaje había merecido la pena.

Continuó con su equipaje, escuchando el paso de los segundos en el reloj de la mesilla. En pocas horas estarían en Atlanta, y Stone Creek sólo sería un lugar, no un hogar.

El ruido de la camioneta de Jake al encenderse el motor, le produjo un punzante dolor en el estómago.

Con firmeza, pensó que tenía que reanudar su vida y mirar hacia delante, hacia su futuro y el de Emma.

Estaba cerrando la segunda maleta cuando el ruido de un motor llamó su atención. No podía ser Jake. Acababa de irse. A menos que hubiese vuelto… Con el pulso acelerado, Savannah corrió hacia la ventana, rogando para que fuese Jake.

Un lujoso sedán blanco apareció por detrás del establo y Savannah sintió que se le caía el alma a los pies. No era Jake. Era Myrna.

Frunciendo el ceño, Savannah vio que el coche se alejaba, y suspiró aliviada, sin cuestionarse su buena fortuna.

Repentinamente Savannah se dio cuenta de que su sobrina no había vuelto del establo. Jessica y Jared llegarían en cualquier momento y Emma aún tenía que cambiarse de ropa.

Savannah se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta de la casa, sabiendo que iba a tener que arrancar a su sobrina de la ternera.

Tenía la mano en el pomo de la puerta cuando oyó gritar a Emma. Salió corriendo hacia el granero con el corazón golpeándole en el pecho.

¡Oh, por Dios! ¡No!

Una espesa nube de humo salía por las puertas abiertas del establo. —¡Emma! —Gritó Savannah—. ¡Sal de ahí!

No hubo respuesta, sólo el sonido del llanto de Emma y el furioso relinchar de los caballos.

Cuando entró en el establo, le ardieron los ojos por el humo, dificultándole la visión.

—¡Emma! ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí! Con Betsy —chilló Emma al fondo, tosiendo al hablar.

Utilizando más las manos que los ojos, Savannah fue hacia la niña.

—Ya voy, cariño. No pasa nada.

Con los ojos borrosos de lágrimas, Savannah volvió a llamar a Emma, pero no hubo respuesta. El humo se hizo tan espeso que Savannah no sabía dónde estaba, pero el sonido del cencerro de Betsy la guió. Cuando pasó por delante de los pesebres de los caballos, les abrió las puertas rápidamente. Aterrados, los animales salieron de allí. El último caballo le golpeó el hombro y Savannah cayó al suelo, viendo las estrellas.

Aturdida, hizo un esfuerzo para ponerse de pie con las piernas temblorosas y volvió a seguir el sonido del cencerro. Encontró a Emma acurrucada en un rincón, abrazada al cuello de Betsy.

—¡Emma!

Savannah se arrodilló y abrazó a su temblorosa sobrina.

—Tengo miedo —sollozó Emma.

Savannah se puso de pie, arrastrando a su sobrina con ella.

—Corre, cariño. Tenemos que salir de aquí.

Betsy mugió cuando Emma la dejó.

—¿Y Betsy? —gritó Emma, tirando de Savannah.

Savannah agarró a su sobrina por los hombros.

—¡Emma, tenemos que irnos!

—No podemos dejarla aquí. ¡Por favor, tía Savannah!

—¿Tiene una cuerda al cuello? —preguntó Savannah mientras las llamas crepitaban a su alrededor.

Emma asintió con la cabeza y recogió la cuerda del heno.

—Se la he puesto antes, pero no ha querido moverse.

—Está bien, pégate a mí. Yo llevaré a Betsy.

La ternera se resistió al primer tirón, pero cuando Savannah tiró más fuerte, el animal cedió.

La parte de atrás estaba envuelta en llamas, así que la única salida posible eran las puertas de delante. Tosiendo, Savannah y Emma avanzaron hacia ellas.

El crujido de una madera las detuvo. Savannah contempló horrorizada como se derrumbaba una enorme viga justo delante de las puertas, volando chispas por todas partes. Emma gritó y Savannah la protegió con su cuerpo.

—No te separes de mí, Emma, pase lo que pase —gritó Savannah sobre el fragor del fuego.

Una oleada de calor llegó hasta ellas, y tuvieron que retroceder. Savannah necesitaba un hacha o algo parecido para hacer un agujero en la pared, aunque fuese uno pequeño por donde cupiese Emma. Al menos su sobrina podría…

Se detuvo, escuchando. Por encima del crepitar de las llamas, oyó un sonido.

¡Era una bocina!

¡Tenía que ser Jake! Reconoció la bocina de la camioneta cuando sonó una y otra vez, aproximándose hacia allí.

—¡Emma! —gritó Savannah, apartando a su sobrina a un lado.

Las dos puertas del establo parecieron explotar. Trozos de madera volaron mientras Savannah apretaba a Emma contra la pared, protegiéndola con su cuerpo.

Respirando ahogadamente, Savannah se volvió.

¡Jake había metido la camioneta dentro del establo!

A través del humo, lo vio saltar de la cabina.

—¡Savannah! ¡Emma!

—¡Por aquí!

Con sus enormes manos, Jake agarró a Emma y la metió en la cabina de la camioneta. Savannah tiró de Betsy. El animal protestó, pero con un fluido movimiento, Jake la levantó y la echó en la parte de atrás. Savannah gritó cuando Jake la tomó en brazos a ella también y la metió en la cabina.

—¡Agarraos! —gritó Jake.

Metió la marcha atrás y pisó el acelerador. La camioneta serpenteó hacia atrás y la madera en llamas crujió. Savannah estrechó con fuerza a su sobrina contra su pecho.

Jake detuvo la camioneta bien lejos del establo, y las ayudó a bajar, arrodillándose al lado de ellas.

El tejado del establo se derrumbó, sacudiendo el suelo.

—Oh, Jake —dijo ella, conteniendo las lágrimas—. Tu establo.

Él miró lo que quedaba del edificio, y apretó los dientes.

—Qué importa el establo. Lo único que importa es que Emma y tú estáis bien.

Betsy mugió y Jake la bajó de la camioneta, colocándola al lado de Emma, que se puso a llorar, rodeando al animal con sus brazos.

—Yo no he sido, Jake —sollozó Emma—. Yo no he hecho ese fuego. Sólo estaba despidiéndome de Betsy.

—En ningún momento he pensado que hubieses sido tú, cielo —dijo Jake, retirándole con ternura el pelo de la cara cubierta de lágrimas y hollín.

—¡Savannah! ¡Emma! Oh, Dios mío, ¿Estáis todos bien?

Savannah se volvió. Jessica había saltado de la furgoneta y corría hacia ellos, con los ojos espantados. Jared iba detrás de ella, con expresión de preocupación.

—Estamos bien —dijo Savannah, pero se sintió mareada y se apoyó en la camioneta, viendo puntos negros danzando delante de sus ojos—. Aunque te agradecería que te ocupases de Emma. Me siento… un poco…

No pudo terminar la frase antes de que la envolviese la

oscuridad.

—Vaya día —le dijo Jared a Jake dos horas después, dándole un vaso de whisky—. Te mereces un trago.

—El día aún no ha terminado —Jake se lo bebió de una vez, y le devolvió el vaso vacío a su hermano—. Reserva la botella.

Jake sintió que Jared lo seguía con la mirada mientras continuaba paseándose por el salón.

—¿Qué demonios está haciendo ese médico ahí dentro? —Jake miró hacia la puerta de los dormitorios—. ¿Jugar al parchís?

Jared se sentó en el sofá y bebió su whisky.

—No lleva tanto tiempo, Jake. Jake se pasó una mano temblorosa por el pelo y cerró los ojos.

—Están bien —le dijo Jared, poniéndole una mano en el hombro.

Jake abrió los ojos y miró a su hermano.

—Si no hubiese visto el humo, ellas habrían…

—La vida está llena de sis —Jared le apretó el hombro—. Pensar en ello sólo sirve para atormentarse.

Jake suspiró y asintió con la cabeza. Nadie sabía mejor eso que Jared.

Savannah y Emma estaban vivas. Eso era lo único que importaba.

Jessica salió del dormitorio, seguida del doctor Stanley Sanders, un hombre corpulento con patillas grises.

Jake sintió que el corazón le martilleaba el pecho cuando se acercó al doctor.

—¿Y bien?

—Sus dos mujeres están rebosantes de salud. Los ojos y los pulmones limpios, sin quemaduras ni contusiones. Han tenido mucha suerte.

—¿Puedo verlas?

—Puede ver a la señorita Roberts, pero Emma está durmiendo —dijo el doctor, subiéndose las gafas y mirando a Jake—. ¿Qué tal si antes le echo un vistazo, hijo?

—No es necesario —replicó Jake, pasando por delante del doctor.

Se detuvo al oír la voz de una mujer que lo llamaba desde fuera.

Oh, Dios, no. Myrna no.

Su madrastra entró corriendo en la casa con expresión de espanto.

—¿Jake, qué ha ocurrido?

—Tal vez nos lo pueda decir usted, señora Stone.

Jake se giró al oír la voz de Savannah. Estaba en el vestíbulo, en bata, y miraba a Myrna con determinación.

—¿Cómo iba a saberlo yo? —Myrna la miró, confusa—. Acabo de llegar de la ciudad.

Savannah entró en la habitación, sin dejar de mirar a Myrna.

—Vi su coche alejándose de aquí justo antes de que empezase el fuego.

Todos en el salón miraron a Myrna. Su cara palideció, contrastando con el rojo de su cabello.

—Pero si he estado en la peluquería toda la mañana. Me he enterado de que teníais problemas cuando William ha ido a recogerme.

William.

Jake y Jared se miraron y se dirigieron hacia la puerta.

El chófer estaba de pie junto al coche, con los brazos cruzados y golpeando el suelo con la puntera de su bota. Levantó la mirada y abrió los ojos desmesuradamente al ver a los hermanos Stone dirigirse amenazadoramente hacia él.

—Eh, Jake, Jared —dijo con nerviosismo—. Vaya faena lo del establo.

—¿Dónde estabas hace dos horas, Billy? —le preguntó Jake, deteniéndose tan cerca de él que pudo oler el alcohol en su aliento.

—Yo… pues estaba en la ciudad, llevando a la señora Stone a la peluquería como todas las semanas.

—Entonces no sabrás quien ha prendido fuego a mi establo.

Billy apretó los labios.

—Ya os lo he dicho, estaba en la ciudad. Todo el mundo me ha visto. Estaba allí cuando la señora Stone ha salido del salón de belleza.

Jake se acercó más al hombre, tan cerca que podía ver las gotas de sudor en su frente.

—¿Y dónde estuviste mientras ella estaba en la peluquería?

—Tenía cosas que hacer —respondió Billy, pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Como prender fuego a mi establo?

—Eh, no me gusta lo que…

Jake le agarró por delante y casi lo levantó del suelo.

—Y a mí no me gusta que hayas quemado mi establo, Billy. Te vieron aquí justo antes de que empezase él fuego.

Las protestas del hombre sólo incrementaron la furia de Jake, que sacudió a Billy furiosamente.

—Mi hermana estaba en el establo —gruñó Jake—. Podría haber muerto.

—Pero la señora Stone me dijo que estaban todos en el aeropuerto, y…

Las palabras salieron por su boca antes de que Billy se diese cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Qué más te dijo la señora Stone? — Jake volvió a sacudir al hombre—. ¿Que prendieses fuego a mi establo? ¿Como hiciste con el cobertizo?

—¡No pienso decir nada! —Gritó Billy—. Quiero un abogado.

—Tendrás un abogado —Jake empujó al hombre sobre el coche —. Pero antes vas necesitar un médico.

Echó el brazo hacia atrás, y Billy se dobló cuando el puño de Jake le dio en el estómago. Jake iba a golpear a Billy de nuevo cuando Jessica se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Jake —le dijo con ansiedad—. He llamado al sheriff. Vendrá en seguida.

Con el puño todavía levantado, Jake se volvió y vio a Savannah con el rostro lívido, y bajó el brazo. Maldiciendo salvajemente, dejó a Billy en el suelo.

—Trae una cuerda, Jared —dijo Jake entre dientes, y al ver la expresión de espanto de Billy, le sonrió malévolamente—. No te preocupes, Billy. Te ahorcaremos más tarde, cuando toda la ciudad pueda verlo.

—Jake —dijo Myrna con la voz temblorosa, acercándose—. Espero que no creas que he tenido nada que ver con esto.

Jake miró furioso a su madrastra.

—¿Qué mejor manera para quedarte con mis tierras, Myrna, que llevarme poco a poco a la bancarrota?

—Pero yo no… jamás te haría eso. Ni haría daño a la niña. Dios mío —se giró y miró a Savannah—. Tienes que creerme. Estaba furiosa con Ángela, e incluso la odié por tener un hijo de J. T. Pero jamás haría daño a la niña. Ni entonces, ni ahora. Lo juro.

—¿Lo sabía? —Savannah frunció el ceño—. ¿Lo de J. T. y Ángela?

—El iba a divorciarse de mí —susurró la mujer entrecortadamente, y se abrazó con fuerza a sí misma—. Incluso contactó con un abogado. No podía dejar que me abandonase. No podía.

—¿Y sabía que Ángela estaba embarazada de J. T.? —le preguntó Savannah, compadeciéndose de la mujer.

Myrna se llevó una mano temblorosa a la boca y asintió con la cabeza.

—Tenía una amiga en la consulta del doctor.

Los hermanos Stone miraban a Myrna con expresión de incredulidad.

—Si J. T. se iba a divorciar de ti, ¿por qué se fue Ángela? —le preguntó Jake.

Myrna enderezó los hombros y los miró a lodos.

—J. T. era mi marido. Ella no tenía derecho sobre él. Hice lo que tenía que hacer para conservar lo que me pertenecía.

—¿Y que fue lo que tuvo que hacer? —preguntó Savannah con recelo.

Myrna levantó la barbilla y la miró desafiante—mente.

—Le dije a Ángela que yo estaba embarazada. Que J.T y yo íbamos a tener el hijo del que siempre habíamos hablado.

Jake soltó una maldición y Savannah respiró hondo.

—¡Ángela estaba embarazada, por Dios santo! —exclamó Jake, con los ojos llenos de furia.

A Myrna le temblaban los labios.

—Era más joven que yo. Más guapa. Ella podía encontrar a otra persona, incluso con un niño. Yo necesitaba a J. T. ¿No lo entiendes?

Myrna los miró desesperada, pero todos apartaron la vista, incluso el doctor Sanders.

—Jessica —dijo Myrna con la voz estrangulada—, tú lo entiendes, ¿verdad? Yo amaba a tu padre. ¿Cómo iba a dejarle ir?

Jessica sacudió la cabeza y tomó a la mujer por el brazo.

—Te llevaré a casa cuando llegue el sheriff —dijo Jessica—. Vamos a sentarnos dentro.

Myrna asintió con la cabeza lentamente.

—Sé que he hecho mal algunas cosas, pero no tengo nada que ver con lo que le ha sucedido a Jake. Por favor, créeme.

—Te creo —dijo Jessica.

Jake frunció el ceño.

Savannah los vio entrar en la casa, intentando poner en orden el torbellino de emociones que sentía en ese momento. Ángela había sacrificado su amor por una despiadada mentira.

Sintió un vacío, una tristeza tan profunda que los ojos se le inundaron de lágrimas. Con un fatigado suspiro, se dirigió a la casa con piernas temblorosas.

Una hora después, Jake llamó a la puerta del dormitorio de Savannah. Como no respondió, entró y se la encontró de pie delante de la ventana, con los brazos cruzados, mirando hacia lo que quedaba del establo. Cuando se acercó a ella y aspiró el olor a humo que aún impregnaba su cabello, sintió terror al recordar que ella y Emma habían estado dentro del establo en llamas. Una nueva oleada de lo que podía haber sucedido lo estremeció.

Y entonces lo comprendió. La amaba.

Sintió deseos de decírselo a gritos. Deseó abrazarla y rogarla que se quedase.

Rogarla que se casase con él.

Iba a tocarla, cuando se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? Él no tenía nada que ofrecer a Savannah. La pérdida del establo probablemente le costaría el rancho.

—¿Qué va a suceder ahora? —preguntó ella, volviéndose hacia él.

Jake la notó cansada y deseó echarse con ella en la cama y abrazarla.

—Billy ha sido arrestado por prender fuego al establo —dijo él con tirantez—. No tardarán en demostrar que también incendió el cobertizo, y que fue el responsable de todos los demás problemas del rancho.

—¿Pero por qué?

—No le di ninguna recomendación para trabajar en otro rancho cuando le despedí por beber. Supongo que trabajar de chófer para Myrna es suficiente para llevar a alguien a la desesperación, pero jamás pensé que llegaría a esos extremos de venganza.

Savannah suspiró fatigadamente.

—¿Y Myrna?

Jake frunció el ceño.

—El sheriff no cree que esté implicada. A menos que Billy nos diga otra cosa, no se le acusará de nada.

—Ella amaba a J. T. —dijo Savannah con suavidad—. Hizo mal y no apruebo su conducta, pero la comprendo.

Jake sacudió la cabeza, suspirando.

—Mi padre tenía derecho a tomar su propia decisión. Myrna no se lo permitió.

El silencio se extendió tensamente entre ellos. Fuera de la casa, Jake oyó a Jared gritando indicaciones a algunos vecinos que habían ido a ayudar con el establo.

—¿Y tú, Jake? —preguntó Savannah quedamente—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Haré algún arreglo con el banco —dijo él con aire despreocupado—. Tendré un nuevo establo para la primavera.

Los dos sabían que Jake estaba mintiendo. Se miraron a los ojos, y sintieron la necesidad de abrazarse. Pero mantuvieron las distancias.

—Emma y yo podemos quedarnos a ayudarte —le ofreció ella.

Jake sintió una chispa de esperanza. Con la ayuda de Savannah, tal vez podría hacerlo. Si se casasen…

Casi se rió por la idea. ¿Qué clase de vida iba a ofrecerle a Savannah? Era una estúpida fantasía. Estaba cansado, muy cansado. Perdería el rancho tanto si se quedaba Savannah como si no. Y no iba

a arrastrarla, ni a ella ni a Emma, con él.

—Gracias, pero me las arreglaré.

Jake vio el dolor en los ojos de Savannah.

—Estoy segura de que lo harás.

—Savannah…

Ella le dio la espalda y siguió mirando por la ventana.

—Creo que es una buena idea que Emma descanse hoy. Hay otro vuelo mañana por la mañana. Ya he hecho las reservas.

Jake dio media vuelta y, por segunda vez ese día, salió de la vida de Savannah Roberts.

Capítulo Doce

Jake leyó por tercera vez la carta que tenía en la mano, y la arrugó entre los dedos, tirándola al suelo.

Con los puños cerrados y la mandíbula apretada, se quedó junto a la mesa de la cocina, respirando hondo para controlar la rabia que lo invadía.

Embargo.

La palabra era como una banda de acero que le aprisionaba el pecho, impidiéndole respirar. Le daban diez días.

Se dirigió rígidamente hacia el fregadero, abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Tenía calor y estaba polvoriento y cansado, y no se sentía con fuerzas de batallar con el banco.

Tenía la batalla perdida desde hacía un mes, cuando se quemó el establo.

Cuando se fue Savannah.

Al volver por las noches de trabajar todo el día, casi esperaba encontrársela en la cocina, canturreando mientras preparaba la cena, o a Emma contándole con entusiasmo su día con Betsy.

Entonces oía el silencio y sentía una soledad tan intensa que lo estrangulaba.

Dios, cómo las echaba de menos.

Se preguntó que estarían haciendo en ese momento. Era viernes, casi la hora de la cena. ¿Estaría Savannah canturreando en la cocina? ¿O estaría arreglándose para salir con alguien, poniéndose un sexy vestido? Sin querer, se imaginó a Savannah en un lujoso restaurante con un ejecutivo, riéndose, sonriendo… y luego, después de cenar…

Maldiciendo, volvió a lavarse la cara, cerró el grifo y casi arranca el toallero de la pared al secarse.

La bola de papel arrugado lo observaba ferozmente desde el suelo.

Cerrando los ojos, se apoyó en el mostrador, y suspiró.

Tenía diez días para irse de allí. Diez días para recoger las pertenencias de cuatro generaciones antes de que apareciesen los buitres. Myrna probablemente sería la primera ave de presa.

Volvió a pensar en Savannah, en sus ojos verdes, cargados de pasión cuando hacían el amor.

Y todo lo que le había dejado era el champú de melocotón que se había olvidado en la ducha. Jake lo había dejado allí, no sabía muy bien si para torturarse o para reconfortarse. Al aspirar la fragancia con los ojos cerrados, podía imaginarse que Savannah todavía estaba allí.

Se puso a mirar por la ventana, hacia la extensión de tierra que su padre le había legado. La tierra que con el tiempo Jake hubiese deseado legar a sus hijos.

Miró la carta del banco, y pensó en la botella de whisky que guardaba en el cajón de su mesa. Había planeado arreglar la cerca que separaba sus tierras de las de Sam. ¿Pero para qué demonios? Por él, la cerca podía quedarse tirada.

Se dirigió a su despacho, pero se detuvo repentinamente.

La cerca podía quedarse tirada.

Una extraña calma se apoderó de él. Por primera vez en mucho tiempo, vio con toda claridad lo que tenía que hacer.

El despacho olía a cuero, a polvo y a crines de caballo. La mesa de roble estaba llena de marcas de años de apoyar las botas, y las paredes estaban cubiertas de fotografías familiares. El tapizado de las butacas estaba desgastado en los brazos, pero los cojines eran cómodos.

Jake estaba sentado en una de esas butacas y miraba al hombre que tenía enfrente.

—Ha pasado mucho tiempo, Jake —dijo Sam McCants.

Jake asintió con la cabeza.

—Demasiado tiempo, Sam.

Sam alcanzó una botella de whisky de la repisa que tenía detrás, y dos vasos.

—¿Vienes por negocios o a charlar un rato?

—Las dos cosas.

Sam llenó los vasos y le dio uno a Jake. Sin una palabra, los dos vaciaron los vasos. A Jake le ardió el líquido en la garganta.

—Empecemos con lo segundo.

Jake se quedó mirando el vaso.

—Te debo una disculpa, Sam.

Sam no dijo nada.

Jake apretó el vaso.

—Sé que no te acostaste con Carolyn.

Sam levantó las cejas.

—Y has tardado casi cuatro años en entenderlo.

Jake sacudió la cabeza.

—Lo sabía en aquel entonces. Pero necesitaba a alguien con quien desahogarme.

—¿Quieres decir alguien a quien poder golpear?

Jake cerró los ojos.

—También siento eso.

Sam sonrió y se frotó la barbilla.

—Tienes un buen gancho.

—No te lo merecías.

—Bueno, tú tampoco te merecías lo que pasó.

Sam levantó el vaso y Jake lo tocó con el suyo. Esa vez el whisky entró bien.

—Bueno —dijo Sam, recostándose en la silla—, ya que hemos zanjado esto, vayamos a los negocios.

—Ponemos de manifiesto —dijo Savannah, recitando la Declaración de los Derechos Humanos a la clase—, que todos los hombres son iguales…

Se detuvo, cuando la imagen de Jake se dibujó en su mente. Serían iguales, pero ella jamás encontraría a un hombre tan viril como Jake.

Dándose cuenta de que las niñas la estaban mirando, parpadeó y volvió al presente para continuar:

—…que poseen ciertos derechos inalienables, como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

La búsqueda de la felicidad. Savannah se volvió hacia la pizarra y empezó a escribir la lección para que las dieciséis niñas de nueve años, incluida su sobrina, no viesen llorar a una mujer adulta. En lo que se refería a la felicidad, su vida había llegado a un callejón sin salida.

El último mes había pasado con dolorosa lentitud. Emma había estado desconsolada desde que habían vuelto de Texas. Casi no comía y había abandonado a sus amigos. Lo que describía también el estado de ánimo de Savannah.

La tiza chirriaba en la pizarra mientras escribía, y las niñas se revolvían en sus pupitres esperando que acabase.

Savannah ignoró los cuchicheos y las risitas, ya que necesitaba recomponerse después de la intrusión de Jake en sus pensamientos. Era un esfuerzo constante mantener a ese hombre alejado de su mente, un esfuerzo que la debilitaba cada día.

Había esperado que al empezar el colegio disminuiría el dolor de su corazón, pero no había sido así, sino que se había intensificado.

De pronto se dio cuenta de que la clase se había quedado muy callada. Sospechosamente callada. Miró a Emma por el rabillo del ojo, que estaba sentada en la primera fila, y la vio con la boca abierta mirando hacia la puerta. Savannah frunció el ceño y se volvió.

¡Jake!

Su vaquero de dos metros de alto, con un sombrero nuevo, pantalones y cazadora vaqueros, estaba al fondo del aula con los brazos cruzados, apoyado tranquilamente en la pared. La sonrió y le guiñó el ojo a una niña pelirroja que lo miraba fijamente. Toda la clase se rió.

A Savannah empezó a latirle el corazón con tanta fuerza que lo sentía en la garganta.

Entonces hizo callar a las niñas, enderezó los hombros y miró a Jake.

—Niñas, éste es el señor Stone, el hermano de Emma, de Texas. Parece que ha venido a visitarla.

La sonrisa de Jake se hizo más radiante. Se apartó de la pared y avanzó hacia Savannah, cada paso cargado de masculina sensualidad.

—En realidad, señorita Roberts —dijo él—, he venido a verla a usted.

—Será mejor que quedemos después de clase —sugirió ella, retorciendo la tiza entre los dedos.

—Ya he perdido mucho tiempo —dijo él, aguantándole la mirada y deteniéndose delante de ella—. Prefiero que nos veamos ahora.

—Jake —susurró ella desesperadamente, mirando a las niñas—,

tengo una clase de historia.

—¿Sabes lo que más me gusta de la historia? —preguntó él, acercándose más a ella—. Que se puede aprender mucho de los errores del pasado.

Savannah sintió que la tiza se humedecía en sus dedos temblorosos.

—Ahora, si tuvieses una clase de física —continuó él—, te podría explicar que el diamante es la sustancia más dura de la tierra —se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita de terciopelo negro —. De hecho, creo que tengo un ejemplo aquí mismo.

Abrió la caja y una piedra brilló en el satén del interior de la caja.

Savannah abrió la boca de asombro y todas las niñas se inclinaron hacia delante, contemplando con la respiración contenida como Jake le tomaba la mano a Savannah y le ponía la sortija en el dedo.

Ella contempló el diamante sin dar crédito.

—La clase ha terminado —dijo Savannah con la voz ronca.

Nadie se movió.

Jake sonrió.

—Y si tuvieses una clase de gramática, la primera palabra sería idiota, la segunda, perdón, y la tercera… —le tomó la barbilla con la mano y le inclinó el rostro hacia él—…matrimonio. Te amo. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Pero y tu rancho? —preguntó Savannah casi sin poder hablar.

Él sonrió.

—He arrendado la mitad de Stone Creek durante dos años.

—¿Que has arrendado Stone Creek? ¿A quién?

—A Sam.

—¿Sam? —Savannah lo miró asombrada—. Quieres decir que has…

—He arreglado algunas cosas, Savannah —dijo él con suavidad —. De todas formas, su ganado se pasaba la mitad del tiempo en mis tierras.

Entonces la abrazó, y el silencio se hizo tan profundo que podía

oírse el ruido de una pluma al caer.

—¿Quieres casarte conmigo, Savannah? Sin ti en mi vida, nada de lo que he hecho me importa.

—Sí —susurró ella.

Las niñas aplaudieron y los vitorearon. Jake sonrió, y al aproximar sus labios a los de Savannah, se oyó un suspiro colectivo en el aula.

—Dime que me amas —dijo él.

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

—Te amo, Jake Stone. Más de lo que nunca podré expresarte.

—Entonces tendrás que demostrármelo —la besó otra vez, estrechándola entre sus brazos y susurrándole al oído—: Y si tuvieses una clase de anatomía, te demostraría lo que sucede cuando un hombre besa a la mujer que ama…

—La clase ha terminado —volvió a decir Savannah, y esa vez obedecieron.

Emma corrió hacia ellos y les rodeó con sus brazos.

—Eres el mejor hermano del mundo —dijo la niña con orgullo.

Savannah estuvo de acuerdo. Ella también pensaba que iba a ser el mejor marido y el mejor padre del mundo.

Y en cuanto llegasen a Stone Creek, estaba decidida a crear un legado de los dos.

Fin